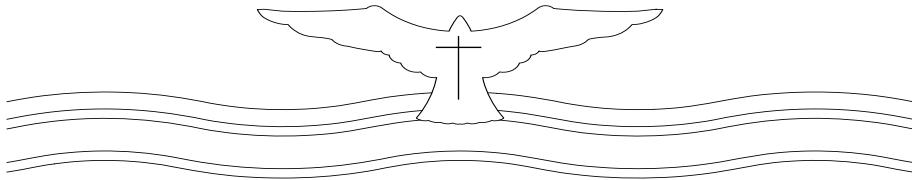


JOSE MARIA IRABURU

# Providencia, alegres en la esperanza



**Fundación GRATIS DATE**

Apartado 2154 – 31080 Pamplona

ISBN 84-87903-96-7 DL NA 1459-2022

Gráficas Castuera, Polígono Industrial Elorz, C/ Ventas, 13 – 31119 Torres de Elorz, Navarra



**José María Iraburu**, nacido en 1935, estudió en Salamanca y fue ordenado sacerdote en Pamplona (1963). Primeros ministerios pastorales en Chile (1964-1969). Doctorado en Roma (1972). Enseñó Teología Espiritual en Burgos, en la Facultad de Teología (1973-2003). Fundador de la Fundación GRATIS DATE (1988) y de Fundación INFOCATÓLICA (2009).

## Introducción

### Alegraos en la esperanza

---

**Que la Iglesia y el mundo pasan por «tiempos recios» es algo patente.** Describo sus males en el capítulo primero. Pero en esta *Introducción* adelanto lo que es el motivo del estudio presente. Está escrito sobre todo para confortación de los cristianos católicos que se ven **desanimados**, e incluso algunos **amargados y exacerbados**.

Unos y otros deben reafirmarse en cuatro actitudes fundamentales, prescritas por Cristo Salvador. Y sepamos que todos sus mandatos llevan consigo la asistencia de su gracia para cumplirlos. Nunca el Señor nos da un precepto, para quedarse luego como Espectador universal pasivo, viendo cómo nos las arreglamos para obedecerlo y darle vida. Es una idea absurda. «Sin mí no podéis hacer nada» (Jn 15,5).

**1ª.– No nos exasperen los que hacen el mal en el mundo y en la Iglesia.** Con nuestros pecados de acción y de omisión somos nosotros *cómplices* de ellos. No los miremos como si no tuviéramos ninguna participación en sus pecados. Libremos «los buenos combates de la fe» (1Tim 6,12) contra las herejías y pecados, pero no juzguemos a sus causantes, y obedecemos a

Cristo: «**no juzguéis**, y no seréis juzgados» (Lc 6,37); «Ni a mí mismo me juzgo... Quien me juzga es el Señor» (1Cor 4,3-4). No confundamos con *la virtud* el juicio de otros y la exasperación.

«Descansa en el Señor y espera en él. **No te exasperes** por el hombre que triunfa empleando la intriga. Cohíbe la ira, reprime el coraje, no te exasperes, no sea que obres mal» (Sal 36,7-8).

**2ª.– La providencia de Dios gobierna todo lo que Él creó**, de tal modo que «todo lo que sucede colabora al bien de los que aman a a Dios» (Rm 8,28). Este principio fundamental de la fe excluye eficazmente en los cristianos la desesperación y el desánimo ante los males del mundo y de la Iglesia.

**3ª.– «Dios puede hacer de las piedras hijos de Abraham»** (Mt 3,9), ya que «por gracia hemos sido salvados» (Ef 2,5). De menos nos hizo Dios.

**Pero la conversión** de los cristianos desanimados, exasperados y amargados es especialmente difícil en el caso de que ellos consideren su actitud no como una negación del Evangelio, sino como una virtud; incluso como una *parresía* marcial admirable. Este gran error sólo puede ser vencido iluminándolo con la verdad de la fe.

**4ª.– «Alegraos, alegraos siempre en el Señor»** (Flp 4,4); «vivid alegres en la esperanza» (Rm 12,12). Y cuando sucedan las enormes calamidades últimas, «levantad vuestras cabezas, porque se acerca vuestra liberación» (Lc 21,25-28). Estas palabras de Cristo y de sus Apóstoles no son un **consejo**, son un **mandato**, que su gracia nos hace posible vivir.

## Intención

**Dios nos libre a sus hijos de toda tristeza mala** en estos tiempos recios, y nos conceda **acrecentar nuestra alegría en Cristo**.

«**El incendio que se ha producido entre vosotros es para vuestra prueba.**

Alegraros a medida que participáis en los padecimientos de Cristo, para que también cuando se revele su esplendor os alegréis estremecidos de gozo» (1Pe 4,13).

Como es lógico –y Dios me lo concede–, **en este escrito quiero ayudar a todos los cristianos**, sobre todo a los que más probados están por el sufrimiento: enfermedades, convivencias atormentadoras, injusticias, trabajos penosos, carencias afectivas, soledad, deficiencias psicológicas, o cualquier otra causa aflictiva.

**Todos necesitamos crecer** en el conocimiento del amor que Dios nos tiene, en la fidelidad incondicional a las disposiciones de la Providencia divina –«no se haga como yo quiero, sino como quieres Tú» (Mt 26,39)–, en la fuerza de amor para llevar nuestras cruces unidos al Crucificado, en la esperanza de la vida eterna. Y para ayudar, con la gracia de Dios, ese crecimiento espiritual va escrita esta obra.

Pero de un modo especial pretendo en ella **animar a tantos cristianos hoy desanimados e irritados por los males del mundo y de la Iglesia**. Para ellos escribo principalmente los capítulos que siguen.

Por Cristo, con Él y en Él, a ti, Dios Padre omnipotente, en la unidad del Espíritu Santo, **todo honor y toda gloria por los siglos de los siglos**. Amén

## –1–

### Tiempos recios en la Iglesia

---

«**Los días son malos**» (Ef 5,16). «En estos tiempos son menester **amigos fuertes de Dios** para sustentar a los flacos» (Santa Teresa, *Vida* 15,5).

#### –Los pacifistas cristianos

En su actual mayoría, quizá, ignoran y hasta **niegan que la Iglesia esté en guerra con el mundo**.

Muchos creen que hacerse amigos del mundo es una admirable virtud. Pero «quien pretende ser amigo del mundo se hace enemigo de Dios» (Sant 4,4). Así dice Santiago como fiel discípulo de Cristo, que dice:

«Yo he vencido al mundo» (Jn 16,33). Pero lo ha vencido porque lo ha combatido. «No penséis que he venido a sembrar paz en la tierra; no vine a sembrar paz, sino espada» (Mt 10,34).

**Cristo con su Iglesia están en guerra con el mundo** para salvarlo de sus gravísimos errores y pecados, y liberarlos de la esclavitud del demonio, pues «**el mundo entero yace bajo el poder del Maligno**» (1Jn 5,19).

Y estas realidades-verdades **no han sido negadas por el concilio Vaticano II**, sino por «hombres de poca fe». Atén-

gámonos, pues, a las declaraciones conciliares.

«Toda la vida humana, la individual y la colectiva, se presenta como **un combate, y por cierto dramático**, entre el bien y el mal, entre la luz y las tinieblas» (*Gaudium et spes* 13b). «A través de toda la historia humana existe **una dura batalla** contra el poder de las tinieblas, que, iniciada en los orígenes del mundo, durará, como dice el Señor, hasta el día final» (37b).

¡Cuántos hoy se declaran fieles al Concilio, al mismo tiempo que reniegan de él, procurando ante todo que haya **una amistad pacífica** entre la Iglesia y el mundo!

Cuántos cristianos **ignorán o incluso niegan la guerra** entre la Iglesia y el mundo, porque ellos, mundanizados, viven en paz con él. Sin embargo **el Señor anunció con toda claridad** esa batalla permanente, hoy más dura y universal que en toda la historia de la Iglesia.

«Si el mundo os odia, sabed que me odió a mí antes que a vosotros. Si fueseis del mundo, el mundo amaría lo suyo; pero porque no sois del mundo, sino que yo os elegí del mundo, por esto el mundo os odia... Si a mí me persiguieron, también a vosotros os perseguirán» (Jn 15,18-20).

### –Muchos males en el mundo

**Tiempos recios. La geografía política cierra la Tierra a Jesucristo más que nunca.** No conocemos fases de la historia en las que estuviera el mundo tan herméticamente cerrado a la predicación del Evangelio: en China, en las naciones islámicas o hinduistas, en las naciones laicistas más secularizadas, antes cristianas y hoy apóstatas.

**Después de Cristo, quizá, nunca el diablo ha tenido tanto imperio sobre el mundo.** Las persecuciones de Roma mataban ante todo **los cuerpos** de los fieles a Cristo, y hacían **mártires**. Las de hoy son mucho peores, porque procuran pervertir las **almas** por la seducción o la amenaza, y hacen **apóstatas**.

Así las cosas, si **Roma** era un perro peligroso, el **Nuevo Orden Mundial** es un león mucho más feroz y poderoso, que pretende, como Roma, la eliminación total del Cristianismo (*christiani non sint*: Nerón), pero con armas mucho más inteligentes y eficaces.

### –Muchos males en la Iglesia

**+El ataque más fuerte que hoy sufren los cristianos procede de la falsa Iglesia**, mundanizada, sujeta al influjo del diablo, y que permanece aparentemente dentro de la Iglesia. Los Obispos, sacerdotes y teólogos que así malviven, logran con frecuencia, apoyándose entre sí, **escalar en la Iglesia a muy altas funciones**.

Cristo ya **anunció claramente esa lucha dentro de la misma Iglesia**. «Se levantarán muchos falsos profetas, que engañarán a muchos» (Mt 24,11). Será la Iglesia como campo de trigo, en la que el diablo siembra con éxito la cizaña (13,25).

Así ha sido siempre. Fueron algunos **Pastores y teólogos** quienes iniciaron en Occidente la apostasía. Y buena parte de ellos –los que pudieron–, permanecieron dentro de la Iglesia, conservando sus ventajas sociales y económicas, y quedando mejor situados para combatirla desde dentro.

Innumerables **fieles laicos** les siguieron en la **apostasia**, «pasándose» al Enemigo. Pero la mayoría abandonaron la Iglesia, alejándose totalmente de ella, para mejor «guardar su vida» de la persecución del mundo. Un buen número de Iglesias locales se vieron reducidas en 50 años a 1/3 o a 1/4 de sus miembros.

«**Salieron de nosotros, pero no eran de nosotros.** Si hubiesen sido de nosotros, habrían permanecido con nosotros; pero salieron para que se manifestase que **no todos son de nosotros**» (1Jn 2,19).

### Las herejías impunes

Sin duda alguna, los mayores males que hoy sufre el pueblo cristiano tienen por causa la tolerancia frecuente de graves herejías. **San Juan Pablo II** así lo reconocía:

«Es necesario admitir con realismo, y con profunda y atormentada sensibilidad, que **los cristianos de hoy, en gran parte, se sienten extraviados**, confusos, perplejos, e incluso desilusionados. **Se han esparcido a manos llenas ideas contrarias a la verdad revelada** y enseñada desde siempre. Se han propagado **verdaderas y propias herejías** en el campo dogmático y moral, creando dudas, confusiones, rebeliones. Se ha manipulado incluso la liturgia.

«Inmersos en el **relativismo** intelectual y moral, y por tanto en el permisivismo, los cristianos **se ven tentados** por el ateísmo, el agnosticismo, el iluminismo vagamente moralista, por un cristianismo sociológico, sin dogmas definidos y sin moral objetiva» (disc. 6-II-1981)... «Los cristianos de hoy, *en gran parte*» [*sic*]. Se dice pronto...

Parece inexplicable. **Nunca ha habido en la Iglesia un corpus doctrinal tan amplio y perfecto** como en el tiempo actual; y **nunca han proliferado tanto dentro de ella las herejías**. Prácticamente no hay actualmente ninguna verdad católica de la fe que no se haya puesto en duda o negada impunemente, al no haber sido los errores suficientemente combatidos, pronta y severamente, por la Autoridad apostólica y por los teólogos ortodoxos.

Recuerdo de nuevo la parábola del hombre que sembró en su tierra semilla buena: «vino el Enemigo y sembró cizaña en el trigo y se fue... Señor, ¿no sembraste buena semilla en tu campo? ¿Cómo es que tiene cizaña?... Él les respondió: un Enemigo ha hecho esto» (Mt 13,24-30). Y lo ha hecho **mientras la gente de Cristo dormía** en el pestilente triunfalismo post-conciliar.

### La doxología disminuida

**La glorificación de Dios** (*doxología*), ha disminuído enormemente, sustituida por un moralismo horizontal y pelagiano. **El celo por la gloria de Dios**, apenas está presente en las Iglesias descristianizadas. Falta el espíritu gozoso de gratitud y de alabanza, la admiración por su bondad, su misericordia y su belleza, el dolor por el pecado, el espíritu evangelizador de las misiones: «*Oh Dios, que te alaben los pueblos, que todos los pueblos te alaben*» (Sal 66).

**Felizmente, en los textos bíblicos de la Liturgia**, de modo necesario, se sigue expresando y causando la glorificación de Dios y de su Cristo.

«Yo te amo, Señor, tú eres mi fortaleza, Señor, mi roca, mi alcázar, mi libertador;

Dios mío, peña mía, refugio mío, escudo mío, mi fuerza salvadora, mi baluarte. Invoco al Señor de mi alabanza y quedo libre de mis enemigos» (Sal 17,2-4).

**Ésa es el alma del AT y aún más del NT**, como lo vemos en el prólogo del Evangelio de San Juan, en los himnos doxológicos de San Pablo (p. ej., Ef 1; Col 1,13-20). En toda la tradición espiritual de la Iglesia, y especialmente en su Liturgia, vibra el *entusiasmo* por Dios (*enthusiasmós*: éxtasis, arrobamiento divino).

Por el contrario, hoy son frecuentes prédicas, catequesis, cantorales, Obras católicas misioneras, caritativas, etc. que **apenas mencionan a Dios**. De tal modo se ha horizontalizado y secularizado el cristianismo en las Iglesias locales agonizantes, suprimiendo prácticamente en sus vidas la dimensión doxológica y teocéntrica, que parecen profesar «otra religión».

### La soteriología eliminada

**La disminución de la doxología** es hoy muy frecuente, pero **el silenciamiento del misterio de la salvación o de la condenación (soteriología) viene a ser total**. Parece increíble que se produzca una falsificación de los Evangelios tan contraria a ellos. **La predicación de Cristo tenía siempre un fondo soteriológico**. El Salvador anuncia explícitamente la salvación y la condenación en 51 ocasiones distintas.

¿Será posible que alguien de buena fe crea que **es posible evangelizar omitiendo sistemáticamente el tema de la salvación eterna**? ¿Para qué valen en la Iglesia predicaciones, reuniones, parroquias, congresos, Sínodos, Misiones, Facultades eclesíásticas, ejercicios es-

pirituales, movimientos laicos, colegios y Universidades católicas, presbiterios, planes pastorales, congregaciones religiosas, etc. si en sus ámbitos propios silencian **el misterio de la salvación**?

La insistencia de Cristo en la predicación de la salvación o condenación viene ya **exigida por su propio nombre**, pues recibió del cielo el nombre de «Jesús, porque **salvará** a su pueblo de sus pecados» (Mt 1,21). El es presentado al pueblo por el Bautista como «el que **quita el pecado** del mundo» (Jn 1,30). San Juan apóstol afirma que es el «el Salvador del mundo» (1Jn 4,14). Lo mismo San Pablo: «Es palabra digna de crédito y merecedora de total aceptación, que Cristo Jesús **vinó al mundo para salvar a los pecadores**» (1Tim 1,15).

**Los Apóstoles prolongan la misma predicación soteriológica** del Maestro, en fondo y forma. Ellos creen que «todos pecaron y todos están privados de la gloria de Dios» (Rm 3,23). Y que por tanto todos necesitan la salvación de Cristo, una salvación por gracia. Ningu- no puede salvarse a sí mismo.

Dios, «por el gran amor con que nos amó, estando nosotros muertos por nuestros pecados, nos dio vida por Cristo: **de gracia habéis sido salvados**» (Ef 2,4-5).

**+Las Iglesias locales que están muy débiles en doxología, y vacías de espíritu soteriológico, disminuyen más y más rápidamente, y van en camino de desaparición**. Cesan sus actividades, o bien se multiplican en vano morbosamente, como ya he dicho.

Centenarios, *jornadas*, *años*, *jubileos*, planes pastorales, sínodos, consejos, organismos, delegaciones, vicarías, depar-

tamentos, campañas, centros, programas, etc. **dan una apariencia de vida:** «hacemos todo lo posible». Pero la extrema escasez de **doxología** y la ausencia total de **soteriología** hacen que año tras año los males vayan creciendo en esas Iglesias inexorablemente, pues esas dos son las coordenadas fundamentales del Evangelio.

Se venden templos, que desacralizados, vendrán a ser biblioteca, centro de congresos y eventos, piscina cubierta, centro para reuniones o cualquier otra cosa rentable. Proceso semejante se da en los conventos religiosos y casas parroquiales. Un sufrimiento para el pequeño Resto fiel.

### **Persiste ya durante medio siglo la ausencia de vocaciones**

Y quedan pocos sacerdotes, los más de mucha edad. La llama de la Santa Misa se apaga en muchas iglesias. Y donde se celebra todavía, son diez veces más los bautizados ausentes que los asistentes. Hay campañas vocacionales que no mencionan el sacramento del Orden ni la Eucaristía.

«Irlanda, antaño reserva católica de Europa, va camino de quedarse sin clero» (*infocatolica.com* 17-01-22). «Heriré al pastor y se dispersarán la ovejas del rebaño» (Zac 13,7; Mt 26,31).

**Al verse ignorada o negada la condición esencialmente sacramental de la vida cristiana, se acaban necesariamente las vocaciones sacerdotales y los sacramentos.** En no pocas parroquias ya no hay vocaciones al **Orden** sagrado. La asistencia a la **Eucaristía** dominical ha pasado en unos decenios del 80% al 8%. Desaparece prácticamente la **confirmación** y casi total-

mente el sacramento de **la penitencia**, los **matrimonios** sacramentales son ya los menos, va reduciéndose a mínimos **la unción** de los enfermos, y disminuyen notablemente los **bautismos**.

El obispo de Essen (Alemania), Franz-Josef Overbeck, señalando la suma escasez de sacerdotes, escribe a sus diocesanos que, «si esto continúa, **la estructura sacramental de nuestra Iglesia se derrumbará:** ya está bajo una amenaza real» en Alemania (14-01-22).

### **Destrucción del matrimonio**

**El matrimonio y la familia** con frecuencia han roto con su tradición cristiana. Han disminuido rápidamente los **matrimonios** sacramentales, que son menos que los civiles o las uniones simples. Se impone como un progreso la práctica sistemática de la **anticoncepción**. Apenas tienen hijos. Se rompen por el **divorcio** muchos matrimonios. Y el «segundo matrimonio» (*sic*), es decir, el **adulterio**, se va viendo como un suceso natural y aceptable. Incluso en ciertos casos, estiman algunos, no impide la comunión eucarística.

A la aceptación «benigna» del **adulterio** y de la **anticoncepción** ha de añadirse la tolerancia pasiva y aún activa del **aborto**, las **uniones homosexuales** —«también los homosexuales tienen derecho al sexo y a formar una familia»—, la **transexualidad**, el **suicidio** asistido, la **eutanasia**. Vale todo.

### **Las Misiones**

Disminuye grandemente el número de los misioneros. Pero lo más grave es que con frecuencia ha disminuido mucho la predicación del Evangelio. Realizan con abnegada entrega labores asistenciales



y sanitarias muy valiosas, pero no pocos, por convicción —«respetando» las religiosidades indígenas—, por imposibilidad o carentes de celo por la gloria de Dios y por la salvación eterna de los hombres, han cesado la acción evangelizadora. Y algunos «misioneros» lo consideran un progreso.

Esa misma mentalidad actúa en escuelas, colegios y Universidades católicas. Admiten con frecuencia a cristianos no practicantes como **catequistas** y profesores de religión. No sean pocos los **centros católicos** que son camino probable a la apostasía.

### Falta la acción política cristiana

Falta la acción política cristiana, lógicamente, en las Iglesias locales descristianizadas por la vía de la **mundanización mental**, que acepta sin mayor repugnancia las leyes impulsadas «*contra naturam*» por los Gobiernos, es decir, las leyes contra-Dios. El fuego de estas leyes infernales —como el «derecho al aborto»—, en unos pocos decenios, ha incendiado sin mayores resistencias a casi todas las naciones más «desarrolladas».

### La pornografía

**Todo lo invade.** Es hoy una de las más poderosas armas del Maligno, que le aseguran ser el «dios de este mundo» (2Cor 4,4). Actúa en los malos y también en los buenos, aunque éstos acepten la pornografía en sus formas atenuadas. Es verdad que hay grados mayores y menores de pornografía, pero también los menores son pornografía.

Ésta actúa a través de los medios de comunicación, la publicidad, la litera-

tura, las artes gráficas, espectáculos, comercios, modas, playas y gimnasios, deportes, etc., por todos los medios posibles. Y su acción más perversa, más temprana y más universal se da, sobre todo por medios informáticos, ya, por medio de los móviles, en la mayoría de los **niños y adolescentes**.

\* \* \*

### —Las naciones que abandonan la fe pierden en parte el uso de razón

Esta observación es importante. Muchas mentiras y barbaridades actuales apenas tienen antecedentes en los pueblos paganos, ignorantes de Cristo. Y es lógico que **las más hondas miserias y más profundas mentiras sean producidas por cristianos apóstatas**. Las naciones que por las misiones llevaron el Evangelio a todo el mundo, son hoy las más empeñadas en procurar su eliminación universal. *Corruptio optimi pessima*.

El «derecho al aborto», el «derecho al «matrimonio» homosexual» y a la «transexualidad», la afirmación extrema de la *libertad de expresión* —la misma que, condena a multa, cárcel o destitución, a quien *libremente expresa* su oposición al aborto o la «ideología del género»—, etc., construyen **un mundo falso, fundamentado en la mentira, esencialmente contradictorio**, que centra su atención en lo menor, lo peor y más efímero, y la cierra a lo mayor, mejor y más importante. Todo esto nos demuestra que, en ciertas cuestiones fundamentales, **los pueblos que han abandonado la fe, han perdido en gran parte el uso de razón**.

Como digo, es lógico que los que rechazan a Cristo, después de haber creído en él, o incluso después de haber recibido en el segundo nacimiento del Bautismo el hábito ontológico [el hábito, la virtud] de la fe, **vengan a quedar atontados**, capaces de tragarse las más horribles mentiras.

Una hipótesis loca: **si a un perro se le infundiera un alma humana**, con su correspondiente facultad racional, y llegara un día a abominar de la condición humana y al uso de la razón, volvería a vivir como perro, pero sus facultades animales habrían quedado disminuidas o perdidas –olfato, orientación de lugares, etc.–. Análogamente, el bautizado que se abaja en la apostasía abandonando la fe, **se queda atontado**, porque lo suyo propiamente es «vivir de la fe» (Rm 1,17). La hipótesis de la que he partido es loca; pero es real y verdadera **la máxima degradación humana que causa la apostasía**.

No sigo en la descripción de los males, **porque son tantos que su conjunto resulta indescriptible**.

Ya señalé más largamente hace unos años los males de la Iglesia en la obra *Infidelidades en la Iglesia* (Fund. GRATIS DATE, Pamplona 2005, 93 pgs.).

## El rechazo de la Cruz de Cristo

El desprecio, la aversión a la Cruz, causa y expresa la negación de la **doxología** y de la **soteriología**. Los «enemigos de la Cruz de Cristo tienen por su Dios al vientre» (Flp 3,18-19). No pueden seguir a Cristo, porque se niegan a «tomar cada día su cruz» (Lc 9,23). Ellos pretenden ante todo «guardar

su vida» (9,24). Es evidente que **rechazar la Cruz equivale a eliminar de la propia vida la glorificación de Dios**, significada en el palo vertical de la cruz, y negar el misterio de **la salvación eterna**, significado en el palo horizontal.

Ésa es la causa de todos los males diabólicos que sumen en tinieblas de pecado al mundo y también a la parte mundanizada de la Iglesia, que en realidad ya no es parte de la Iglesia, sino falsa y engañosa apariencia, terriblemente dañosa.

## El Cardenal Sarah ve el mundo actual a la luz de la fe

Su diagnóstico sobre el estado de Europa [y de Occidente], concretamente, es verdadero y extremadamente grave. Pero es muy solitario. Predominan, al menos en los niveles más altos de la Iglesia, **los optimismos «reformistas»** en la doctrina y la moral, la reforma de la Curia, la Sínodalidad, la institución de nuevos «ministerios», etc.

«**El rechazo moderno de Dios** nos encierra en un nuevo totalitarismo: el del **relativismo** y del **liberalismo** absoluto, que no obedece ninguna ley, si no es la del lucro. **El sacerdocio mismo ha entrado en una crisis inédita y única** en [la historia de] la Iglesia... En la historia del mundo y de la Iglesia, no parece que haya existido una civilización donde se legalizara el **aborto**, donde **homosexualidad** y **eutanasia** hayan demolido la familia y destruido el matrimonio... Estamos en una situación difícil, y la crisis es profunda, grave y peligrosa para la supervivencia de la humanidad... La ideología del género... **¡Jamás en la historia de la humanidad se ha visto una tal degradación del hombre!**...»

«¿Cómo hemos podido llegar a una demencia tal, a una tal crisis? Es porque **masivamente hemos rechazado a Dios**» (*El futuro de la Iglesia en Europa*, conferencia en Draguignan, 18-09-2021).

## El rechazo de Cristo y de la Civilización Cristiana destruya al mundo

No ha producido un mundo libre y superior, enseñado y prometido por *la Ilustración*, sino profundamente degradado, esclavizado e irracional.

Ya he señalado que la humanidad que abandona **la fe**, pierde en parte o en todo lo más importante: **el uso de razón**.

**Podemos comprobarlo** en la literatura y la filosofía del absurdo; en las artes que dan culto a la fealdad; en las guerras millonarias en muertos; en el tipo de nación partida en partidos numerosos, todos hostiles entre sí; en la educación anómica, cultivadora del odio a la autoridad, a la ley, al estudio, a la tradición; en el favorecimiento de tantas corrupciones, especialmente en la putrefacción de la vida sexual; en la indécible multiplicación del aborto, de los divorcios, adulterios, suicidios, enfermedades mentales, injusticias, eutanasias, etc. Es muy de notar que se acrecientan enormemente **las fuerzas policiales**, en paralelo **al número de los delitos**.

**Pero sobre todo en el orden mental, el rechazo de Cristo, que ha sido el rechazo de la Verdad**, ha llevado al predominio de la experiencia y el sentimiento –y la sensualidad–, a un irracionalismo que hace imposible el pensamiento filosófico. Dicen que «Dios ha muerto». Pero **es la filosofía la que ha muerto**, la que ha destruido

con saña el contenido de su propio nombre.

**Da vergüenza leer las producciones de las filosofías actuales:** la mayoría ni siquiera son filosóficas. Hacen a veces valiosos análisis filológicos, estudios psicológicos, muy interesantes experimentos de psicología social o descripciones de antropologías de culturas diversas, etc. Pero no son son capaces de dar respuesta a los grandes interrogantes que se plantean los hombres conscientes, y que la historia de la filosofía ha ido contestando mejor o peor. Ni lo intentan: *no saben, no contestan*.

## ¿Queda algo bueno en el mundo actual?

**Por supuesto que sí**, y a veces se afirman bienes muy grandes. **El mal no puede existir solo en sí mismo; necesita subsistir parasitando en el bien**. Y los males mayores necesitan bienes mayores en los que subsistir. Permanecen, pues, y mejoran ciertos bienes en este *mundo malo*: la medicina, la farmacia, la investigación científica, los perfeccionamientos de la técnica y de las empresas productoras, los medios de movilización y de comunicación, el descubrimiento y desarrollo del mundo digital, ciertos aspectos de la organización social y laboral, y tantas realidades más.

**Dios impulsa todos esos progresos**, para proteger su creación y su Iglesia, para evitar el hundimiento universal del mundo. Él es **el Protagonista causal de todo bien**, de todo progreso auténtico. Permite los males en vista a mayores bienes. Su providencia protege el árbol bueno, y con medida totalmente domi-

nada «lo poda, para que dé más fruto» (Jn 15,2). No tala los árboles nuevos, sino que los poda.

**Y el diablo se abstiene** de destruir en el mundo aquellos **bienes** en los que tiene arraigados sus **males**, porque éstos, en los que domina, desaparecerían, y perdería él su poder.

\* \* \*

*Mi pueblo no escuchó mi voz, Israel no quiso obedecer: los entregué a su corazón obstinado, para que anduvieran según sus antojos... ¡Ojalá me escuchase mi pueblo y caminase Israel por mi camino!: en un momento humillaría a sus enemigos y volvería mi mano contra sus adversarios (Sal 80,12-15).*

—2—

## **Profesión y defensa de la fe**

---

—Tu palabra, Señor, es eterna...

—más estable que el cielo (Sal 118,89).

### **—La fe es el fundamento de la vida cristiana**

Es principio revelado: «**el justo vive de la fe**» (Rm 1,17). En la Biblia se reitera ese principio (p. e., Hab 2,4; Gál 3,11; Heb 10,38). «La fe es por la predicación, y la predicación es por la palabra de Cristo» (Rm 10,17). La roca que fundamenta el edificio espiritual es la fe.

**Si una Iglesia local se mantiene en la fe**, por muchos pecados que cometan sus miembros, incluso algunos de sus Pastores, subsiste; debilitada, pero pervive. Hay conciencia de que Cristo es el Salvador único. Se cree en los sacramentos, se guarda la Misa dominical, hay vocaciones, los padres pueden pasan su fe a los hijos, hay misioneros.

**Si una Iglesia tolera que la fe**, su fundamento, sea atacada, puesta en duda, gravemente erosionada, su edificio, carcomido en sus cimientos, se derrumba, se hunde, se arruina. Es la apostasía. Ya

Jesús no es el Salvador, y ni siquiera se cree en el pecado. Cesan las vocaciones, la Eucaristía, los sacramentos, las misiones, todo. **Es la situación en que malviven hoy no pocas Iglesia locales de Occidente.**

Cito el diagnóstico de **San Juan Pablo II**: «Los cristianos de hoy, en gran parte, se sienten extraviados... Se han esparcido a manos llenas ideas contrarias a la verdad revelada y enseñada desde siempre. Se han propalado verdaderas y propias herejías» (disc. 6-02-1981).

### –Resistid firmes en la fe

Guardémonos del Padre de la Mentira, el Adversario diabólico, que busca devorarnos en la herejía y la apostasía: **«resistidle firmes en la fe»** (1Pe 5,8). Hay que profesar la fe con toda firmeza, nunca es lícito consentir en dudas sobre temas de fe, pues es Dios quien en ella nos habla; es preciso combatir, según la gracia nos conceda, los errores que la niegan. Jesucristo, los Apóstoles y tantos santos y cristianos fieles nos han dado ejemplos admirables, sellados en el martirio con su propia sangre.

#### Jesucristo

**Miremos la predicación de Cristo.** Nos fascina la **serena dulzura** con la que predica el Evangelio; cómo se comunica con la gente común, ignorantes y eruditos, justos y pecadores, ricos y pobres.

Pero igualmente hemos de seguir su ejemplo en su **elocuencia combati-va** contra los errores doctrinales, como los gravísimos errores de los fariseos, que en su tiempo eran los maestros principales de los judíos.

Cambia entonces completamente el tono de su palabra: «raza de víboras, sepulcros blanqueados, guías ciegos, hipócritas, buscadores de los mejores puestos» (Mt 23; Mc 12,38-40; Lc 11,37-41; 20,41-44). Incluso a veces usa el arma terrible de la ironía: «coláis el mosquito y os tragáis el camello» (Mt 23,24). Los avergonzaba y los desprestigiaba públicamente, para liberar así de su maléfico influjo al pueblo que los veneraba, de modo que pudiera abrirse al Evangelio salvador.

Pero a muchos, aun teniendo la fe verdadera, no les vale la norma del Maestro: «yo os he dado el ejemplo, para que vosotros hagáis también como yo he hecho» (Jn 13,15). Estiman que «pretender que una o más personas cambien su pensamiento, para aceptar el mío», es un atropello incompatible con la caridad al prójimo.

#### Los Apóstoles

**Miremos la predicación de los apóstoles.** Igualmente, denunciaron y **combatieron las herejías con gran fuerza y frecuencia.** No se limitaron a **predicar** las verdades de Cristo, sino que **combatieron** con suma energía contra todas las falsificaciones del Evangelio, que ya en su tiempo se dieron, como Jesús había anunciado (Mt 24,11). No callaron, no miraron para otro lado, no pensaron que «la verdad acaba imponiéndose por sí misma», ni estimaron que por sus combates se iba a romper la unidad de la Iglesia: todo lo contrario.

**San Pedro** (2 Pe 2), **Santiago** (3,15), **San Judas** (3-23), **San Juan** (Ap 2-3; 1Jn 2,18.26; 4,1), tratan a los falsos maestros cristianos, herejes y cismáticos, con **palabras tan tremendas como las usadas por Cristo** contra letrados y fariseos. Actualmente, este «lenguaje evangélico» resulta para muchos escandaloso y

incompatible con la caridad cristiana. Pero son ellos los que están equivocados, no Cristo y los Apóstoles.

### San Pablo

**El Apóstol hace una descripción exacta de los *Deformadores de la Iglesia*.** En casi todas sus cartas, dedica fortísimos ataques contra los falsos doctores del Evangelio, describiendo con todo realismo sus miserables fisonomías, para facilitar su identificación y reprobación.

«**Resisten a la verdad, como hombres de entendimiento corrompido**» (2Tim 3,8), son «hombres malos y seductores» (3,13), que «no sufren la sana doctrina, ávidos de novedades, que se agencian un montón de maestros a la medida de sus propios deseos, y hechos sordos a la verdad, dan oído a las fábulas» (4,3-4). «Pretenden ser maestros de la Ley, cuando en realidad no saben lo que dicen ni entienden lo que dogmatizan» (1Tim 1,7; cf. 6,5-6.21; 2Tim 2,18; 3,1-7; 4,15; Tit 1,14-16; 3,11).

Son «individuos tramposos, consumados en las estrategias del error» (Ef 4,14; cf. 2Tes 2,10-12), y «su palabra cunde como gangrena» (2 Tim 2,17). Les apasiona la publicidad, dominan los medios de comunicación social del mundo, que lógicamente se les abren de par en par. Son «muchos, insubordinados, charlatanes, embaucadores» (Tit 1,10)...

¿**Qué buscan estos hombres?** ¿Dinero? ¿Poder? ¿Prestigio?... Será distinta en unos y otros su principal pretensión, pero *todos* buscan por la soberbia **el éxito personal en este mundo presente** (Tit 1,11; 3,9; 1Tim 6,4; 2Tim 2,17-18; 3,6). Un éxito que muchas veces consiguen (Jn 15,18-27; 1Jn 4,5-6).

Estas diatribas del Apóstol le ocasionaban a veces duras hostilidades, pero

él no les daba más importancia que a la molestia de un mosquito:

«Vivo contento en medio de mis debilidades, de los insultos y de las persecuciones, en las angustias padecidas por Cristo» (2Cor 12,10).

El lenguaje paulino, en cambio, **era muy cordial con los paganos y los cristianos**. A los fieles de Tesalónica, evangelizados por él, les escribe: «Recordad, hermanos... [como] sabéis bien, que tratamos con cada uno de vosotros personalmente, como un padre con sus hijos, animándoos **con tono suave y enérgico** a vivir como Dios se merece, que os ha llamado a su reino y gloria» (1Tes 2,2.11-12).

### **Todos los santos confesaron la fe, toda la fe, y combatieron los errores de su tiempo**

Así lo hicieron al menos todos aquellos que, por su misión y ministerio dentro de la Iglesia, estaban especialmente fortalecidos por Cristo para confesar y defender el Evangelio. **Nunca omitieron las verdades** más contrarias a la «ortodoxia mundana» de su tiempo. **Todos combatieron los errores doctrinales y las desviaciones morales más frecuentes**, atrayendo por eso sobre sí *graves penalidades*, persecuciones, exilios, cárcel, muerte.

Fueron, pues, **mártires** de Cristo, ya que dieron en el mundo y en la Iglesia, sin «guardar su vida» cautelosamente (Lc 9,24), con todas sus fuerzas, «**el testimonio** [*martireso*] de la verdad» (Jn 18,37). Y tantas veces sin tener en sus hermanos Obispos apoyo alguno, sino más veces hostilidad y persecución. Falto incluso en ocasiones de la confortación del Obispo de Roma.

**La Liturgia de las Horas**, en el *Propio de los Santos*, da una mínima biografía de cada uno. Y merece la pena señalar que, cuando trata sobre todo de santos pastores o teólogos, casi siempre recuerda, como mérito destacado, concretamente en **42 santos**, que «**combatieron los errores de su tiempo**». La escasez actual de estas denuncias y refutaciones clama al cielo. Es la causa principal de la apostasía creciente.

**Es, pues, tradición católica constante, combatir las herejías con fuertes y claras palabras**

Podemos verlo en dos ejemplos.

**San Buenaventura** (1221-1274), el *Doctor seráfico*, siendo Ministro general de los franciscanos, en su opúsculo *Apologia pauperum; contra calumniatorem*, combate la obra de un prestigioso profesor de la Sorbona, que había publicado un libro en contra de la novedosa forma de pobreza de las Órdenes Mendicantes. Y lo hace con vehemencia y dureza:

«En estos últimos días, cuando con más evidente claridad brillaba el fulgor de la verdad evangélica —no podemos referirlo sin derramar abundantes lágrimas—, hemos visto propagarse y consignarse por escrito cierta doctrina, la cual, a modo de negro y horroroso humo que sale impetuoso del pozo del abismo e intercepta los esplendorosos rayos del Sol de justicia, tiende a oscurecer el hemisferio de las mentes cristianas. Por donde, a fin de que tan perniciosa peste no cunda disimulada, con ofensa de Dios y peligro de las almas, ... es necesario quede desenmascarada, de suerte que, descubierto claramente el foso, pueda evitarse cautamente la ruina» (*Prólogo*).

Es de notar, sin embargo, que, si no recuerdo mal, en la *Apologia* no da San Buenaventura el título de la obra, ni el nombre del *Calumniator*, que era Gerardo de Abbeville (1225-172). Y pide para él fervientes oraciones, para que Dios lo saque de sus graves errores.

**San Pío X** (1835-1914), con una lucidez y fuerza semejante a la de Cristo combatiendo a los fariseos, denuncia y frena eficazmente los gravísimos errores de **los modernistas**.

Éstos «son ciertamente *enemigos de la Iglesia*, y no se aparta de la verdad el que diga que ésta no los ha tenido peores. Porque ellos **traman la ruina de la Iglesia no desde fuera, sino desde dentro**. En nuestros días el peligro está casi en las entrañas mismas de la Iglesia. Conocen ellos bien a fondo la Iglesia. Y han aplicado el hacha no a las ramas, sino a la raíz misma, esto es, a la fe.

«**No hay parte alguna de la fe católica donde no pongan su mano**, ninguna que no se esfuercen por corromper. Sus doctrinas les han pervertido el alma de tal modo que desprecian toda autoridad... **Basta, pues, de silencio**. Prolongarlo sería un crimen» (enc. *Pascendi*, 1907, 2).

Y concluye definiendo el modernismo como «**un conjunto de todas las herejías**» (38). San Pío X lo impugnó ya desde su primera encíclica (1903, *Supremi apostolatus cathedra*): «Ya habita en este mundo el “hijo de la perdición” de quien habla el Apóstol (2Tes 2,3)».

—**Profesión y defensa de la fe**

**La claridad mental y verbal en la profesión de la ortodoxia y en el combate** contra las herejías ha sido durante siglos un signo identificador de la Iglesia Católica.

¿Por qué hoy, cuando se han agravado tan grandemente en la Iglesia las herejías y abusos modernistas, **predominan los pensamientos y los lenguajes débiles y ambiguos**, así como los **silencios** elocuentes y los **buenismos** pacifistas, incapaces de combatir y sufrir por la verdad de Cristo?... No hay contradicción entre lo uno y lo otro. Precisamente, la gran difusión y prepotencia actual del modernismo es la que causa su **impunidad**, y ésta favorece de suyo su **difusión**, llevando así a la apostasía. «*Causæ ad invicem sunt causæ*». Nunca ha sido ésa la reacción de los Padres y Doctores de la Iglesia, ni la de los buenos teólogos. Dice el **Catecismo**:

«**San Pablo habla de la «obediencia de la fe» como de la primera obligación**» del cristiano (2087). «El primer mandamiento prescribe que alimentemos y guardemos con prudencia y vigilancia nuestra fe y que **rechacemos todo lo que se opone a ella... La duda voluntaria** [consentida] respecto de la fe descuida o rechaza tener por verdadero lo que Dios ha revelado y la Iglesia propone creer» (2088).

**Todos** los cristianos, por tanto, estamos obligados y movidos por Dios para «**confesar y defender la fe católica**». Pero a ello, sin duda, están especialmente **obligados los Obispos, sacerdotes y teólogos**, porque Dios, por el sacramento del Orden, los ha potenciado especialmente para confesar y defender la fe. Grandioso y grave deber.

Sin embargo, la actual cultura predominante, relativista, liberal y modernista, hace que muchos se sientan más obligados a respetar **la libertad de expresión** dentro de la Iglesia, que a defender en ella **la verdad sagrada**, la Pala-

bra de Dios, la que tiene poder para salvarnos.

Pues bien, **las Iglesias locales**, nacidas todas de nuestro Señor y Salvador Jesucristo, **se juegan nada menos que su pervivencia, según predominen en ellas Reformadores, Deformadores o Moderados, Exacerbados o Desesperados**. Espero tipificar con exactitud en el próximo capítulo las actitudes que esos nombres indican.

Bendigamos al Señor.

\* \* \*

*Mi alma está pegada al polvo: reanímame con tus palabras... Enséñame tus leyes; instrúyeme en el camino de tus decretos, y meditaré tus maravillas... Apártame del camino falso, y dame la gracia de tu voluntad... Correré por el camino de tus mandamientos, cuando me ensanches el corazón (Sal 118, 25-32).*



–3–

## Reformadores, Deformadores y Moderados

---

–¡Qué cosas captan el mayor interés de la mayoría de la gente! Dios nos guarde.

–Cuando el hombre rechaza el don de la fe, que ilumina y eleva la razón, pierde en gran medida el uso de razón. Negando al Creador, centra su atención en la criatura. Y así no entiende nada de lo que pasa, pues en Dios «vivimos, nos movemos y existimos» (Hch 17,28).

**Las Iglesias locales de Occidente**, las que llevaron la fe en Cristo a gran parte del mundo, hoy, en la situación agónica ya considerada anteriormente, **se juegan nada menos que su pervivencia**, según prevalezcan en ellas los *Reformadores*, los *Deformadores*, los *Moderados* u *Otros*. Intento ahora describirlos.

(1)

### –Los reformadores

Los Pastores y fieles **reformadores** pretenden siempre **por el camino de la conversión y la reforma**, 1) que las doctrinas y normas de la Iglesia **se reafirmen** y se apliquen pastoralmente; 2) que las herejías, las desobediencias a la disciplina, los sacrilegios, sean **re-**

**probados** eficazmente, guardando en la Iglesia la unidad, santidad y verdad; 3) que se recuperen las **vocaciones** y los **sacramentos** perdidos; 4) y que manteniendo siempre la **continuidad** con la Biblia, la Tradición y el Magisterio apostólico anterior (Vat. II, *Dei Verbum* (10)), se realicen los necesarios desarrollos de la Iglesia, fieles al «Espíritu de verdad, que nos guía hacia la verdad plena» (Jn 16,13).

«**Es Dios quien da el crecimiento**» (1Cor 3,7), y El es fiel a sí mismo, no se *contra-dice*. La Iglesia, pues, ha de crecer como un árbol, siempre fiel a su propio ser. Ella es el Cuerpo de Cristo, y «Jesucristo es el mismo ayer y hoy y por los siglos» (Heb 13,8).

**En la historia de la Iglesia ha habido numerosas reformas**, y todas han pretendido **re-formar en ella su forma verdadera**, eliminando los errores y abusos producidos en su historia, y acrecentando los desarrollos de la ortodoxia y de la ortopraxis: Cluny, Gregorio VII, Órdenes Mendicantes, Trento, San Carlos Borromeo (*el Reformador*), San Pío X, Vaticano II, etc.

«*Ecclesia semper reformanda*» fue un lema de los protestantes (Gisbert Voetius, sínodo de Dordrecht, 1618), que ellos pretendieron realizar, pero no como *reformadores*, que recuperan las formas perdidas o degradadas de la Iglesia, sino, de hecho, como *deformadores* de la Iglesia.

**El Vaticano II emplea esa expresión**, por supuesto, en el sentido católico: «La Iglesia peregrina en este mundo es llamada por Cristo a una *perenne reforma* (*perennem reformationem*)» (Vat. II, *Unitatis redintegratio* 6a). En este sentido di a mi blog el título de *Reforma o apostasía* (2009–).

Como dijo el cardenal **Ratzinger**, «verdadera **reforma** no significa entregarnos desenfrenadamente a levantar nuevas fachadas, sino procurar que desaparezca en lo posible lo que es nuestro, para que mejor aparezca lo que es de Cristo» (*Informe sobre la fe*, 1985, fin cp. III).

### ¿Y cómo hacer hoy la reforma?

Hemos de procurarla **siguiendo el ejemplo de Jesucristo y de los Apóstoles**, San Pablo, San Bernardo, San Pío X y tantos otros, que por ser santos, participaron maravillosamente del poder formador y reformador del Salvador.

**1.**—La **oración**, lo primero. Toda navegación espiritual cristiana ha de llevar la oración como proa, y mantener siempre su meta en la glorificación de Dios. «¡Que todos los pueblos te alaben!» (Sal 66).

**2.**—La **predicación** fuerte y clara del Evangelio: «¿Cómo creerán sin haber oído de Él? ¿Cómo creerán si nadie les predica?» (Rm 10,14)». «¡ay de mí, si no evangelizara!» (1Cor 9,26).

**3.**—La **conversión** personal: «Conviértenos, Señor, y nos convertiremos» (Jer-Lam 5,21). Toda reforma ha de pretender la salvación eterna de los hombres.

**4.**—La **caridad** al prójimo. Jesús: «no saben lo que hacen» (Lc 23,34). «Me gastaré y me desgastaré hasta agotarme por vuestra alma, aunque amándoos con mayor amor, sea menos amado» (2Cor 12,15).

**5.**—El **combate** contra el mundo, contra el mundo infiltrado en la santa Iglesia, tan opuesto al Evangelio, contra las herejías y sacrilegios, y contra el origen de todos los males, el Maligno, que «es padre de la mentira y homicida desde el principio» (Jn 8,44).

**6.**—La **esperanza** en la victoria de Cristo, que afirmó: «Yo he vencido al mundo». Y ahora «vive y reina por los siglos de los siglos».

(2)

### —Los exacerbados

**Exacerbar** es un término definido por la Real Academia, en su primera acepción, como «*irritar, causar muy grave enfado o enojo*».

Pues bien, como una subespecie muy deficiente de los *Reformadores* católicos, podemos describir a los **exacerbados** como cristianos de sincera fe que, ante los errores y males del mundo y de la Iglesia, **se enojan** fuertemente, y manifiestan su indignación **juzgando** con dureza no sólo a los errores y males, sino también a sus autores presuntos o reales. Luchan con **celo amargo**, con dureza e insultos, y también, a veces, con **tristeza**, con desánimo, y en casos extremos, con falta de fe y caridad.

Si alguno combate una doctrina mala, cuanto más fuertes sean sus argumentos, menos necesidad tendrá de insultar a sus autores. **Las reprobaciones apoloógicas no aumentan su fuerza con las palabras más duras y los insultos, sino que se debilitan.** Esto es así, pero los *exacerbados* no acaban de entenderlo.

Insisto en lo que ya dije en la *Introducción*: **Que no nos exasperen los que hacen mal en el mundo y en la Iglesia.** Con nuestros pecados de acción y de omisión somos nosotros *cómplices* de ellos. Libremos con fuerza los combates de la fe, pero obedeciendo a Cristo. **No juzguemos** a los errantes: «no juzguéis, y no seréis juzgados» (Lc

6,37). **Y no los insultemos** con palabras odiosas: «Si uno llama a su hermano *imbécil*, tendrá que comparecer ante el Sanedrín. Y si lo llama *neccio*, merece la condena de la *gehenna* del fuego» (Mt 5,22).

Lucha contra los males, pero «descansa en el Señor y espera en él... Cóhibe la ira, reprime el coraje, **no te exasperes**, no sea que obres mal» (Sal 36,7-8).

Es bueno y santo **lamentar** los males con gran pena: herejías, abusos, sacrilegios, abortos, adulterios, apostasías, etc... Señor, «arroyos de lágrimas bajan de mis ojos por los que no cumplen tu voluntad» (Sal 118,136). Pero otra cosa es, y es mala, la **exacerbación**, que ante los males se irrita, juzga, insulta, se amarga.

**Los exacerbados podrían alegrar** en su defensa que ellos **imitan a Cristo**, que combatía a los fariseos y a otros resistentes al Evangelio con palabras muy duras, «raza de víboras, sepulcros blanqueados, hipócritas, tenéis por padre al diablo», etc. Y las reprobaciones del Señor van acompañadas a veces de gestos muy hostiles: expulsa en el Templo a los vendedores, vuelca sus mesas, emplea un látigo improvisado (Mt 21, 12-18 y pll.; Jn 2,14-22).

Y los **Apóstoles** imitan a Jesucristo también en esas duras palabras: «Son éstos fuentes sin agua, a quienes está reservado el orco tenebroso,... que realizan el proverbio se vuelve el perro a su vómito», etc. (2Pe 2,17.22). «Árboles sin fruto, dos veces muertos, desarraigados; olas bravas del mar, que arrojan la espuma de sus impurezas... (Jd 11).

## Respondo brevemente.

1.-**Los profetas de Israel** confirmaban como palabras de Dios lo que decían con gestos de gran poder (cesar durante años la lluvia) o con señales simbólicas (quebrar un cayado o una vasija) para anunciar al pueblo y ponerlo en alerta frente a una crisis amenazante.

Y cuando Cristo, al comienzo de su ministerio, realiza las expulsiones del Templo, continúa ese lenguaje no verbal, que manifiesta su autoridad de enviado de Dios y que los judíos entienden. De hecho, no objetan la acción violenta, sino que preguntan con qué autoridad la realiza (Jn 2,14-18). Pero no seguirá después con esos gestos violentos, sino que manifestará su poder sobrehumano en los milagros.

2.-**Cristo lanza públicamente duras palabras**, por ejemplo, contra los fariseos **porque los ama**, para sacarlos de su soberbia y de sus falsificaciones de la Revelación divina, para deshacer su prestigio entre el pueblo que los venera, para desmentir lo que les impide recibir el Evangelio. **Pero tiene palabras muy suaves y compasivas con todos**, también con los pecadores (la adúltera, Zaqueo), porque siempre es «manso y humilde de corazón» (Mt 11,28), también en la Cruz: «Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen» (Lc 23,34).

3.-Jesús **prohíbe las palabras insultantes**, como ya hemos visto. Si uno insulta a su hermano, «merece la condena de la *gehenna* del fuego» (Mt 5,22).

4.-**Las durezas verbales que hallamos a veces en los Santos Padres y Doctores de la Iglesia** (*Adversus haereses*,

*Adversus Helvidium, etc.*) **prolongan** a veces las antiguas durezas. Pero el Espíritu Santo, que nos dirige a la verdad completa, va haciendo prevalecer en la predicación la suavidad compasiva de Cristo, y su prohibición del insulto.

**San Buenaventura** (+1274), por ejemplo, como antes he citado en su *Apologia pauperum contra calumniatorum*, tritura largamente los argumentos publicados por un maestro de la Universidad de París contra los nuevos religiosos mendicantes. Pero, si no recuerdo mal, evita dar el nombre del *calumniator*, Gerardo de Abbeville, y no da tampoco el título de su nefasta obra. Solo indica a ésta dando las primeras palabras de su texto.

De **San Francisco de Sales** (+1622), que fue nombrado Obispo de Ginebra, pero que tuvo que establecerse en Annecy, ciudad próxima, por la prepotencia de Calvino en Ginebra, se dice que en sus polémicas con los calvinistas, suscitaba muchas conversiones, y más que por sus argumentos, por la humilde caridad de su trato.

**Quiera el Señor abrir la mente y el corazón de los cristianos hoy exacerbados** por tantos males, que tienen a veces a mérito la dureza de sus apologías. Piensan que **cuanto más duras sean sus palabras, más fuerza persuasiva** tendrán para vencer a los «adversarios». Cuando es justamente lo contrario. Al oírlos ellos se dicen: «No les hagás caso: sus cabezas no piensan, *embisten*».

(3)

### –Los deformadores

Éstos exigen que **la Iglesia evolucione y cambie ciertas doctrinas y normas morales**, de tal modo que en ella **se reforme** –es decir, se *deforme*– todo

cuanto se muestra incompatible con el pensamiento del mundo actual. Pretenden que sólo así podrán atraer el mundo a la fe en Jesucristo.

La falsedad de tal planteamiento, totalmente contrario al Evangelio, es tan evidente *a priori* como *a posteriori*, viendo el resultado más frecuente de su aplicación, que es la eficaz promoción de la apostasía.

No olvidemos que **los más terribles deformadores de la Iglesia están dentro de ella**; y que con lamentable frecuencia, perviven impunes, prepotentes, ascendidos.

**Son «hombres malos y seductores»** (2Tim 3,13), que «resisten a la verdad, como hombres de entendimiento corrompido» (3,8). Se les ha podrido el *nous*. San Pablo, como hemos visto en páginas anteriores, hace de ellos un retrato muy exacto. Muy útil para conocerlos y para combatir sus mentiras diabólicas.

(4)

### –Los moderados

Los *moderados*, centristas en cauteloso equilibrio, **aceptan a la Iglesia** en su doctrina y disciplina. Pero al mismo tiempo quieren –quieren de hecho, aunque no lo declaren– que aquellas enseñanzas y caminos de la Iglesia contrarios al mundo, **se silencien sistemáticamente** –por ejemplo, la *Humanae Vitæ*–, y que **nunca se exija** su observancia, ni en la confesión, ni en las predicaciones, ni en cátedras o publicaciones. Y que **tampoco se impugnen** en públicas argumentaciones apologéticas las herejías contrarias a esas doctrinas.

Es decir, por un lado, quieren **estar a bien con buenos y malos**. Por otro, sa-

ben que su *moderación* es una recomendación imprescindible para **su personal promoción eclesiástica**.

En una Iglesia local dirigida por los *deformadores* o/y por los *moderados*, **Pablo de Tarso no tendría ninguna posibilidad de ser elegido Obispo**. San Pablo era un hombre que, por ejemplo, escribiendo a los Gálatas, les dice que su condición de Apóstol procede de Dios Padre y del Señor Jesucristo, «que se entregó por nuestros pecados, **para arrancarnos de este perverso mundo presente**, según la voluntad de nuestro Dios y Padre» (Gál 1,4). Deformadores y moderados vetarían absolutamente la elección episcopal de quien se permitía hablar así del mundo presente, de un modo tan claramente «escandaloso».

Los *moderados* son **buenistas**, y por tanto **pacifistas**. Piensan que ante todo hay que evitar en la Iglesia **divisiones públicas y tensiones internas**... Así piensan –si es que piensan, porque más que *pensamientos* en razón y fe, viven de *pensaciones*–, según modas y temperamentos personales. **Los moderados son quizá, los que más daño hacen a la Iglesia desde dentro**, porque conociendo y creyendo la verdad, no la predicán, ni la defienden, sino que la ocultan, «por el «bien» de la Iglesia, para preservar su «unidad», *pro bono pacis*»...

**Está claro que entre los católicos que mantienen la ortodoxia hoy prevalecen ampliamente los moderados**, que alegando razones inadmisibles «no combaten el buen combate» por la fe (2Tim 4,7). Dios les abra los ojos y les dé conversión y perdón.

Lo eclesialmente correcto es hoy **un buenismo oficialista que obliga a pensar y decir que «vamos bien»**, aun-

que se reconozca generosa y humildemente que «hay deficiencias», hay «luzes y sombras». Hasta ahí llegan.

*Estos moderados consideran por supuesto que su actitud es virtuosa, prudente, caritativa*, y la mantienen muchas veces con buena conciencia (y quién sabe si con cierto orgullo). Todo lo hacen «por amor a la Iglesia, por mantenerla en la unidad» (*sic*).

**Resulta penoso verles argumentar** fundamentando su actitud en piadosas consideraciones sobre la Providencia divina, el valor supremo de la unidad de la Iglesia, la virtud de la esperanza, la caridad fraterna, la obediencia y la filial confianza que debemos a nuestros Pastores sagrados, etc.

Los *moderados* respetan por liberal tolerancia a los *deformadores*, pero menosprecian a los *reformadores*, de los que se distancian cuidadosamente, como es lógico, como si fueran apestados.

Lo explico un poco más.

**Deformadores y moderados coinciden en su profundo desagrado hacia los reformadores**, combatientes defensores de la verdadera fe católica.

Los **deformadores**, considerados tantas veces como atrevuda vanguardia creativa y progresista de la Iglesia, cuando a veces –pocas– se ven atacados públicamente, se indignan y califican de *fanáticos retrógrados, rígidos y farisáicos*, a sus oponentes.

Los **moderados**, como se ven implícitamente denunciados al mantenerse a distancia de los combates de la fe, en un silencio neutral, también se indignan y tienen por *fanáticos* a quienes combaten por la verdad de Cristo y de la Iglesia.

Aborrecen especialmente las argumentaciones más fuertes de los **reformadores**. No entienden que *la fuerza en la defensa de la fe está en función de la fuerza de las agresiones contra ella*.

Intervenciones públicas tan fuertes, por ejemplo, como la que ya vimos del Cardenal Sarah, o las también recientes de los Cardenales y Obispos Müller, De Paolis, Caffarra, Burke, Brandmüller, Pell, Gadecki, Ager, Reig Pla o Schneider, no se habían producido ni siquiera en los momentos más efervescentes de las polémicas posteriores al Vaticano II.

Pero es que **nunca como hoy se habían producido tantas y tan graves agresiones públicas de algunos Obispos y Cardenales modernistas** contra verdades de la fe católica:

dudas sobre la virginidad de María, aceptación práctica del adulterio, de la homosexualidad activa, del sacerdocio femenino, de la eutanasia, concelebración eucarística con pastores cismáticos, negación práctica de la ley eclesial (misa dominical, p. ej.), igualdad docente entre ordenados y laicos, etc.

Los **moderados**, quizá con buena voluntad, pero con discernimiento erróneo, estiman que **un verdadero amor a la Iglesia y a su jerarquía exige un apoyo indiscriminado al presente católico**, lleven a éste por donde lo lleven.

Y por otra parte –todo hay que decirlo– tienen en cuenta, quizá inconscientemente, que esa actitud no solo **les evita persecuciones** dentro de la comunidad cristiana, sino que en no pocos casos **les abre caminos ascendentes** de prosperidad eclesial...

**Pero sus actitudes son falsas**. Se exigen de los buenos combates de la fe, no conducen a una santa reforma de la

Iglesia, sino que la impiden, y favorecen una apostasía que ya lleva creciendo de modo persistente más de medio siglo.

–**Hay moderados muy diversos entre sí**, y conviene, para no ser atraídos a su engaño, describirlos con exactitud minuciosa, para conocerlos bien, entendiendo con precisión las causas y efectos de su moderación.

\*Unos hay que manifiestan **alegría y gratitud** cuando ven reafirmada y defendida «por otros» la enseñanza de la Iglesia, siempre fundamentada en Biblia, Tradición y Magisterio apostólico.

Se alegran con la acción de los reformadores. Pero si ellos no hacen lo mismo, es porque **no saben** –han recibido una formación escasa, y con frecuencia deficiente–, y **no pueden**, no se ven capaces. Dios los bendiga. La humildad es el fundamento de todas las virtudes. «No debe el hombre tomarse nada, si no le fuere dado del cielo» (Jn 3,27). Buena gente.

\*Otros hay que se manifiestan **indignados** por esas intervenciones apologéticas, porque, *aunque son fieles a la doctrina de la Iglesia*, guardan ellos un silencio que viene a hacerse sonoro cuando los reformadores defienden la fe atacada y falsificada.

Algunos de estos moderados, los infectados aunque solo sea un punto por el **relativismo liberal**, alegan la «unidad en la diversidad», el horror a la «unidad entendida como uniformidad», la «evolución de las verdades en la realidad de los desarrollos históricos»... Están locos.

\*Otros expresan **su desagrado ante las apologías católicas sencillamente**

porque son moderados, y se escandalizan de cualquier afirmación clara y neta, fuerte y pública, de los defensores de la fe.

**\*No ignoremos que la moderación puede ser a veces una dolencia psicológica, una grave vulnerabilidad afectiva,** procedente de distintas causas. De hecho, **el contraste polémico** los pone enfermos.

Siendo católicos ortodoxos moderados, **sufren angustia cuando ven públicamente impugnadas** ciertas doctrinas contrarias a la enseñanza de la Iglesia. Pero prefieren refugiarse en una falsa paz, que es sin duda falsa, pues favorece la impunidad y la complicidad, al menos pasivamente. Ante muy grandes males eligen compulsivamente **el silencio** orante y crucificado –en el mejor de los casos–, o simplemente miran para otro lado.

**\*Hay moderados que no quieren que sean denunciadas tantas aberraciones doctrinales y morales** –por ejemplo, la negación de que existan los ángeles–, **por temor a que combatiéndolas, se den a conocer y se difundan,** de tal modo que no pocos que ignoraban su maldad, vengan a incurrir en ellas y a alejarse de la Iglesia.

**\*La moderación buenista** suele situarse en una errónea idea de **la virtud de la prudencia,** como si ésta, por principio (*in medio virtus*), hubiera de situarse siempre «en el centro». Torpe error.

La realidad de la Presencia eucarística, por ejemplo, o de la Virginitad de María, no está en «el centro» de quienes la afirman y los que la niegan. Es absurdo. Esa actitud es irracional, y viene a expresar un vergonzante «sí, pero no, en el sentido de más bien».

**\*Otros son moderados por horror a la cruz,** porque saben que la defensa pública de la fe católica ocasiona necesariamente la persecución del mundo y de la parte mundanizada de la propia Iglesia. Prefieren «guardar su vida», libre de persecuciones marginantes, para «ser más eficaces» en la evangelización del mundo, según dicen.

**\*No faltan quienes caminando por la moderación aspiran a medrar dentro de la Iglesia.** Ven más aconsejable –y aciertan– para resguardar su ambición un discreto y persistente silencio, sin querer advertir que éste suele ser objetivamente, por omisión, un modo de complicidad.

Si son Pastores, no quieren verse como San Atanasio (+373), que por combatir fuertemente contra el arrianismo, se vió acusado de «dividir la Iglesia», y que fue cinco veces expulsado de su sede episcopal de Alejandría, perseguido por sus hermanos Obispos, los que eran activa o pasivamente arrianos.

**\*Otros deben su falsa moderación a una idea errónea de la unidad de la Iglesia.** Temen que los combates por la verdad católica susciten divisiones que quebranten la unidad de la comunidad cristiana. Pero la unidad de la comunidad de fieles sólo es posible en la verdad, en «una sola fe» (Ef 4,5 cf. Hch 2,42 4,32).

*Sulpicio Severo*, biógrafo de **San Hilario** (+367), refiere que los arrianos decían de este santo Obispo y Doctor, que era un **«perturbador de la paz en Occidente»** (II,45,4) (!). La misma acusación fue lanzada contra su contemporáneo **San Atanasio**, como si fuera culpable del cisma creado por Arrio. Así las cosas, muchos Obispos huían de esta terrible descalificación, y callaban. Y los arrianos seguían

negando o dejando que se negara la divinidad de Jesucristo.

\***La papolatría** es también error propio de los **moderados**. Los afectados por ese error se tragan pontificias piedras de molino alegando –implícitamente al menos–, que **«todo» lo que dice el Papa es doctrina infalible**; o al menos algo tan sagrado que debe ser obedecido, y en ningún caso criticado o rechazado públicamente, aunque sea ciertamente contrario a la doctrina de la Iglesia. **La episcopolatría** va por el mismo camino.

\***Mala doctrina**. Muchos de lo *moderados*, quizá la mayoría, no piensan y obran como lo hacen por cobardía, oportunismo o ambición, sino **por mala formación doctrinal**. El *semipelagianismo*, por ejemplo, hace ya mucho tiempo predominante, enseña en forma implícita a «guardar la propia vida». Es decir, empleando su propio lenguaje: presiona para que se guarde operativa y eficaz la **«parte humana»** que colabora en la obra buena con la **«parte de Dios»**, la gracia. De este modo los moderados infectados por esa pésima herejía esperan servir mejor al Reino de Dios en el mundo guardando su vida, sin enfrentarse con nadie, procurando estar a bien con todos, manteniendo su prestigio personal.

Y como he dicho, esto no siempre es por cobardía o tibieza –aunque a veces sí–; es ante todo una mala teología de la gracia, una deficiente formación doctrinal. **Si San Juan Bautista hubiera sido un moderado semipelagiano**, tendría buen cuidado en evitar cualquier modo de denuncia pública del adulterio del Rey, porque hubiera previsto que le cortarían la cabeza, y que así ya no podría servir a Dios como profeta, hablando en su

nombre. Entendería que *en conciencia* «debía» callar el adulterio real (*sic*) para guardar viva y fuerte «la parte humana» de su colaboración al servicio de Dios como fiel profeta.

Demos gracias a Dios, que guardó al Bautista en la verdad católica de su martirio.

(5)

### –Los desesperados

–Quedan **los desesperados y amargados**. Abrumados por tantos males de este mundo y de la Iglesia, aseguran que avanzamos derechos **hacia el abismo**, hacia una perdición universal. Quizá, en conexión con ese convencimiento, anuncian también a veces **el final de los tiempos, la inminencia del Anticristo, y la venida de Jesucristo**. Pero si realmente están desesperados, lo más probable es que sean increyentes o bien «hombres de poca fe» (Mt 14,31).

**La fe, si está viva, suscita necesariamente la esperanza en Cristo Salvador**: «Sabed que yo estaré siempre con vosotros, hasta el final de los tiempos» (Mt 28,20).

Nótese que en principio **son admisibles sus previsiones**, y más de una vez las hemos conocido en santos. Lo que es inadmisibile **es la certeza** con que afirman el futuro, y más aún la **amargura** con que lo hacen. La fe nunca predice como cierto lo que ignora, y nunca se horroriza de lo que la Providencia divina disponga. **Pero ellos están desconcertados y angustiados**, y olvidan dos verdades reveladas por Cristo:

1ª. **«Verán venir al Hijo del hombre en una nube con gran poder y majestad**. Cuando comiencen a suceder estas



cosas, **alegraos y levantad vuestras cabezas**, porque se acerca vuestra liberación» (Lc 21,27-28). Y también:

2ª. «**De aquel día y de aquella hora nadie sabe**, ni los ángeles del cielo ni el Hijo, sino sólo el Padre» (Mt 24,26).

\* \* \*

**¿Qué debemos hacer al comprobar un día y otro esas reacciones?**

**Seguiremos la norma de Cristo:** «Yo os he dado ejemplo» para que lo sigáis (Jn 13,15). Él **afirmó** la verdad y **rechazó** el error, enseñándonos con su ejemplo que las dos acciones son necesarias para la comunicación plena de la verdad.

**Seguiremos a San Pablo**, que nos manda: «**combate los buenos combates de la fe**» (1Tim 6,12). Y más nos lo dice hoy, cuando son tan pocos los que se reconocen llamados por Dios para combatir herejías y sacrilegios.

Piensen un poco: **si no denunciemos los errores y aberraciones, no podríamos refutarlos y combatirlos, para no alarmar a los fieles.** Por eso, al menos ciertos fieles de la Iglesia, confortados especialmente para ello por el sacramento del Orden o cualificados por sus mayores conocimientos, estamos obligados en conciencia a hacerlo.

**En fin**

**Ante los males del mundo y de la Iglesia, haga cada cristiano lo que Dios le dé hacer: no más, ni menos, ni otra cosa buena diferente. Los que pueden**, porque Dios se lo da, libren combate aun arriesgando su vida y su prestigio. **Los que no pueden**, por inculpables carencias, no entren en

combates abiertos, que fácilmente serían perjudiciales para ellos y para la Iglesia. Dios oiga sus oraciones y los bendiga. «Andar en humildad es andar en verdad» (Sta. Teresa, *6Moradas* 10,7). Y el Bautista: «No debe el hombre tomarse nada, si no le fuere dado del cielo» (Jn 3,27).

\* \* \*

*El Señor deshace los planes de las naciones, frustra los proyectos de los pueblos; pero el plan del Señor subsiste por siempre... Dichosa la nación cuyo Dios es el Señor...*

*Nosotros aguardamos al Señor: él es nuestro auxilio y escudo; con él se alegra nuestro corazón, en su santo Nombre confiamos. Que tu misericordia, Señor, venga sobre nosotros, como lo esperamos de ti (Sal 32).*

## —4—

### Sufrimiento y alegría

—«Alegres en la esperanza» (Rm 12,12).  
Perdone, pero no veo yo muchos motivos para estar alegres.

—La Santísima Trinidad es una, santa, misericordiosa. Y habita en usted como en un templo. Cristo le atrae con su gracia hacia el cielo, que está a la vuelta de la esquina. Le ha dado a la Virgen como madre... ¿Y no ve motivos para estar alegre en la esperanza?... Lo suyo es grave.

#### —Graves males sufren hoy el mundo y la Iglesia

En el primer capítulo de esta serie, ya traté de tan tremendo tema, *Los días son malos*. **Tantos males** doctrinales y prácticos, sobre todo allí donde más afectan a la Iglesia, **producen hoy angustia y desánimo en no pocos cristianos** que flaquean en la fe y la esperanza. Hemos de procurar ayudarles, porque están «como tierra reseca, agostada, sin agua» (Sal 62,2). Que puedan recibir el riego vivificante de la Palabra divina, que los conforte en la fe y les dé afirmarse en el abandono confiado en Dios. A Él, omnipotente y misericordioso, le pedimos que «permanezcan firmes en la esperanza por la paciencia y la consolación de las Escrituras» (Rm 15,4).

«Bendito sea Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo, Padre de las misericordia y Dios de todo consuelo, que nos consuela en todas nuestras tribulaciones, para que podamos consolar nosotros a todos los atribulados con el mismo consuelo con que nosotros somos consolados por Dios» (2Cor 1,3-4).

#### —¿O sea que alegría y esperanza siempre, pase lo que pase?

¿Eso significa que el cristiano no debe sufrir, ni entristecerse, ni pasar angustias con los males que afligen a la Iglesia y a la humanidad?... No, sería un mal cristiano, falto de caridad con Dios-rechazado y con los cristianos-pecadores. Señor, «arroyos de lágrimas bajan de mis ojos por los que no cumplen tu voluntad» (Sal 118,136)...

La respuesta a ese interrogante viene sintetizada en aquella frase de San Pablo, en la que distingue dos modos de tristeza, muy diferentes entre sí:

«**La tristeza según Dios** es causa de penitencia saludable, de la que jamás hay por qué arrepentirse. Pero **la tristeza según el mundo** lleva a la muerte» (2Cor 7,10).

**Hay, pues, sufrimientos, tristezas, angustias, que espiritualmente son buenos**, porque son un acto de caridad, que sufre por el pecado propio o ajeno, viendo a Dios así ofendido. La agonía de Cristo en el huerto de Getsemaní...

Y hay también **otros sufrimientos y penalidades que son malos**, porque proceden de la voluntad carnal frustrada, de la disconformidad con la voluntad de Dios, de la falta de confianza en el Señor providente, como si los males del mundo y de la Iglesia se hubieran escapado de sus manos y de su dominio

universal. Esta tristeza es mala, hay que orar y trabajar para que la gracia no nos deje consentir en ella; hay que luchar contra ella. Puede matar la vida cristiana, perdida en la frustración y la apostasía.

**–Sufrimiento y alegría han de darse juntamente**

**La alegría se contrapone a la tristeza, pero no necesariamente al sufrimiento.** La mujer que lleva años sin poder tener un hijo, cuando concibe y va a dar a luz un niño, «ya no repara en el sufrimiento, por la alegría de que al mundo le ha nacido un hombre» (Jn 16, 21). Lo mismo le sucede al extenuado corredor maratoniano que entra victorioso en el estadio.

**Pero contemplemos este misterio sobre todo en Cristo,** porque también ha de darse en los miembros de su cuerpo: «Tened los mismos sentimientos que tuvo Cristo Jesús» (Flp 2,5). El Espíritu Santo quiere configurarnos a Cristo de tal modo que no sólo nos identifiquemos con él en el **pensamiento**, la **voluntad**, en la palabra y las obras, sino también en los **sentimientos**.

**\*Cristo ha sido el hombre que más ha sufrido en el mundo**

Los evangelistas, sin temor a escandalizarnos, refieren que Jesús en Getsemaní «comenzó a sentir **pavor y angustia**», y que confesó a los tres apóstoles que le acompañaban: «mi alma está triste hasta la muerte» (Mt 26,37-38; cf. Mc 14,33-34). Y este gran sufrimiento, causado por el conocimiento del pecado del mundo pasado, presente y futuro, no se

produce solo en la proximidad de la Pasión, sino que en cierto modo acompaña toda su vida.

Dice **Santa Teresa**: «¿*Qué fue toda su vida sino una cruz*, siempre delante de los ojos nuestra ingratitud y ver tantas ofensas como se hacían a su Padre, y tantas almas como se perdían? Pues si acá una que tenga alguna caridad [ella misma] le es gran tormento ver esto, ¿qué sería en la caridad de este Señor?» (*Camino Perfecto*. 72,3).

**Todos los santos han sufrido a causa del pecado del mundo,** y por sus propias culpas. Han sufrido por amor a Dios y por amor a los pecadores. **San Pablo** confiesa:

«**Estoy crucificado con Cristo**» (Gal 2,19); «el mundo está crucificado para mí y yo para el mundo» (6,14), y «cada día muero» (1Cor 15,31). Mucho le duele que los judíos, sus hermanos, rechazen a Cristo: «siento una gran tristeza y un dolor continuo en mi corazón porque desearía yo mismo ser anatema de Cristo por mis hermanos» (Rm 9,2). Pero al mismo tiempo,

**\*Cristo ha sido el hombre más feliz del mundo**

**Nadie ha tenido una alegría comparable con la suya y la de sus santos.** Y la causa es muy cierta. «Dios es caridad [amor]» (1Jn 4,8), y siendo nosotros «imágenes de Dios», también somos caridad, aunque sea muy imperfecta. Por eso, **porque somos amor, nuestra mayor alegría se da en el amor:** cuando amamos y cuando nos sabemos amados. Y en consecuencia, **la mayor tristeza** en la persona humana está en no amar o amar poco o amar mal.

Es, pues, evidente que Jesús ha sido el más feliz de los hombres. Nadie se ha

sabido tan amado por el Padre y por los hombres que Dios le ha dado. Nadie ha amado al Padre y a los hombres como Él. Nadie ha captado la bondad y belleza del mundo como Cristo, el Primogénito de toda criatura. Nadie ha entendido, aceptado y admirado como Él los planes de la Providencia divina, siempre llenos de sabiduría, bondad y misericordia. Nadie se ha alegrado tanto con la bondad de los hombres buenos, causada por Él, aun cuando a veces su manifestación sea mínima (el óbolo de la viuda). Nadie ha conocido como Él la fuerza de la gracia, ni se ha alegrado tanto en la conversión de los pecadores. Jesús, nuestro Señor y Salvador ha sido el hombre más feliz de la historia humana.

«En aquella hora [estaba predicando en público] se sintió inundado de gozo en el Espíritu Santo, y dijo: «Yo te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra. Todo me ha sido entregado por mi Padre»... Y vuelto a los discípulos: «¡Bienaventurados los ojos que ven lo que vosotros veis!»» (Lc 10,21-24).

**\*Cristo ha sido el más sufriente y el más feliz de todos los hombres.**

Paradójico, pero indiscutible, aunque para nosotros sea un misterio no fácil de explicar. La alegría indecible que sienten los mártires en medio de los mayores tormentos, sabiendo que ofrecen su vida por amor a Cristo, se expresa del modo más elocuente en cada página de las *Actas de los mártires*.

Es «la perfecta alegría» de San Francisco de Asís. «Yendo [camino del convento] con fray León, en invierno, con un frío riguroso», le dijo: «Figúrate que al llegar a Santa María de los Ángeles,

empapados de lluvia, helados de frío, desfallecidos de hambre, llamamos a la puerta», no nos la abren, no nos reconocen y nos insultan... Si nosotros llevamos todas estas cosas con paciencia y alegría, pensando en las penas de Cristo bendito, que nosotros debemos sufrir por su amor, escribe, oh fray León, que en esto está **la perfecta alegría**» (*Floreillas* I,7): la total alegría está en el acto perfecto de amor.

Lo que en este texto más pretendo – no lo único– es que aquellos buenos cristianos, **hoy escandalizados y angustiados por tantos males** del mundo y sobre todo por los de la Iglesia, **hallen la paz y la alegría** que la fe y la esperanza nos dan en la verdad.

\* \* \*

–**Gloria al Padre nuestro** celestial, que por puro amor nos creó, y en él «vivimos, existimos y somos» (Hch 17,28), sostenidos en cada instante directamente por su manos poderosas. Gloria al Padre que, caídos los hombres en el pecado, «tanto amó al mundo que le entregó a su Hijo unigénito, para que todo el que crea en él no muera, sino que tenga vida eterna» (Jn 3,16).

Nos asegura Jesús: «bien sabe vuestro Padre celestial todo lo que vosotros necesitáis», y si tan bien cuida de las flores del campo y de las aves del cielo, «¿no hará mucho más con vosotros, hombres de poca fe? ¿No valéis vosotros más que ellas?» (Mt 6,25-30)...

Más aún, dice Cristo con una enérgica afirmación: «lo que mi Padre me dio es mejor que todo, y *nadie podrá arrebatar nada de la mano de mi Padre*. Yo y el Padre somos una sola cosa» (Jn 10,29-30).

Si Dios ha querido ser nuestro Padre y ha querido hacernos hijos suyos, tendrá que cuidarnos. **Santa Teresa de Jesús** se encarga de recordarlo: «pues en siendo padre nos ha de sufrir, por graves que sean las ofensas. Si nos tornamos a Él como el hijo pródigo, nos ha de perdonar; nos ha de consolar en nuestros trabajos, mejor que todos los padres del mundo; nos ha de regalar, nos ha de sustentar»... (*Camino Perfecc.* 44,2). Y el Padre cumple con su ser paternal. ¿Qué más queremos?

–**Gloria al Hijo redentor**, que por nosotros y por nuestra salvación se hizo hombre, y entregó su vida en la cruz para remisión de nuestros pecados y para ganarnos la filiación divina. Él nos ha adquirido, al precio de su sangre, como Cuerpo suyo, como Esposa suya en la única Iglesia, de la que está enamorado. «Y nadie aborrece jamás su propia carne, sino que la alimenta y la abriga como Cristo a la Iglesia, porque somos miembros de su cuerpo» (Ef 5,29-30).

«Él es el que nos ama, y nos ha abuelto de nuestros pecados por la virtud de su sangre» (Ap 1,5). Por tanto, «¿quién nos arrebatará al amor de Cristo? ¿La tribulación, la angustia, la persecución, el hambre, la desnudez, el peligro, la espada?... En todas esas cosas vencemos por aquel que nos amó» (Rm 8,35-37).

**San Juan Crisóstomo**, al partir exilado de su sede, se despide de su pueblo con una homilía:

«El Señor me ha garantizado su protección. No es en mis fuerzas donde me apoyo. Tengo en mis manos su palabra escrita. Éste es mi báculo, ésta es mi seguridad, éste es mi puerto tranquilo. Aunque se turbe el mundo entero, yo leo esta palabra escrita que llevo conmigo,

porque ella es mi muro y mi defensa. ¿Qué es lo que ella me dice? »Yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo» (Mt 28,20). **Cristo está conmigo, ¿qué puedo temer?** Que vengan a asaltarme las olas del mar y la ira de los poderosos; todo eso no pesa más que una tela de araña».

–**Gloria al Espíritu Santo**, el Don supremo del Padre y del Hijo para los hombres: todos los dones que Dios nos hace proceden del Don supremo y fontal: el Espíritu Santo. «Yo rogaré al Padre, y os dará otro Abogado, que *estará con vosotros para siempre*, el Espíritu de la verdad» (Jn 14,16).

Si Cristo es la Cabeza, el Espíritu Santo es «el alma de la Iglesia» y de cada uno de nosotros (Vat. II, *LG* 7). Él nos ilumina la fe, Él sostiene nuestra esperanza, Él enciende y acrecienta nuestra caridad, Él perfecciona por sus dones sobrehumanos el ejercicio de todas las virtudes, permitiéndonos participar así de la vida de la gracia al *modo divino*.

Más aún, **Él habita en nosotros**, en la unidad del Padre y del Hijo, como en un templo. *Intimior intimo meo* (más íntimo a mí que yo mismo: San Agustín, *Confesiones* III,6,11). Siendo esto así, ¿algún cristiano puede autorizarse a vivir angustiado, triste, defraudado, cuando vayan mal las cosas en el mundo y en la Iglesia?

–**Gloria a la Virgen María**, que nos ha sido dada como Madre por Jesús, su hijo unigénito. Nosotros, como el discípulo Juan, «la recibimos en nuestra casa» espiritual (Jn 19,25-27). Afirma el Vaticano II, y también Pablo VI en el *Credo del Pueblo de Dios*: María «**continúa en**

**el cielo ejercitando su oficio maternal** con respecto a los miembros de Cristo, por el que contribuye a *engendrar* y a *acrecentar* la vida divina de cada una de las almas de los hombres redimidos» (1968, n.15). ¿Qué más podemos pedir?

**San Pío X** lo dice con la mayor ternura: «**Debemos decirnos originarios del seno de la Virgen**, de donde salimos un día a semejanza de un cuerpo unido a su cabeza. Por esto somos llamados, en un sentido espiritual y místico, **hijos de María**, y ella, por su parte, nuestra **Madre común**. «Madre espiritual, sí, pero madre *realmente* de los miembros de Cristo, que somos nosotros» (San Agustín)» (1904, enc. *Ad diem illud*).

Ella, ascendida en cuerpo y alma junto a Dios, «ruega por nosotros, pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte». Por tanto, como Cristo resucitado, «vive siempre para interceder por nosotros» (Heb 7,25). «Bajo tu amparo nos acogemos, Santa Madre de Dios»... ¿Qué lugar hay en un cristiano para la angustia y la desesperación habiendo recibido de verdad el don de María Madre?

**–Gloria a los santos Ángeles** de Dios, revelados en el Antiguo Testamento, pero mucho más claramente en el Nuevo. Ellos cuidan de los hombres, de los discípulos de la Iglesia, de la Esposa de Jesucristo:

«No se te acercará la desgracia, ni la plaga llegará hasta tu tienda, porque [el Señor] a sus ángeles ha dado órdenes para que te guarden en tus caminos. Te llevarán en sus palmas, para que tu pie no tropiece en la piedra; caminarás sobre áspides y víboras, pisotearás leones y dragones. Se puso junto a mí: lo libraré; me invocará y lo escucharé» (Sal 90).

**–Gloria a Dios, que por Cristo nos libra de nuestros pecados**

El hombre, **aplastado por el peso de sus culpas**, malvive cautivo de sufrimientos y tristezas, esclavizado por el Maligno, andando por el camino de la perdición. Solo Dios por su misericordia puede librarlo de su miseria. «Él es compasivo y misericordioso, no nos trata como merecen nuestros pecados. Como un padre siente ternura por sus hijos, siente el Señor ternura por sus fieles» (Sal 102), y nos entrega a su Hijo único como Salvador. Nuestro Señor y Salvador Jesucristo «llevó nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero, para que muertos al pecado, viviéramos para la justicia, y por sus heridas hemos sido curados» (1Pe 2,24).

Digámosle, pues, movidos por su gracia: «Hazme oír el gozo y la alegría, que se alegren los huesos quebrantados. Borra en mí toda culpa. No me quites tu santo espíritu. Devuélveme la alegría de tu salvación» (Sal 50). «Me enseñarás el sendero de la vida, me saciarás de gozo en tu presencia, de alegría perpetua a tu derecha» (Sal 15,11)

**–Gloria a la Iglesia peregrina**, la de la tierra, con su doctrina luminosa, siempre fiel a sí misma, guardada en la verdad por el Espíritu Santo, luz indefectible entre tanta oscuridad y mentira; con su liturgia, sacramentos y sacramentales; con sus Escrituras sagradas y sus Concilios ecuménicos, con los escritos celestiales de sus santos; con aquellos que perseveran en la oración, que llevan fielmente la cruz de cada día; con sus párrocos y Obispos, entregados a sus fieles día a día, con sus misioneros, sus mártires, sus padres de familia, sus ni-

ños, sus religiosas activas y contemplativas, sus monjes, sus religiosos, sus vírgenes consagradas, sus iglesias y sus catedrales por todas partes; con sus innumerables obras de caridad y de beneficencia, especialmente admirables en los países más pobres.

**Con la Roca de Pedro**, con el Papa, asegurado por la oración de Cristo: «yo he rogado por ti [Simón Pedro], para que no desfallezca tu fe» (Lc 22,32), y asegurado por la oración de cientos de millones de fieles en todas las Misas, al final de los Rosarios... («por el Papa»).

«Pedid y recibiréis» (Jn 16,24). «Si dos de vosotros se ponen de acuerdo en la tierra para pedir algo, se lo dará mi Padre que está en los cielos. Porque donde dos o tres están reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos» (Mt 18,19-20)

Un mundo de gracia divina, sobrehumana, celestial, ya aquí en la tierra.

**–Cristo Salvador promete el fin de los males y el principio de los bienes.** Él anuncia que en la **Parusía**, al final de la historia humana, en su Segunda Venida, pondrá fin a todos los males, sujetándolo todo a su autoridad universal como Rey. El despreciado y odiado por el mundo, vencerá irresistiblemente a todos los poderes seculares sujetos al Maligno. Asegura Cristo que se cumplirá el plan de Dios anunciado ya en el Antiguo Testamento: «La piedra que desecharon los edificadores, ésa vino a ser la piedra angular: es el Señor quien lo ha hecho, es un milagro patente» (Sal 117,22; Mc 12,10-11).

**San Pedro:** «Nosotros esperamos otros nuevos cielos y otra tierra nueva, en que tiene su morada la justicia, según la promesa del Señor» (2Pe 3,13).

**San Juan:** «Una gran voz dijo desde el Trono: «He aquí la morada de Dios entre los hombres, y morará entre ellos. Ellos serán su pueblo, y Él será su Dios». El mismo Dios enjugará toda lágrima de sus ojos, y ya no habrá muerte, ni duelo, ni llanto, ni dolor, porque lo primero ha desaparecido. Y dijo el que estaba sentado en el Trono: «**Mira, hago nuevas todas las cosas**»» (Apoc 21, 3-5).

**San Pablo:** «Es preciso que Él reine, hasta poner a todos sus enemigos bajo sus pies. El último enemigo reducido a la nada será la muerte... Y el mismo Hijo se sujetará a quien a Él todo se lo sometió, para que así sea Dios todo en todas las cosas» (1Cor 15,25-28).

**–Gloria a la Iglesia celestial**, con la que nos unimos especialmente **en la Eucaristía** diaria, como lo confesamos orando al Señor: «con María, la Virgen Madre de Dios, los apóstoles y los mártires, y todos los santos, *por cuya intercesión confiamos obtener siempre tu ayuda*» (*Plegaria euc.* III). **Gloria a la Iglesia, que por Cristo nos lleva al cielo.**

«En la casa de mi Padre hay muchas moradas... Cuando yo me haya ido y os haya preparado el lugar, de nuevo **volveré y os tomaré conmigo**, para que donde yo estoy estéis también vosotros» (Jn 14,2-3). Palabras de infinita dulzura.

Confiado en lo que nos promete nuestro Salvador eterno, atravesamos con buen ánimo el Valle de Lágrimas del tiempo presente, caminando «como peregrinos advenedizos» (1Pe 2,11), pues «somos ciudadanos del cielo, de donde

esperamos al Salvador y Señor Jesucristo, que reformará nuestro pobre cuerpo conforme a su cuerpo glorioso» (Flp 3,20-21).

Le creemos a **San Pablo**: «**No nos acobardamos**, sino que, aun cuando nuestro hombre exterior se vaya desmoronando, nuestro hombre interior se va renovando día a día. Y la leve tribulación presente nos proporciona un extraordinario, desproporcionado, capital eterno de gloria, ya que no nos fijamos en lo que se ve, sino en lo invisible, porque lo que se ve es transitorio, y lo que no se ve es eterno» (2Cor 4,16-18).

Le creemos también a **San Gregorio de Nisa** (+394) cuando dice: «Si el alma eleva sus ojos a su cabeza, que es Cristo [Col 3,1-3], habrá que considerarla dichosa por la penetrante mirada de sus ojos, ya que los tiene puestos allí donde no existen las tinieblas del mal» (*Hom. 5ª sobre Eclesiastés*).

\* \* \*

**Hermanos angustiados y exacerbados**, mirad a Cristo, «Salvador del mundo» (1Jn 4,14), con los ojos de la fe y de la esperanza. Le ha sido dado «todo poder en el cielo y en la tierra» (Mt 29,18), Él «vive y reina con el Padre y el Espíritu Santo por los siglos de los siglos». Miradlo con los ojos de la fe en la Iglesia, que es su Cuerpo, su Esposa bellísima. Mirad a Jesús en la Cruz, miradlo resucitado glorioso, a la derecha del Padre. Y oíd lo que nos dice San Pablo:

«Sólo os pido **que viváis de manera digna del Evangelio de Cristo**... firmes en un mismo espíritu, luchando unidos por la fe del Evangelio, **sin aterraros por nada ante vuestros enemigos**, lo que para ellos será una señal de perdición, para vosotros será una señal de salva-

ción... Os ha sido concedido no sólo **creer** en Cristo, sino también **padecer** por Él, sosteniendo el mismo combate» (Flp 1,27-30).

Los fieles cristianos reciben en esto **preciosos ejemplos de los Apóstoles**. Estos, azotados, salen contentos del Sanedrín, porque han sufrido por el nombre de Jesús (Hech 5,41). Es la misma alegría que exhorta San Pedro a los fieles: «Estad alegres en la media en que compartís los sufrimientos de Cristo» (1Pe 4,13). La misma que declara San Pablo: «Desbordan sobre nosotros los **sufrimientos** de Cristo, pero desborda también nuestro **consuelo** gracias a Cristo» (2Cor 1,5).

\* \* \*

*Tengo siempre presente al Señor, con él a mi derecha no vacilaré. Por eso se me alegra el corazón, se gozan mis entrañas, y mi carne descansa serena; porque no me entregarás a la muerte, ni dejarás a tu fiel conocer la corrupción. Me enseñarás el sendero de la vida, me saciarás de gozo en tu presencia, de alegría perpetua a tu derecha»* (Sal 15,8-11).



los Reyes Magos y en los cuentos de hadas. Mundanizados, ya predicán el Evangelio, en el que no creen.

–5–

## Errores sobre la Providencia divina

–No se olvide decir que Dios es omnipotente.

–Lo diré, sí, en este capítulo y en los siguientes. Si no lo fuera, no podría ser providente. Y Él es el Señor que gobierna la historia, no un mero Espectador.

**Comienzo por exponer los errores principales sobre la Providencia**, para refutarlos y exponer luego la verdad en su plenitud. Así procede, por ejemplo, santo Tomás en los artículos de la *Summa Theologica*. Lo blanco resplandece más con fondo negro.

–**La fe en la Providencia divina se ha debilitado mucho**

**Y eso produce cristianos tristes**, resentidos, indignados... y a veces apóstatas. Es lógico. Ante los males actuales del mundo y de la Iglesia, **quienes han perdido la fe en la Providencia**, y están engañados por sus grandes falsificaciones, no pueden menos de estar perdidos, defraudados, amargados, vencidos, exacerbados, y no lo pueden disimular. Se consideran «cristianos adultos», que dejaron la fe en la Providencia, como también cesaron de creer en

–**Dios es Rey providente de todo lo creado, grande o chico**

**Y es la fe en Dios providente la que fundamenta la esperanza y asegura la paz en los creyentes** e incluso la alegría. Vayan las cosas como vayan en el mundo y en la Iglesia.

*Palabra de la fe:* «Dios es el rey del mundo, Dios reina sobre las naciones» (Sal 47,8). «El Señor es rey, y el gobierna a los pueblos rectamente (95,10).

Y atención a esto: **Yavé manifestó a Israel esta verdad desde el principio** de la Revelación, y con gran claridad y persistencia.

*Palabra de Yavé:* «Lo que yo he decidido llegará... Si Yavé Sebaot toma una decisión ¿quién la frustrará?» (Is 14,24-27)... «Lo he dicho y haré que suceda, lo he dispuesto y lo realizaré» (46,11).

\* \* \*

## **Errores sobre la Providencia**

Son innumerables. Señalaré aquí algunos que hoy mantienen mayor vigencia.

**1.–Muchos niegan la Providencia sobre lo mínimo**

Que el conductor de un coche advierta a tiempo un peligro, que los frenos respondan adecuadamente, que se produzca o se evite un grave accidente, eso **«solo depende» de causas segundas**: es decir, del conductor, de la resistencia de un material, del cuidado del mecánico que preparó el coche; pero **«no**

**depende de Dios»** y de su gobierno providente.

Nada, pues, tiene que ver la Providencia divina con que este hombre concreto pase el resto de su vida sano y activo, o tetrapléjico en silla de ruedas.

Así pensaban los grandes filósofos de la antigüedad, como Cicerón lo expresa: «*dii magna curant, parva negligunt*» (*De natura deorum* 2): los dioses cuidan de los grandes asuntos, pero no de los mínimos.

Gran error. Es imposible que gobiernen lo mayor si no dominan lo menor.

Con un ejemplo clásico. Que una nación sea durante siglos cristiana o islámica puede decidirse en una gran batalla. Pero ésta puede depender de que aguante la herradura mal puesta del caballo de un mensajero que galopa para buscar la ayuda urgente de un ejército aliado. De la suerte de una herradura puede depender la religión de un imperio durante siglos. Lo mayor puede depender de lo mínimo.

Si el gobierno providente de Dios no alcanza a lo menor, no puede tampoco llegar a lo mayor. Es Cristo quien enseña la verdad, cuando dice a sus discípulos que «no cae en tierra un pajarito sin la voluntad de vuestro Padre» (Mt 10, 29). *Deus magna curat et etiam parva*.

La moderna teología falsa considera un notable progreso intelectual **su propio torpe regreso a la antigua ignorancia de los filósofos**. Ya en ella Dios no es el Señor que todo lo gobierna, sino que es reducido a mero **espectador distante e impotente** de la historia de los hombres y de los pueblos.

**Por tanto, ninguna intervención de Dios** puede darse –ni debe esperarse o pedirse– en un orden mundano cerrado herméticamente en sí mismo, es decir,

encerrado en el juego de sus causas segundas. La oración de **petición** es, pues, una ingenuidad infantil o senil sin eficacia alguna. La aceptación de lo que sucede –quizá quedarse en una silla de ruedas– no es una **docilidad** a la voluntad amorosa de un Dios providente, sino **resignación** estoica a unas circunstancias inevitables. La Biblia y la sana Filosofía enseñan todo lo contrario.

## 2.– Algunos confunden lo «providencial» con lo «agradable». Y no reconocen la Providencia en los «sucesos malos».

Si en un gran accidente sale ileso el conductor, el cristiano dirá: «providencial: podría haberse matado». Pero tendría que decir lo mismo si de él resultara muerto o quedara para siempre tetrapléjico: «Providencial».

Hoy es prevalente la predicación y la convicción de que **nada tiene que ver Dios providente con las cosas malas**. Y muy especialmente se rechaza la condición «providencial» y «voluntaria» de la **muerte de Cristo en la cruz**. Se recupera el error de los antiguos paganos.

Dirán: «¿Cómo calificar de *providencial* la muerte de un hijo único, atropellado por un conductor criminal? Eso no es providencial, eso es criminal. **Y si es providencial, es que Dios o no es bueno** –si permite tales cosas–, **o no es omnipotente** –si no puede impedir las–».

En tan triste suceso lo más terrible es la negación de la Providencia divina, pues equivale al rechazo y negación del mismo Dios.

Cualquier hecho doloroso –los horrores de la II Guerra Mundial, el sufrimiento de los niños, el hambre de los pobres– es suficiente para que no pocos intelectuales

tuales pierdan la fe, si la tuvieron, o se vean reforzados en su ateísmo. **Se autorizan a pensar que Dios o es cruel o es impotente, y que por tanto es inexistente.**

Si alguna vez, desde el fondo de nuestro dolor, nos atrevemos a **«preguntar» a Dios sobre ciertos males**, nuestros o ajenos, no lo hagamos en forma acusativa, sino con ánimo filial, en la humildad y en la confianza incondicionada, dispuestos a **recibir dócilmente la respuesta o el silencio de Dios**. No tiene por qué darnos Él explicaciones sobre cómo gobierna nuestra vida o la del mundo.

En este sentido, decía San Pablo: «¡Oh hombre! **¿Quién eres tú para pedir cuentas a Dios?** ¿Acaso la vasija de barro dirá al alfarero «por qué me hiciste así?»» (Rm 9,20)... Si de verdad creemos que la cruz de Cristo es providencial, ya estamos curados de espanto ante todos los males que Él permita, sean lo que fueren.

**«Guardémonos de acusar a Dios.** Ningún problema habría si Dios hubiera hecho al hombre **no-libre**, sino **necesario**, como las piedras, las plantas o los astros; porque, carentes de libertad, cumplen necesariamente las leyes que el Creador ha impreso en ellos: no pueden pecar.

Por el contrario, **quiso hacer Dios al hombre a imagen Suya, quiso hacerlo libre**, con todos los riesgos y grandezas que ello implica, con posibilidad de méritos admirables y de abominables culpas y crímenes. Pero **lo hizo previendo un Redentor** que conseguiría que la gracia sobreabundara donde abundaba el pecado (Rm 5,20). Y previendo que **«los padecimientos**

**del tiempo presente no son nada** en comparación con **la gloria** que ha de manifestarse en nosotros» (Rm 8,18).

Guardémonos bien de mirar con acusación y amargura **la Providencia divina, que es con nosotros mil veces más suave de lo que nos merecemos.**

*«No nos trata como merecen nuestros pecados, ni nos paga según nuestras culpas; como se levanta el cielo sobre la tierra, se levanta su bondad sobre sus fieles; como dista el oriente del ocaso, así aleja de nosotros nuestros delitos; como un padre siente ternura por sus hijos, siente el Señor ternura por sus fieles; porque él conoce nuestra masa, se acuerda de que somos barro» (Sal 102,10-14).*

**No intentemos tampoco forzar los planes de la providencia de Dios** con oraciones llenas de exigencia, ni con «chantajes» inadmisibles: «Que baje ahora de la cruz, para que veamos y creamos» (Mc 15,32)... Los antiguos judíos, sitiados por los asirios en Betulia, flaqueando en su esperanza, se atrevieron a «emplazar» a Dios: O nos salvas en cinco días o entregamos la ciudad. Pero el Espíritu divino suscitó a una mujer llena de fe y de confianza: a **Judit** (100 a. Cto.):

**«¿Quién sois vosotros para tentar a Dios?** ¿Al Dios omnipotente pretendéis poner a prueba?... De ningún modo, hermanos, irritéis al Señor, Dios nuestro, que si no quiere ayudarnos en los cinco días, poder tiene para protegernos en el día que quiere o para destruirnos en presencia de nuestros enemigos. **No pretendáis forzar los designios del Señor, Dios nuestro**, que no es Dios como un hombre que se mueve por amenazas. Por tanto, **esperando la salvación, clamemos a él** para que nos socorra. Y él escuchará

nuestra súplica, si le place hacerlo» (Jdt 8,12-17).

### 3.- Pelagianismo y semipelagianismo

Predominan hoy en muchos ambientes cristianos formas modernas del **pelagianismo**, o de su modo suavizado, el **semipelagianismo**, que se le asemeja no poco. En ambos casos, **no se admite fácilmente que un plan de Dios providente** dirija la vida del hombre y de las naciones, porque no se cree en la primacía de la gracia.

Se piensa más bien que la línea vital de los hombres, de los pueblos, de la misma Iglesia, es aquella que las opciones libres de los hombres van diseñando. Por tanto, es el hombre, **es «la parte humana», la que en definitiva decide** lo que ha sido, lo que es y lo que será la vida personal, la del mundo y la de la Iglesia. La misma palabra **predeterminación**, tan importante en la Escritura, en la Tradición y en la teología clásica, prácticamente ha desaparecido de los textos de teología.

Vuelvo al ejemplo de **un accidente de coche**. Es posible que hoy un párroco o profesor de teología diga que si tal persona se accidentó en su coche, y resultó indemne o quedó parapléjica, nada tienen que ver esas realidades con la voluntad de Dios y con su providencia divina, sino que se deben exclusivamente al error o al acierto del conductor o al fallo mecánico. **La misma Pasión de Cristo** no es, según eso, cumplimiento de un plan eterno de Dios, anunciado en las Escrituras. Simplemente, Cristo murió porque los poderosos de su tiempo lo mataron. Y punto. Fue así su muerte, como podía haber sido de otro modo.

**Estas teologías falsas sobre la Providencia** no suelen tener formulaciones sistemáticas y precisas, que chocarían abiertamente con doctrinas dogmáticas de la Iglesia. Pero han sido **repetidas con frecuencia** por «teólogos de reconocido prestigio», en instituciones y centros de formación católicos y amplificados en libros y artículos de «lectura obligada» para los católicos de más formación desde hace quizá cincuenta o setenta años. Describiré esos grandes errores en el próximo capítulo.

Por ejemplo, en el **Dictionnaire de Spiritualité**, iniciado por eminentes jesuitas (Beauchesne 1937 *ss*), que durante un buen número de decenios mantuvo en sus producciones una alta calidad, tanto en sus voces históricas como en las doctrinales, ya en la voz *Providence*, expuesta por Pierre-Juan Labarriére, nos ofrece una teología sumamente débil e imprecisa, por no decir falsa (Beauchesne, París 1986, 12, 2464-2476).

**Tratando de la Providencia divina**, reduce mucho la fundamentación bíblica, ignora prácticamente el Magisterio apostólico, y al parecer «*l'intuition centrale de Teilhard*», *liberté en genèse*, le conviene más que las doctrinas de San Agustín o de Santo Tomás. «*On parlera alors de synergie croisée, c'est-à-dire telle qu'existe entre Dieu et l'homme un réel échange de détermination*»... Libertad en génesis, sinergia cruzada, intercambio de determinación entre Dios y el hombre... No me pregunten qué quiere decir el autor con esas palabras, porque probablemente ni él mismo sabría explicarlas.

Viene a **negar la fe en la Providencia, la fe que fundamenta todo el cristianismo**. Fundamenta, efectivamente, la oración de petición, el abandon confiado en Dios, la paz y la esperanza, y es la que conforta en las mayores desgracias. Nos

libra de amarguras y desesperaciones, exige el discernimiento de espíritus, nos da a conocer la voluntad concreta de Dios en todo momento, viene expresada e inculcada continuamente en la Liturgia...

Será, pues, necesario **que reafirmemos la fe católica en la Providencia de Dios** omnipotente, uno de los fundamentos principales de la espiritualidad cristiana. Pero ¿cómo creerán los fieles en la Providencia, «¿cómo la creerán, si nadie les predica?» (cf. Rm 10,14-17). O si positivamente se predica una doctrina contraria a la ortodoxia católica.

#### 4.- Luteranismo

La fe católica contempla siempre la **providencia de Dios como una manifestación de su bondad misericordiosa y de su poder**. «Sabemos que Dios hace concurrir todas las cosas para el bien de los que le aman, de los que según sus designios son llamados» (Rm 8,28). A esa luz entendió siempre la Iglesia el misterio tremendo de la Cruz de Cristo.

**Lutero vió en la Cruz una justicia inexorable de Dios, ajena a su misericordia**. Dio a la Pasión de Cristo una interpretación cruel, en la que **la justicia divina descargaba sobre Cristo su cólera**, estrujándolo en la Cruz con todos los tormentos, y haciendo de él **un maldito**, que descende a los infiernos, experimentando la más terrible reprobación de los condenados.

Esta visión de la Pasión, que sólo entiende en ella **una implacable compensación penal** por los pecados de los hombres, deja a la misericordia divina

ausente del misterio de la Cruz, cuando en realidad ella es su manifestación suprema.

En vano citaba Lutero algunos textos de la Escritura para sustentar esta siniestra teología. «Cristo nos redimió de la maldición de la Ley, haciéndose por nosotros maldición, pues está escrito: “maldito todo el que es colgado del madero”» (Gál 3,13). Pura reparación penal.

Pero esta teología de la Pasión nada tiene que ver con la Biblia y la tradición católica. Más relacionada está con **las neurosis de Lutero** y con su experiencia personal patológica del peso del pecado. También **el tétrico Calvino** participa de esa misma teología.

**Otros hay que, prescindiendo de la Providencia divina, atribuyen simplemente la cruz de Cristo a la voluntad maligna de los poderosos** judíos de su tiempo. Niegan, pues, la Palabra de Dios, que explica la Pasión de Cristo en la Biblia como el cumplimiento de un plan de la Providencia divina. «El Señor reina sobre las naciones» con providencia infalible.

**Esta secularización de la Providencia**, iniciada en el campo del protestantismo liberal, especialmente aplicada al misterio de la Cruz, **se enseña hoy en el campo católico** con lamentable frecuencia; aunque generalmente en términos ambiguos.

Como he dicho, las teologías anticristianas sobre la Providencia no se manifiestan abiertamente, con formulaciones precisas que nieguen directamente la doctrina católica. Pero se expresan suficientemente. Y toda negación o falsificación de la Providencia, destruye la

Catedral de la Fe construida por el Espíritu Santo y la Iglesia. Abandona el cristianismo.

### 5.– Modernismo «católico»

La falsificación teológica del misterio de la Providencia divina **causa los mayores daños cuando trata de la Cruz y de la Resurrección** de nuestro Señor Jesucristo, causa máxima de la glorificación de Dios y de la salvación de los hombres. Por eso he querido prestar especial atención precisamente a estos errores.

#### Olegario González de Cardedal

La publicación de su *Cristología* en la colección *Sapientia fidei* de la BAC, promovida por la Conferencia Episcopal Española (Madrid, 2001), pone en evidencia que ya hace al menos dos decenios que se difunde ampliamente su errónea interpretación de la muerte de Cristo. Lo recuerdo ahora en relación a las cuestiones de la Providencia divina. Este autor afirma, *al parecer*, que **la muerte de Cristo no es el cumplimiento de un plan divino**, anunciado por los profetas y por Él mismo.

«Esa muerte **no fue** casual, ni fruto de una previa mala voluntad de los hombres, ni un destino ciego, **ni siquiera un designio de Dios, que la quisiera por sí misma** [sic], al margen de la condición de los humanos y de su situación bajo el pecado. *La muerte de Jesús es un acontecimiento histórico, que tiene que ser entendido desde dentro de las situaciones, instituciones y personas en medio de las que él vivió* [...] Menos todavía fue [...] considerada desde el principio como **inherente a la misión que tenía que realizar en el mundo** [...]

«**Su muerte fue resultado de unas libertades y decisiones humanas en largo proceso de gestación**, que le permitieron a él percibirla como **posible**, columbrarla como **inevitable, aceptarla** como condición de su fidelidad ante las actitudes que iban tomando los hombres ante él y, finalmente, **integrarla** como expresión suprema de su condición de mensajero del Reino»... (pgs. 94-95).

«En los últimos siglos ha tenido lugar **una perversión del lenguaje en la soteriología cristiana** [...] *El proyecto de Dios está condicionado y modelado [sic] por la reacción de los hombres. Dios no envía su Hijo a la muerte, no la quiere, ni menos la exige*: tal horror no ha pasado jamás por ninguna mente religiosa» (517; cf. ss).

«**Sacrificio**. Esta palabra suscita en muchos [¿en muchos católicos?] el mismo rechazo que las anteriores [sustitución, expiación, satisfacción].

«Afirmar que **Dios necesita sacrificios** o que *Dios exigió el sacrificio de su Hijo* sería ignorar la *condición* divina de Dios, aplicarle una comprensión antropomorfa y pensar que padece hambre material o que tiene sentimientos de crueldad. La idea de sacrificio llevaría consigo inconscientemente la idea de **venganza, linchamiento** [...] Ese Dios no necesita de sus criaturas: no es un ídolo que en la noche se alimenta de las carnes preparadas por sus servidores» (540-541).

**Estamos en pleno terrorismo verbal**, al servicio de una ideología teológica falsa. Olegario González —que es, para muchos, «el principal teólogo español del siglo XX», **contra-dice** sin duda lo que la Escritura y la Liturgia de la Iglesia **dicen** con gran frecuencia y claridad.

**La Revelación** bíblica afirma que judíos y romanos, causando la pasión de

Cristo, **realizaron «el plan» que la autoridad de Dios «había de antemano determinado»** (Hch 4,27-28); de modo que judíos y romanos, «al condenarlo, cumplieron las profecías» (13,27). En efecto, «era necesario que el Mesías padeciera» y diera así cumplimiento a lo anunciado por Moisés y todos los profetas (Lc 24,26-27).

En fin, el profesor Olegario González de Cardedal niega abiertamente aunque con el envoltorio de una mejor comprensión bíblica, soteriológica, lingüística, incluso psicológica, lo que siempre y en todo lugar han enseñado Padres, Magisterio y Liturgia. Creemos en la condición «providencial» y «voluntaria» de la muerte de Cristo en la cruz. Creemos que Dios, en su amorosa Providencia, quiso permitir que su Hijo padeciera hasta morir en la Cruz para salvarnos de la muerte y del pecado. Y Jesucristo su Hijo aceptó voluntariamente morir en Cruz y así nos amó hasta el extremo.

### José Antonio Pagola

Sobre su libro *Jesús. Aproximación histórica* (PPC, Madrid 2007) escribí en mi blog de InfoCatólica.com varios artículos críticos, los *posts* (76-79). Y especialmente en el (79) nuestro **los graves errores que enseña Pagola sobre la Providencia y el misterio de su Pasión y Resurrección** de nuestro Señor y Salvador Jesucristo (27-04-2010). Me limito aquí, para no alargarme, a dar el esquema que allí desarrollé:

(79) *La verdad de las Escrituras –IV. José Antonio Pagola.* –La última cena ni es pascual, ni instituye la Eucaristía. –Cristo no pre-conoce su muerte, ni la entiende como un sacrificio de expiación. –La muerte de Cristo no es voluntad de Dios providente. –Los relatos evangélicos de la pasión no son históricos. –

Tampoco son históricos los relatos de la resurrección de Cristo, en cuanto al sepulcro vacío y en cuanto a las apariciones del Resucitado. –La Ascensión del Señor a los cielos no es histórica. –El acontecimiento de Pentecostés tampoco.

Como se ve, «el Jesús de Pagola» no es una «aproximación histórica» a Jesús; no es tampoco una «cristología», un estudio teológico. Es **una composición ideológica que acumula herejías modernistas**, y que contradice la Escritura, la Tradición y el Magisterio, que son las fuentes de las doctrinas de la fe (Vat.II, *Dei Verbum* 10).

### Autores menores

Estos grandes errores sobre la Providencia y otros temas centrales de la fe **han sido difundidos en los medios de comunicación comunes**, y han influido en no pocos teólogos y escrituristas. Citaré solamente a un autor, que abandonó la Orden franciscana y también el ejercicios del Orden sacramental. En un Domingo de Ramos, justamente, escribió en su blog el artículo *La cruz no nos salva* (21-IV-2011).

**José Arregui.** «Hace ya dos mil años que dura el grave malentendido... Nadie explicó nunca por qué Dios exige expiación, ni quién gana con que el culpable expíe. Eso hicimos de Dios, ¡pobre Dios!... ¡Maldita cruz!».

\* \* \*

### La negación de la Providencia

**La presentación de «la Cruz no providente», que implica la negación del Misterio Pascual, son tesis-basura que pudrieron el nous** de no pocos cristianos, dejándolos, en cuanto

cristianos, amargados, frustrados, distanciados de la Iglesia; y muchos de ellos fueron a dar en la apostasía.

Otros cristianos, que por gracia de Dios, siendo estos tiempos tan recios, perseveran en la fe, quedaron sin embargo afectados por **una deficiente vivencia de la Providencia divina**, al no ser ésta predicada y vivida suficientemente en los ambientes pastorales populares. Y por eso **sufren tan precariamente los males actuales del mundo y de la Iglesia**, con tristeza y amargura, con agresividad y duros juicios. Necesitan urgentemente conocer más y mejor las grandiosas maravillas de Dios providente. A ellos dedico los artículos que siguen.

\* \* \*

**Aunque la higuera no echa yemas y las viñas no tienen fruto, aunque el olivo olvida su aceituna y los campos no dan cosechas, aunque se acaban las ovejas del redil y no quedan vacas en el establo, yo exultaré con el Señor, me gloriaré en Dios, mi salvador. El Señor soberano es mi fuerza, él me da piernas de gacela y me hace caminar por las alturas** (Hab 3,17-19).

## —6—

### **Todo lo que Dios creó por su providencia lo gobierna**

---

—Con perdón. ¿Y qué tiene que ver Cristo con la Providencia divina, si puede saberse?

—Todas las acciones *ad dextra* de Dios uno y trino son comunes a las tres Personas divinas, y también, claro, las acciones de la Providencia. Pero es justo, equitativo y saludable que, si Dios entrega a Cristo resucitado «todo poder en el cielo y en la tierra» (Mt 28,18), *se atribuya* al Hijo divino encarnado, nuestro Señor y Salvador Jesucristo, *Rey del universo*, el gobierno providente de cielo y tierra.

Vacunados convenientemente contra los principales **errores** sobre la Providencia divina, estamos ya bien preparados para conocer sus **verdades** y maravillosas realidades, dignas del Creador y Restaurador de todo lo creado.

**—Dios conserva y gobierna el Universo**

«**Todo lo que Dios creó, con su providencia lo conserva y lo gobierna**» (*Vat. I*, 1870: Dz 3003). Verdad grandiosa, inmensa, inefable... y poco predicada. Medítela el lector. Para ayudarle, va lo que sigue.



**Las criaturas no tienen su causa en sí mismas. Tienen siempre su causa en Dios,** del que reciben constantemente **el ser y el obrar.**

«Realizada la creación, **Dios no abandona su criatura a ella misma.** No sólo **le da el ser y el existir,** sino que la **conserva** a cada instante en el *ser*, **le da el obrar y la lleva** a su término» (*Catecismo* 301). Sin esta acción conservadora y providente, las criaturas «volverían en seguida a **recaer en la nada**» (*Catecismo Romano* I,1,21).

#### –Dios co-opera en todo

En efecto, Dios «no solo conserva y gobierna las cosas que existen, sino que también **impulsa, con íntima eficacia, al movimiento y a la acción a todo** cuanto en el mundo es capaz de moverse o actuar, no destruyendo, sino previniendo la acción de las causas segundas» (*Catecismo Romano* I,1,22).

Por tanto, «**Dios actúa en las obras de sus criaturas.** Él es la causa primera que opera en y por las causas segundas» (*Catecismo* 308). Ahora mismo, Dios concurre a la acción de quien esto escribe y de quien esto lee.

#### +Dios y las criaturas no-libres

**Dios coopera al movimiento de todas las criaturas no-libres.** Los fenómenos naturales –químicos, vegetativos, animales, astronómicos–, en su cadencia siempre igual, no reciben su explicación última de la eficacia de ciertas «leyes naturales», como si estas leyes fueran misteriosas personalidades anónimas, causantes de la armonía del cosmos. **Dios mismo, el Señor del universo, es la íntima ley de cada criatu-**

**ra,** y mantiene en **armonía** toda la creación, porque *es Él quien permanentemente da el ser y el obrar a las criaturas.*

Y «así vemos al Espíritu Santo, autor principal de la Sagrada Escritura, **atribuir con frecuencia a Dios acciones sin mencionar causas segundas.** Esto no es una «manera de hablar» primitiva, sino un modo profundo de recordar la primacía de Dios y su señorío absoluto sobre la historia y el mundo» (*Catecismo* 304).

**En efecto, la Biblia dice y dice exactamente** –sin ninguna ingenuidad teológica primitiva– que es Dios quien «esparce la escarcha como ceniza, hace caer el hielo como migajas y con el frío congela las aguas; envía una orden y se derriten, sopla su aliento y corren hacia el mar» (Sal 147,16-18). **Jesús mismo habla así** a veces, y enseña que es Dios quien «hace salir el sol», «hace llover», y «alimenta y viste» a sus criaturas (Mt 5,45; 6,26.30).

#### +Dios y las criaturas libres: el hombre

**Dios, a fortiori, coopera también a la acción de todas las criaturas-libres.** Así es: «Dios concede a los hombres poder participar *libremente* en su providencia... no sólo por sus acciones y oraciones, sino también por sus sufrimientos» (*Catecismo* 307).

Ninguna acción del hombre, por tanto, puede producirse sin **el concurso divino,** pues **en Dios «vivimos, nos movemos y somos»** (Hch 17,28). Esta inmensa verdad, que tantos cristianos desconocen, ya fue revelada a los profetas muchos siglos antes de Cristo: «**Cuanto hacemos, eres Tú quien para nosotros lo hace**» (Is 26,12).

Es éste, sin duda, un gran misterio, de difícil investigación y expresión teológica. **¿Cómo Dios puede mover la libertad del hombre sin destruirla?**

**Santo Tomás** enseña que «nuestro libre arbitrio es **causa de su acto**, pero no es necesario que lo sea como **causa primera**. Dios es la causa primera que mueve las causas-naturales [las criaturas] y las causas-voluntarias [los hombres]. Moviendo las causas-naturales, no destruye la naturalidad y espontaneidad de sus actos. Igualmente, moviendo las causas-voluntarias, no destruye la libertad de su acción, sino que más bien la confiere, la hace en ellas. En una palabra, **Dios obra en cada criatura según su modo de ser**» (*STh* I,83,1 ad 3m).

**–Dios despliega en la historia temporal su plan eterno**

**La providencia divina es el gobierno de Dios sobre el mundo; es la ejecución en el tiempo del plan eterno de Dios sobre el mundo.** Ningún suceso, grande o pequeño, bueno o malo, **sorprende** el conocimiento de Dios o **contraría** realmente su voluntad positiva o permisiva.

En este sentido, **todo cuanto sucede es providencial**. Pensar que la criatura pueda hacer algo que se le imponga a Dios, aunque éste no lo quiera, es decir, que obre por sí misma escapando del gobierno de Dios, es algo simplemente ridículo. Dios es omnipotente. La creación nunca se le va de las manos, ni en las criaturas libres ni en las necesarias, en ninguno de sus acciones y movimientos. La autonomía activa de una criatura, que siempre está recibiendo de Dios **el ser y el obrar**, es una idea inconcebible para una mente sana.

«No cae en tierra un pajarito sin la voluntad de Dios. Y vosotros, hasta los cabellos de la cabeza tenéis contados» (Mt 10,29)

**+La armonía del orden cósmico** es la manifestación primera de la providencia de Dios. Es asombrosa, inimaginable, inconcebible para la sola razón natural. Pero no sería en absoluto explicable la permanencia milenaria de los órdenes naturales sin una suprema y eficaz Inteligencia mantenedora y ordenadora, que pertenece exclusivamente a Dios, creador y gobernador providente.

**Santo Tomás:** «Vemos que **las cosas sin conocimiento**, como los cuerpos naturales, **obran por un fin**; lo que es patente, ya que siempre o frecuentemente obran del mismo modo, y en orden a conseguir lo que es óptimo [por ejemplo, el inicio y la maduración de un fruto, su desarrollo genético sumamente complejo y perfecto]. Es claro, pues, que **alcanzan sus fines no por azar, sino intencionalmente**.

«Pues bien, los seres sin conocimiento no pueden tender a un fin sino bajo la dirección de otro ser consciente e inteligente, como la flecha lanzada por el arquero. En consecuencia, **existe un Inteligente, a quien llamamos Dios, que ordena a fin** todas las cosas naturales» (*STh* I,2,3).

**–Toda la historia humana es providencial**

**Toda la historia:** la de los pueblos y la de cada hombre. «Sabemos que Dios hace concurrir **todas** las cosas para el bien de los que le aman» (Rm 8,28). A veces el hombre sin fe o de poca fe se ve tentado a pensar que **«la vida es un cuento contado por un idiota, lleno de**

ruido y de furia, que no tiene ningún sentido» (W. Shakespeare, *Macbeth*, 5º, esc.V).

Y de hecho **la historia de la salvación**, sobre todo al llegar a su plenitud, Jesucristo, ha sido considerada como «un **escándalo** para los judíos, una **locura** para los gentiles, pero es fuerza y sabiduría de Dios para los llamados, sean judíos o gentiles» (1Cor 1,23-24).

**Todo tiene un sentido profundo**, porque nada escapa al gobierno providente de Dios, lleno de inteligencia y bondad. Esta es sin duda una de las principales revelaciones de la Sagrada Escritura. El *Catecismo* menciona la historia de José y la de Jesús como ejemplos impresionantes de la infalible Providencia divina (312).

**\*Recordemos la historia de José**, vendido por sus hermanos como esclavo a unos madianitas.

En torno a José se va dando todo un conjunto de circunstancias, cada una de ellas perfectamente contingente, y varias de ellas criminales. Sin pensarlo, ni saberlo, ni quererlo, los hermanos conducen a José –a quien dan por esclavizado o por muerto– a ser ministro del Faraón. Y así Dios le concede a José en su día recibirlos en Egipto.

Y José es bien consciente de que **toda su vida**, también en sus fases más oscuras, **es un despliegue misterioso de la Providencia divina**. Y así lo manifiesta a sus hermanos: «**No sois vosotros** los que me habéis traído aquí; **es Dios quien me trajo y me ha puesto al frente** de toda la tierra de Egipto» (Gén 45,8; +39,1s).

**\*Recordemos la historia de Jesús**, «preconocido antes de la creación del mundo, y manifestado al fin de los tiempos por amor nuestro» (1Pe 1,20).

Jesús se acerca a «su hora» libremente (Jn 10,18), para que se cumplan en todo las predicciones de la Escritura (Lc 24,25-27). El es «el Misterio escondido desde los siglos en Dios». En él se realiza exactamente «el plan eterno» que Dios, «conforme a su beneplácito, se propuso realizar en Cristo, en la plenitud de los tiempos» (Ef 1,9-11; 3,8-11; Col 1,26-28).

**En la Pasión**, sin duda, el desbordamiento pecaminoso de sus enemigos **no tuerce ni desvía el designio providencial** divino. Por el contrario, le da cumplimiento histórico: «se aliaron Herodes y Poncio Pilato con los gentiles y el pueblo de Israel contra tu santo siervo, Jesús, tu Ungido; y **realizaron el plan que tu autoridad había de antemano determinado**» (Hch 4,27-28). El plan divino que el mismo Cristo había anunciado a los apóstoles, al menos tres veces, con toda claridad (Mt 20,17s; Mc 10,32s; Lc 18,31s).

A los discípulos de Emaús les dice Jesús en el camino: «¡Hombres necios y torpes para creer lo que dijeron los profetas! ¿No era necesario que el Mesías padeciera esto y así entrara en su gloria? Y comenzando por Moisés y siguiendo por todos los profetas, les explicó lo que se refería él en todas las Escrituras» (Lc 24,13-27).

**Todo es providencial** en la historia de Jesús. Y evidentemente la providencia de Dios, que tan misteriosa y exactamente se realiza en José Y en Jesús, **se cumple infaliblemente en todos y cada uno de los hombres**.

\* \* \*

–**A Cristo Rey, precisamente en cuanto hombre, le ha sido dado todo poder en el cielo y en la tierra** (Mt 28,18)

**Cristo tiene, pues, un dominio absoluto sobre todo** cuanto sucede en el mundo, grande o pequeño. No hay para él sucesos fortuitos o que se le impongan, contra lo que su autoridad suscite o permita.

Por lo demás, como ya vimos, **si el Señor providente no gobernara lo pequeño, no podría gobernar lo grande**. La Providencia divina gobierna todo cuanto creó, sea la vida de los hombres, o la historia de los pueblos. «Dios reina sobre las naciones» (Sal 46,9). Nuestro Señor y Salvador Jesucristo «vive y **reina por los siglos de los siglos**».

**Otras maravillas de la Providencia he de exponer**, para confortar la fe y la esperanza de tantos cristianos desanimados, confusos, irritados, exacerbados por los males actuales del mundo y de la Iglesia, y también de ellos mismos. Pero no cierro este capítulo sin decir de la Providencia su maravilla principal. «Dios es amor» (1Jn 4,8), crea gratuitamente por puro amor (*bonum est diffusivum sui*), conserva por amor lo creado, y por amor lo dirige y gobierna con su providencia:

–**Providencia buena, amorosa y misericordiosa**

**Dios en su providencia declara plenamente el amor que nos tiene, entregándonos a Jesucristo Salvador:**

+**en la Encarnación**, en Belén. «*Tanto amó Dios al mundo* que le dio su Unigénito Hijo, para que todo el que crea en él no perezca, sino que tenga la vida eterna» (Jn 3,16).

+**en la Cruz**, en el Calvario. «*Dios nos demostró su amor [sinistesin, probó, acreditó] en que, siendo todavía pecadores, Cristo murió por nosotros*» (Rm 5,8).

+**y en la donación del Espíritu Santo**, en Pentecostés: «Recibiréis la fuerza del Espíritu Santo, y seréis mis testigos» (Hch 1,8). Él es «el Espíritu de la verdad, que os guiará hacia la verdad plena» (Jn 16,13).

\* \* \*

### Aviso al lector

Estimo probable que una buena parte de los lectores de este artículo llevan años, quizá desde chicos, entendiendo la vida cristiana a la luz del **semipelagianismo** y algunos del **pelagianismo**.

«Querer es poder», «En definitiva es la voluntad del hombre la que determina la mayor o menor altura de la vida de la gracia», «Es cuestión de generosidad», etc.

Pues bien, es posible que **la lectura** de este artículo haya podido, con la gracia de Dios, abrir los ojos del lector a ciertas verdades de la cooperación entre Dios y el hombre –gracia y libertad–, que no conocía suficientemente. Las resumo en una frase paulina: «**Es Dios quien obra en vosotros el querer y el obrar según su beneplácito**» (Flp 2,13).

Pero no creo que **la mera lectura de la verdad**, habiendo vivido años y años según una mentalidad contraria, sea suficiente para que se dé una efectiva **metanoia** (*meta-nous*: un cambio de mente). Puede la gracia, sin duda, producir en el hombre un cambio mental instantáneo y definitivo –Saulo en el camino de Damasco–, pero no es lo más probable. Más frecuente suele ser que el lector, aunque haya leído este texto con aprobación, siga pensando y viviendo como siempre.

**Por tanto, para asimilar estas verdades sobre la Providencia, es necesaria la oración meditativa y suplicante.** Y si es posible en la iglesia, ante el Sagrario, tanto mejor, pues son verdades muy impensables para el hombre viejo, Sin esta oración perseverante, sin la intercesión de la Virgen, de los Santos y los Ángeles, es muy difícil que verdades tan grandes, y tan contrarias al pensamiento precedente, puedan ser **asimiladas en el entendimiento** de modo estable; y lo mismo digo de la **memoria**, y también del **sentimiento**.

**Señor, «envía tu luz y tu verdad:** que ellas me guíen hasta tu monte santo, hasta tu morada» (Sal 42,3).

\* \* \*

*Tú eres mi Dios, piedad de mí, Señor, que a ti te estoy llamando todo el día. Alegra el alma de tu siervo, pues levanto mi alma hacia ti; porque tú, Señor, eres bueno y clemente, rico en misericordia con los que te invocan... Grande eres tú, y haces maravillas, tú eres el único Dios (Sal 85).*

—7—

## **La Providencia misteriosa y sus modos de acción**

---

---

—¿Cómo es posible que la Providencia divina gobierne los miles de galaxias y cada uno de los pajaritos?

—Todo lo que Dios creó, con su providencia lo conserva y lo gobierna. Parece imposible, pero así lo creemos, como la Virgen creyó la palabra del arcángel Gabriel: «Nada hay imposible para Dios» (Lc 1,37). Es omnipotente.

**Somos muy torpes para creer de verdad que «en Dios vivimos, nos movemos y existimos»** (Hch 17,28). Disminuimos en nuestro pensamiento la **continua** asistencia de Dios providente, reduciéndola a **esporádicas** ayudas, para que así nos resulte más fácil creer en ella.

No alcanzamos a ver nuestra vida cristiana como un niño que camina **siempre** llevado de la mano por su Padre, porque no es capaz de caminar solo. Pero ésta es la grande y gloriosa verdad, la que nos dice San Pablo en Hch 17,28.

Sigamos, pues, contemplando los grandes y gloriosos misterios de la Providencia divina.

### –Providencia misteriosa

«**Todo lo que Dios creó, con su providencia lo conserva y gobierna**» (*Vaticano I*, Denz 3003). Infinito misterio.

#### Dice el Señor:

«Yo anuncio desde el principio lo por venir, y de antemano lo que aún no se ha hecho. Mis designios se realizan, y toda mi voluntad la realizo... Lo he dicho y haré que suceda, lo he dispuesto y lo realizaré» (Is 46,9-11).

#### Y confesamos nosotros en la fe:

«el Señor reina, vestido de majestad, el Señor, vestido y ceñido de poder: así está firme el orbe y no vacila» (Sal 92,1). «Dios reina sobre las naciones, Dios se sienta en su trono sagrado» (46,9).

¡Todos los días confesamos varias veces esa verdad de fe!: «por Nuestro Señor Jesucristo, que **vive y reina** por los siglos de los siglos. Amén». Pero no acabamos de enterarnos.

Nuestra fe cree, pero también para ella la Providencia es **misterio insondable. Dios interviene continua e infaliblemente en el orden de causalidades intramundano**. No cae en tierra un pajarito sin la voluntad de Dios (Mt 10,29). Causa el **querer** y el **obrar** bueno de los hombres según sus designios de amor (Flp 2,13). Infinito misterio.

#### Así lo afirma el **Catecismo**:

«El testimonio de la Escritura es unánime: **la solicitud de la divina Providencia es concreta e inmediata; tiene cuidado de todo**, de las cosas más pequeñas hasta los grandes acontecimientos del mundo y de la historia.

«Las Sagradas Escrituras afirman con fuerza **la soberanía absoluta de Dios en el curso de los acontecimientos**: «nuestro

Dios está en los cielos y en la tierra, y todo cuanto quiere lo realiza» (Sal 115,3). Y de Cristo dice: «Si Él abre, nadie puede cerrar; si Él cierra, nadie puede abrir» (Ap 3,7). «Hay muchos proyectos en el corazón del hombre, pero solo el plan de Dios se realiza» (Prov 19,21)» [303].

**Este misterio de la Providencia es tan grande** que muchos cristianos ni se atreven a contemplarlo y meditarlo. De tal modo que acaban por no pensar en él, y lo olvidan, viviendo como si no lo creyeran.

+**Los santos contemplan continuamente este formidable misterio**, y en él fundamentan su acción de gracias, su adoración de Dios, su confianza inalterable, su paz y alegría, su audacia apostólica. Y todos los cristianos debemos imitarlos, como nos enseña el **Catecismo**:

«Así **Santa Catalina de Siena** dice a «los que se escandalizan y se rebelan por lo que les sucede»: «Todo procede del amor [de Dios], todo está ordenado a la salvación del hombre, Dios no hace nada que no sea con este fin» (*Diálogo 4*, 138)». **Todo y siempre**.

«Y **Santo Tomás Moro**, poco antes de su martirio, consuela a su hija: “Nada puede pasarme que Dios no quiera. Y todo lo que Él quiere, por muy malo que nos parezca, es en realidad lo mejor”» (*Epist. ad Aliciam Allington*, VIII-1534)» [313].

Por tanto, hemos de **conocer y reconocer el amor de Dios en todo lo que sucede**. Hemos de darle gracias «siempre y en todo lugar». Sin ningún miedo, sin ninguna duda o restricción mental. Por esa convicción de la fe «**nos atrevemos a decir**» en el Padrenuestro: «**Hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo**».

+**Misteriosa, inescrutable**

**Todo es providencia y amor de Dios;** y por eso mismo todo es para nosotros un inmenso misterio.

«**¿Qué insondables son sus juicios e inescrutables sus caminos!** Porque ¿quién conoció el designio del Señor? O ¿quién fue su consejero?» (Rom 11,33-34).

**¿Cómo no va a ser misterioso para nosotros el plan de Dios en cada caso?** ¿Cómo vamos a entender nosotros lo que Dios quiere, hace o permite, es decir, lo que sucede en el mundo y en la Iglesia?... ¿Entiende un perro lo que hace su amo cuando está jugando una partida de ajedrez? Pues mucha más distancia hay de la inteligencia divina a la humana, que de la humana a la animal.

«**No son mis pensamientos vuestros pensamientos,** ni mis caminos son vuestros caminos, dice el Señor. Cuanto son los cielos más altos que la tierra, tanto están mis caminos más altos que los vuestros, y por encima de los vuestros, mis pensamientos» (Is 54,8-9).

**El niño pequeño** piensa que su madre le está castigando sin causa alguna al ponerle una inyección, cuando en realidad le está dando más vida y fuerza. **El salvaje** que entra a mirar en un quirófano, piensa que un criminal, vestido con bata y con media cara tapada, está atormentando cruelmente a un pobre hombre atado e indefenso, abriéndole con un cuchillo las entrañas.

Habrà que explicarle que se trata de un médico, y que no lo está matando, sino que está salvando la vida de un enfermo. Y habrá que ver si lo entiende y lo acepta.

*Mysteria semper erunt mysteria.* Pero la imposibilidad de «comprender» los

misterios de Dios en su providencia no nos impide investigar a la luz de la razón y de la fe los modos en que ese gran misterio se produce. Investigar, meditar y contemplar la Providencia divina, especialmente mirando a Cristo en la Cruz.

\* \* \*

–**Dios en su providencia ordinaria**

**Dios despliega los planes de su providencia a través de las criaturas inanimadas,** que Él sostiene en el ser y en el actuar, según las leyes que en ellas ha impreso. **Catecismo:**

«Es una verdad inseparable de la fe en Dios Creador que **Dios actúa en las obras de sus criaturas. Es la causa primera** que opera en y por las causas segundas» (Flp2,13; cf. 1Cor 12,6) [308].

**En cuanto a la criatura libre, el hombre, cuando y como Dios quiere,** permite la acción del **malvado**, o la impide, iluminando su mente, cambiándole el corazón, paralizando su mano con el terror o la enfermedad. Y Él impulsa con su gracia a **los buenos**, para que enseñen la verdad, para que alerten del error y del mal, frenen los abusos, promuevan el bien de mil maneras, sosteniendo los buenos empeños y dándoles perseverancia. Dios **permite** que Saulo persiga a la Iglesia naciente, pero **suscita** en Pablo, camino de Damasco, una conversión total de mente y vida.

**Catecismo.** «**Dios es el Señor soberano de su designio.** Pero para su realización **se sirve también del concurso de las criaturas.** Esto no es un signo de su debilidad, sino de la grandeza y bondad de Dios todopoderoso. Porque Dios no da solamente a sus criaturas la existencia, les da también la dignidad de actuar por sí mismas, de ser causas y principios de otras y de

cooperar así a la realización de su designio» (306). «Dios concede a los hombres incluso **poder participar libremente en su providencia**, confiándoles la responsabilidad de “someter” la tierra y dominarla» (307).

**Muchas son las conversiones** que Dios realiza en su providencia ordinaria. Los **malos** pasan por su gracia a ser buenos, y lleva a los **buenos** a ser santos. Del mismo modo ordinario, también son muchas sus intervenciones en respuesta a **las oraciones de petición** que se le dirigen. Los sacerdotes somos testigos privilegiados de estas acciones, que Dios realiza por su gracia en providencia ordinaria.

La clásica oración indulgenciada *Ac-tiones nostras quaesumus Domine*, expresa bien que la Providencia divina, de modo ordinario y continuo, asiste con su gracia las obras buenas del cristiano: «es Dios quien obra en vosotros el querer y el obrar según su beneplácito» (Flp 2,13).

Así reza esta formidable oración litúrgica: «*Señor, que tu gracia inspire, sostenga y acompañe nuestras obras, para que nuestro trabajo comience en ti, como en su fuente, y tienda siempre a ti, como a su fin*» (or. Laudes lunes 1ª semana del Salterio en Tiempo Ordinario).

(Nota.—La traducción española de esta oración es deficiente. El texto original latino dice «*ut cuncta nostra oratio et operatio*»: para que **todas** nuestras oraciones y obras. El «todas» que se omite es muy importante).

\* \* \*

—**Dios en su providencia extraordinaria**

**Otras obras las realiza Dios en providencia extraordinaria. El Señor**

**convierte**, por ejemplo, en un instante de gracia irresistible, la mente y el corazón de **Saulo**, que va a Damasco como **perseguidor** de los cristianos, cambiándolo en el gran **apóstol Pablo**.

**Por tanto, todo lo que sucede está dispuesto por Dios en providencia ordinaria o extraordinaria. Todo, siempre, continuamente.** «¿Quién puede resistir su voluntad?» (Rm 9,19). Nada escapa a la guía omnipotente de la Providencia divina. Todos los bienes son **causados** por Dios, y ningún mal desborda su **permiso**, porque cuando lo da Dios, es siempre para el bien de los que le aman (Rm 8,28). Nada sorprende o se impone al Señor de la creación y de la historia.

Dios «ha hecho al pequeño y al grande, e igualmente cuida de todos» (Sab 6,7). Nada sucede en este mundo, grande o pequeño —la concepción inmaculada de María o el asesinato de Jesús en la Cruz, la construcción de una Catedral o el establecimiento o la caída de un imperio, y por supuesto, los terremotos, los descubrimientos científicos, las guerras—...

**Nada, nada acontece sin la voluntad positiva o permisiva de un Dios omnipotente**, que nos ama inmensamente y que todo lo gobierna con sabiduría y amor. Así se contemplaba la Providencia divina ya en el Antiguo Testamento.

**\*Yahvé lo afirma:** «**El pasado** lo predije de antemano: de mi boca salió y lo anuncié; de pronto lo realicé y sucedió». Y ahora **el futuro** «te lo anuncio de antemano, antes de que te suceda te lo predigo» (Is 48,3-5).

**\*Y los fieles lo creemos y lo confesamos:** «**El Señor reina**, tiemblen las naciones» (Sal 98,1). «El Señor frustra los proyectos de los pueblos, pero el plan del



Señor subsiste por siempre, los proyectos de su corazón, de edad en edad» (32,11). «El Señor reina, la tierra goza, se alegran las islas innumerables» (96,1).

**¿Quién podría acusar a Dios, que así nos habla y se nos revela, de alardear de una continua acción providente infalible que no tiene?** Confesemos, pues, con alegría: oh Dios, «tu reinado es un reinado perpetuo, tu gobierno va de edad en edad» (Sal 144,13).

\* \* \*

**Dios gobierna a veces en providencia extraordinaria, por medio de sus milagros.**

En toda la Biblia, la Tradición y el Magisterio apostólico se afirma la *realidad histórica* de los milagros, así como su *fuerza apologética*. Sin embargo, modernamente esas dos cualidades se han puesto en duda o negado, incluso entre escrituristas y teólogos «católicos». Tal error es muy grave, y **prefiero dedicarle el próximo capítulo.**

\* \* \*

*Señor, «que se alegren los que se acogen a ti con júbilo eterno. Protégelos, para que se llenen de gozo los que aman tu nombre. Porque tú, Señor, bendices al justo, y como un escudo lo rodea tu favor» (Sal 5,12-13).*

## —8—

### Dios providente hace milagros

---

---

—¿Y ya es seguro que Lázaro estaba muerto?

—«Quitad la losa», mandó Jesús. Y Marta, «la hermana del muerto, le dijo: “Señor, ya huele mal porque lleva cuatro días”» (Jn 11,39).

**Sigamos contemplando los grandes misterios de la Providencia divina.** Son para nosotros inescrutables; pero también la Eucaristía es un misterio que supera totalmente el poder de nuestra mente. Y no intentamos «comprenderla», pero sí «contemplarla» y adorarla. Bien lo saben los santos, y tantos fieles creyentes, como León Bloy: «Todo cuanto sucede es adorable». Sobre todo la Cruz del Calvario, el mayor mal de la historia. *Ave Crux, spes unica.*

#### —Los milagros

**Dios gobierna en providencia extraordinaria, cuando quiere, obrando milagros.** La Revelación de los milagros de Dios, y sobre todo los de Cristo en los Evangelios, es tan patente que nunca la fe de la Iglesia ha dudado de su realidad

histórica. Tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento **se revela Dios mediante palabras y milagros**. Por los dos medios se revela a su pueblo como Señor omnipotente y eficazmente providente. Obra milagros, por ejemplo, en Egipto.

Dice Yavé a Moisés: «Os tengo presentes y veo cómo os tratan los egipcios. **He decidido sacaros** de la opresión egipcia y llevaros al país» que os indicaré. «Yo sé que el rey de Egipto **no os dejará marchar** si no es a la fuerza; pero **yo extenderé la mano**, heriré a Egipto con prodigios que haré en el país, y entonces os dejaré marchar» (Ex 3,16-20).

Los prodigios obrados en Egipto podrían explicarse solamente por causas naturales; pero al ser anunciados por la **palabra** de Dios con anterioridad cierta, y al ser refrendados posteriormente por la historia concreta, ha de entenderse que son **milagros**, por los que Dios se revela a su pueblo como **Señor** del universo y como quien «por su **Providencia** conserva y gobierna todo lo que ha creado» (*Vaticano I*, Denz 3003).

**–Los que no creen en la realidad de los milagros, o en su valor apologético, no creen en Dios**

No creen en Dios omnipotente, Señor del universo, que por su Providencia todo lo gobierna con infalible eficacia. **Niegan la intervención del Creador en su creación**, dejando a ésta herméticamente sujeta el juego de las causas segundas. No creen que en Dios «vivimos, nos movemos y existimos» (Hch 17,28).

Niegan la fe de la Iglesia, que siempre y en todo lugar ha creído en la historicidad de los milagros y en su fuerza apologética.

**–La negación de los milagros o de su valor apologético, tiene en la historia dos raíces fundamentales**, aparentemente contradictorias:

**\*El racionalismo.** Desde comienzos del siglo XVIII algunos filósofos niegan los milagros, y por supuesto su valor apologético: los consideran ridículos, repugnantes para la razón (Pierre Bayle +1706). El *determinismo* que impera en el mundo creado los hace simplemente imposibles (Spinoza, Voltaire, Hume).

El exégeta protestante **Rudolf Bultmann** (+1976), heredero del racionalismo del XVIII y del XIX, considera que los milagros de Evangelio son *mitos*, relatos legendarios, sin realidad histórica alguna. Ésa fue también la convicción del *modernismo*.

**\*El irracionalismo.** *El protestantismo luterano es fideísta desde el principio. Aborrece la razón, niega necesariamente el valor apologético de los milagros.* Si la razón es para Lutero «la ramera del diablo», tendrá que rechazar los «*preambula fidei*», que ayudan a la razón para que la fe sea un «*obsequium rationabile*» (Rm 12,1).

**\*Dentro de la misma Iglesia católica se ha debilitado mucho la fe en los milagros**

Una parte importante de la exégesis católica y de la teología, se ha visto invadida en los últimos 50 o 70 años por la crítica histórica y la hermenéutica del protestantismo liberal y del modernismo. Cuando expuse los *Errores sobre la Providencia* en el capítulo 5º, ya señalé algunos autores «católicos» afectados por estas tendencias racionalistas o irracionalistas.

Son aquellos, por ejemplo, que **niegan la Pasión de Cristo** como cumplimiento en el mundo de «*un designio de Dios*»... Simplemente, «su muerte fue resultado de unas libertades y decisiones humanas» contingentes (Olegario González de Cardedal).

Quienes así piensan no creen en la acción divina de la Providencia, y menos aún cuando ésta obra, en modo extraordinario, **los milagros**. No creen, pues, en lo que afirma la Biblia y ha sido enseñado siempre por la Iglesia.

Sin embargo, en los últimos tiempos, no faltan promotores públicos de estas herejías que han sido promovidos como Obispos, Cardenales, miembros importantes de la Santa Sede, de la Comisión Teológica Internacional, etc. Veámoslo en un caso concreto.

#### –El cardenal Walter Kasper (1933–)

Esta grave negación de la fe católica en los milagros podemos verla expresada, como ejemplo muy significativo, en la obra *Jesús, el Cristo*, de Walter Kasper (*Jesús der Christus*, 1974, 332 pgs.), libro traducido a muchas lenguas.

Lo citaré aquí en su edición española, *Jesús, el Cristo* (Ed. Sígueme, Salamanca 2002, 11ª ed., 446 pgs.) De esta obra, quizá la más difundida de Kasper, me fijaré solamente en el capítulo 6º, *Los milagros de Jesús*. Los subrayados que siguen son míos.

#### Esto es lo que enseña Kasper.

#### 1.– La mayor parte de los milagros referidos en los Evangelios no son históricos

«La investigación histórico-crítica de la tradición sobre los milagros conduce, en primer lugar, a una triple conclusión:

1. «Desde el punto de vista de la crítica literaria se constata *la tendencia a acentuar, engrandecer y multiplicar los milagros*... Con ello se reduce muy esencialmente el material [fidedigno] de los relatos de milagros (150-151).

2. «Los relatos neotestamentarios sobre milagros *se redactan de forma parecida y con ayuda de motivos, que conocemos también en la restante literatura de la antigüedad*. [Alude a «numerosos paralelismos» con narraciones rabínicas y helénicas]. O sea, que se tiene la impresión de que *el Nuevo Testamento aplica a Jesús motivos extracrístianos* para resaltar su grandeza y su poder (151).

3. «Por la historia de las formas [*Formgeschichte*, de la escuela exegética de Martin Dibelius (+1947) y de Rudolf Bultmann] se ve que *algunos relatos milagrosos son proyecciones de experiencias pascales introducidas en la vida terrena de Jesús o presentaciones adelantadas del Cristo exaltado*... Se advierte que *los milagros naturales* son un añadido secundario a la tradición primitiva. [Se refiere a los portentos sobre la naturaleza: como calmar la tempestad, multiplicar los panes, andar sobre el mar, etc.]

«De todo esto se deduce que **tenemos que considerar como legendarios muchos relatos milagrosos de los evangelios**... Tales relatos milagrosos no-históricos *son expresiones de la fe* sobre el significado salvador de la persona y mensaje de Jesús» (150-152). «No es necesario considerar históricos, con cierta probabilidad, a los llamados portentos de la naturaleza» (153)... Y a estas herejías añade Kasper cautelosamente:

«Con todo, sería falso deducir de esta tesis que *no hay absolutamente acción alguna milagrosa de Jesús con garantía histórica*. Lo acertado es lo contrario» (152). Y sigue diciendo:

## 2.– Los milagros no son acciones que superan el orden natural

«Tradicionalmente se entiende *el milagro como un acontecimiento perceptible que trasciende las posibilidades naturales, que es causado por la omnipotencia de Dios...* Si se examina más a fondo, se ve que *esta idea de milagro es una fórmula vacía*» (154).

## 3.– Dios jamás actúa en su providencia omnipotente alterando, ni siquiera como excepción, las leyes naturales de la creación

«A Dios no se le puede colocar jamás en lugar de una causalidad intramundana... ya no sería Dios sino un ídolo. Si Dios ha de seguir siendo Dios, sus milagros hay que considerarlos también como obra de causas segundas creadas... Un milagro así [así entendido, como una intervención del Omnipotente dentro del orden creado, superando sus leyes naturales] forzaría a la fe y suprimiría la libre decisión» (154-155).

## 4.– El hombre no tiene una posibilidad real de conocer algo como «milagroso»

«Esos milagros sólo se constatarían claramente *si se conocieran plenamente y de verdad todas las leyes naturales* y se contemplaran totalmente en cada caso particular» (154). [Pero eso, obviamente, es imposible.]

## 5.– Los milagros no tienen propiamente un valor apologetico, es decir, no son motivos razonables de credibilidad, sino que presuponen la fe

«Éstas y otras dificultades han llevado a los teólogos a *prescindir más o menos del concepto de milagro de tipo apologetico*, volviendo a su sentido originariamente bíblico» (155). «Si al decir “milagro” no se quiere decir “algo” vinculado a la realidad con la que el hombre se las

tiene que ver, entonces *cabe preguntarse si la fe en los milagros no es, en definitiva, mera ideología*» (156). «Las ciencias naturales parten metodológicamente de la seguridad absoluta de que todo acontecimiento se debe a unas leyes... De modo que, desde el punto de vista de las ciencias naturales, *no queda hueco alguno para milagros* en el sentido de acontecimientos no causados intramundana-mente» (157).

«Sólo en la fe el milagro se experimenta como acción de Dios. Por tanto, no fuerza la fe. El milagro más bien la pide [la exige] y la confirma» (160)... «Esto excluye la idea de que los milagros son portentos tan exorbitantes que sencillamente “derriban”, “atropellan” al hombre y lo hacen caer sobre sus rodillas... El conocimiento y reconocimiento de los milagros como milagros, es decir, como obras de Dios, *presupone la fe*» (164).

\* \* \*

## –Respondo a las cinco tesis referidas

*\*Ad primum.*—Si la mayoría de los milagros carece de historicidad, eso significa que los Evangelios carecen en su mayor parte de historicidad, pues en ellos se narran milagros muy frecuentemente. En los 666 versículos del Evangelio de San Marcos, por ejemplo, 209 (un 31%) refieren milagros; y si nos fijamos en los diez primeros capítulos, son 209 de 425 (un 47%).

Los Evangelios, como es obvio, se componen principalmente de *palabras y milagros de Jesús*. Sus palabras aseguran la realidad de sus **milagros**, y sus milagros verifican la verdad de las **palabras**. Por ejemplo:

—*Dice Jesús*, «yo soy la luz del mundo» (Jn 8,12); son palabras *increíbles*, que la

curación de un ciego de nacimiento hace *creíbles* (9,1-12). –*Dice Jesús*, «yo soy la resurrección y la vida» (Jn 11,25), y hace creíble esa afirmación increíble resucitando a Lázaro (11,33-44).

**Si se niega la historicidad de los milagros**, alegando que sólo son relatos de los creyentes en Jesús, se niegan también del mismo modo las **palabras** de Jesús, que, por las mismas razones, no serían históricas, sino expresivas solamente de la fe de los cristianos.

**La exégesis desmitificadora de los milagros es falsa**, es inconciliable con la fe de la Iglesia en las Escrituras, fuertemente confesada en esta cuestión por el Concilio Vaticano II.

«La santa madre Iglesia ha mantenido y mantiene con firmeza y máxima constancia que los cuatro Evangelios, **cuya historicidad afirma sin cesar**, narran fielmente **lo que Jesús, el Hijo de Dios, vi- viendo entre los hombres, hizo y enseñó** hasta el día de la ascensión» (*Dei Verbum* 19).

«**Hizo** milagros, muchos, tantos que si se contaran todos «creo que este mundo no podría contener los libros» (Jn 21,25). Y los realizó para suscitar la fe: «**para que creáis** que Jesús es el Mesías, Hijo de Dios, y para que creyendo tengáis vida en su nombre» (20,31).

**\*Ad secundum.** –**Los milagros superan las leyes naturales que gobiernan la creación.** Si un muerto de cuatro días, como Lázaro, que ya huele mal, vuelve a la vida por la palabra de Jesús, ante un buen número de testigos (Jn 11), eso –por mucho que progresen la ciencias naturales– implica ciertamente una alteración momentánea del orden natural permanente. Sólo es posible negar esa alteración, negando el milagro mismo.

Ya hemos recordado que a partir del siglo XVIII **el racionalismo declara imposible el milagro**. Ahora bien, negando los milagros, concretamente los milagros sobre la naturaleza, se sigue el axioma racionalista y se abandona la fe cristiana.

**Santo Tomás:** «En los milagros pueden considerarse dos cosas. Primero, lo que sucede, que *es ciertamente algo que excede la potencia o facultad de la naturaleza*, y en este sentido los milagros se llaman **obras de poder**. Segundo, aquello para lo que se hacen los milagros, es decir, para manifestar algo sobrenatural, y en este sentido se llaman comúnmente **signos**; y por su carácter excepcional, **portentos y prodigios**» (*Summa Thlg* II-II,178, a.1 ad 3m).

**E. Dhanis:** «El milagro es un prodigio que, aconteciendo en la naturaleza e insertado en un contexto religioso, está *divinamente sustraído a las leyes de la naturaleza* y es dirigido por Dios al hombre como un signo de un orden de gracia» (*Qu'est-ce qu'un miracle?* «Gregorianum» 40, 1959, 202).

**René Latourelle:** «El Dios del antiguo testamento es un Dios omnipotente que crea, domina el universo y a los pueblos, elige, salva, establece alianza. *¿Cómo, entonces, podía Jesús hacerse identificar como Dios-entre-nosotros, es decir entre los judíos de su tiempo, a no ser por medio de signos de poder?*...

«Nos olvidamos muchas veces de que **los signos de credibilidad** que atestiguan el origen divino del cristianismo, tal como constata la encíclica *Qui pluribus* de 1846, no existían en tiempos de Jesús: la vida de Jesús y su resurrección, el cumplimiento de las Escrituras, el testimonio de los santos y de los mártires, la actividad multisecular de la Iglesia. Para medir justamente la importancia [y la necesidad] de los milagros de Jesús hay que “situarlos” en el *kairós* Jesús y

“situarse” en el corazón de la mentalidad judía de la época...

«Sus milagros, en este sentido, son *obras de poder*, pero al servicio del amor; son siempre obras del Omnipotente que exorciza, cura, resucita, pero por amor... Son manifestaciones del Amor omnipotente» (*Milagros de Jesús y teología del milagro*, Sígueme, Salamanca 1990, pg. 30).

**\*Ad tertium et quartum.—Es posible que Dios actúe milagros en el mundo, y que éstos sean conocidos por los hombres con certeza** (Vaticano I: *Denz* 3034). De hecho, Cristo obró milagros, y los hizo en gran número. Ahora bien, *de facto ad posse valet illatio*. Dios en los milagros actúa en las causas segundas, dándonos causar unos efectos que están fuera de su potencia natural. Y esta acción de Dios intramundana llega a su plenitud en el Verbo encarnado. Dice el **Catecismo**:

«A través de sus gestos, sus milagros y sus palabras, se ha revelado que “en él reside toda la plenitud de la Divinidad corporalmente” (Col 2,9). Su humanidad aparece así como el “sacramento”, es decir, el signo y el instrumento de su divinidad y de la salvación que trae consigo: lo que había de visible en su vida terrena conduce al misterio invisible de su filiación divina y de su misión redentora» (515).

Por expresarlo de algún modo: la misma voz que dice «hágase la luz», y la luz se hizo, es la misma que dice, «Lázaro, sal fuera», y el muerto vuelve a la vida.

**Los Evangelios aseguran con frecuencia que Jesús hizo «muchos milagros»** (cf. *Catecismo* 547). Por eso, limitarse a decir que «sería falso deducir de esta tesis que no hay absolutamente acción alguna milagrosa de Je-

sús con garantía histórica» (Kasper, 152) es una concesión falsa por insuficiente; es oportunismo cauteloso, que en el fondo contradice los Evangelios y niega su historicidad.

*Vaticano I*: «Si alguno dijere que no puede darse ningún milagro y que, por tanto, todas las narraciones sobre ellos, aun las contenidas en la Sagrada Escritura, hay que relegarlas entre las fábulas o mitos, o que los milagros no pueden nunca ser conocidos con certeza... sea anatema» (*Dz* 3034).

**\*Ad quintum.—Los milagros dan a la razón humana «motivos de credibilidad», y suscitan en ella, con la ayuda de la gracia, la fe.** «Creed en mí... Creedme al menos por las obras que hago» (Jn 14,11; +10,38) Así predicaron los Apóstoles desde el principio:

«Varones israelitas... Jesús de Nazaret, ese hombre al que **Dios ha acreditado entre vosotros con los milagros, prodigios y signos** que Dios realizó por Él en medio de vosotros, como vosotros mismos sabéis» (Hch 2,2).

Y así lo ha enseñado siempre la Iglesia (Vaticano I, *Dz* 3009-3010; cf. Pío IX, 1846, enc. *Qui pluribus*, *Dz* 2779; Pío XII, 1950, enc. *Humani generis*, *Dz* 3876; *Catecismo* 156). Ésa es la doctrina del Vaticano II:

**Cristo «apoyó y confirmó su predicación con milagros para suscitar y confirmar la fe de los oyentes** (*ut fidem auditorum excitaret atque comprobaret*), pero no para ejercer coacción sobre ellos» (Vat. II, *Dignitatis humanae* 11; cf. *Dei Verbum* 4).

No tiene, pues, sentido afirmar que **los milagros, en cuanto motivos razonables de credibilidad, serían un «atropello»**

**para el hombre**, obligándolo a la fe. Es falso afirmar que un milagro que altera obviamente el orden natural «fuerza» al hombre a creer. Los mismos Evangelios muestran que los hombres no se vieron «forzados» a creer en Cristo por los muchos milagros que hacía en público pues unos creían y otros no. El caso de Lázaro, por ejemplo:

Es verdad que «muchos que vieron lo que Jesús había hecho [al resucitar a Lázaro] **creyeron** en él» (Jn 11,45). Pero otros, por el contrario, fueron a contarle a los fariseos, que se reunieron en consejo con los sacerdotes principales, y «desde aquel día tomaron la resolución de **martarlo**» (11,53). Es ésta una experiencia evidente de que **los milagros «no fuerzan» necesariamente la fe de los hombres.**

\* \* \*

**Hermanos desanimados, amargados, exacerbados, por tantos males actuales del mundo y de la Iglesia**

Pongamos **la oración de petición** en la proa de nuestra nave espiritual. Pidamos a Dios providente que **aminore o suprima los males** que nos afligen, tantas veces como consecuencia de nuestros propios pecados. Pero con igual o mayor empeño, pidamos a Dios que por su gracia **acrecente nuestra fe en su Providencia** infalible, llena de amor y misericordia, de manera que en todo veamos la mano de Dios, la voluntad positiva o permisiva de Cristo, Rey de las naciones, y nunca nuestra voluntad humana se oponga a la Voluntad divina. Que por pura gracia el Espíritu Santo obre en nosotros el milagro de verlo todo a la luz de la Providencia divina. «**Señor, si quieres, puedes curarme**» (Mt 8,1-4). «Señor, que vea». Y Je-

sús le dice: «**Ve, tu fe te ha salvado**»» (Lc 18,1-4).

El apóstol **Santiago**: «No tenéis porque no pedís; pedís y no recibís, porque pedís mal, para dar satisfacción a vuestras pasiones» (4,2-3).

**Los cristianos de poca fe**, que ven la actualidad del mundo y de la Iglesia como un muro negro y siniestro, duro, firme, invencible, que solamente expresa el juego ciego de las causas segundas mundanas, **no entienden nada**. Están tristes, sin esperanza, desanimados, porque no captan que **todo es providencial**, que «todo cuanto Dios creó la conserva y lo gobierna» por Cristo, Rey del universo.

**No acaban de creer tampoco en los milagros.** No los piden. Y no los consiguen. Cuando Jesús visitó a sus paisanos en Nazaret, «**no hizo allí muchos milagros, porque no tenían fe**» (Mt 13,58). Pero hay males que para ser vencidos exigen verdaderos milagros.

\* \* \*

*Bendito eres, Señor. Tuyos son la grandeza y el poder, el esplendor, la majestad, porque tuyo es cuanto hay en cielo y tierra... En tu mano está el poder y la fuerza, tú engrandeces y confortas a todos. Por eso, Dios nuestro, nosotros te damos gracias, alabando tu nombre glorioso (Cántico de David: 1Cro 29,10-13).*

**Nota.** –**Walter Kasper** (Alemania, 1933- ), sacerdote (1957), doctor en teología por Tubinga, profesor en Münster y en Tubinga, autor de numerosas obras, entre ellas *Jesús der Christus* (1974, 332 pgs.), que se traduce a muchas lenguas durante varios decenios (*Jesús, el Cris-*

to, Ed. Sígueme, Salamanca 2012, 13ª ed.). Obispo de Rottenburg-Stuttgar (1989), fue constituido Presidente del Consejo Pontificio de la Unidad de los Cristianos (2001-2010) y creado Cardenal (2001). Ha recibido una veintena de doctorados *honoris causa*.

Un *curriculum vitae* tan próspero y brillante como el de este eminente eclesiástico resulta **inexplicable**. Pero en cambio **explica**, aunque sólo sea un ejemplo concreto, las muchas contradicciones *inexplicables* habidas entre las doctrinas del Concilio Vaticano II –por ejemplo, sobre *la veracidad e historicidad de los Evangelios*– y las enseñanzas que, siendo abiertamente contrarias a la doctrina católica, han logrado actualmente predominar en no pocas Iglesias locales del postConcilio, hasta ser en ellas las más comunes en la mayoría de exégetas y teólogos, párrocos y catequistas.

## –9–

### La Providencia divina mantiene nuestra esperanza

---



---

–Entre luz y tinieblas...

–En realidad, viviendo en Cristo, que es «la Luz del mundo», «somos todos hijos de la luz e hijos del día; no de la noche, ni de las tinieblas» (1Tes 5,5).

#### 1)

##### Estamos en paz

«Aquí estamos en paz, hay tranquilidad y no pasa nada». Ateniéndose a ese «pensamiento» –más bien «pensaciones»–, los hombres «comían, bebían, compraban, vendían, plantaban, edificaban»; pero en cuanto Lot salió de Sodomá, llovió del cielo fuego y azufre, y acabó con todos. Lo mismo pasará el día en que se revele el Hijo del hombre» (Lc 17,28-30).

Cuántos cristianos hoy, al menos entre aquellos que gozan de una relativa prosperidad y tienen una mentalidad liberal mundana, son *moderados* a la hora de considerar los males del mundo, en el que de ningún modo aceptan vivir «como peregrinos y forasteros» (1Pe 2, 11), y menos aún como combatientes. Son «hombres terrenales»; mientras que



los cristianos somos «hombres celestiales» (1Cor 15,48).

Piensen que no hay que dar crédito a «los profetas de calamidades», y que los males del mundo actual son, con un poco de paciencia, tolerables. Tranquilos todos. En esta actitud, no pierden su paz falsa y buenista, aunque de muchos lados les informen de que crece la criminalidad, la droga, el espiritismo y los cultos satánicos, la promiscuidad sexual, las enfermedades mentales, la violencia, la pobreza de los países pobres, la homosexualidad, la irreligiosidad, el ateísmo y el agnosticismo, el laicismo siempre contrario a Dios: política, leyes, educación, artes, sanidad, etc. ¿Y con todo esto pueden seguir pensando que no estamos en guerra?... Es urgente encender en esta oscuridad la luz del Evangelio.

## 2)

### Estamos en una gran batalla

**Hoy estamos dentro de una batalla espiritual enorme.** *Y es preciso que el cristiano esté bien enterado de ello, obrando en consecuencia: «vigilad, pues, en todo tiempo y orad, para que podáis evitar todo esto que ha de venir, y comparecer ante el Hijo del hombre» (Lc 21,36; cf. 18,1).*

**Concilio Vaticano II:** *«toda la vida humana, la individual y la colectiva, se presenta como lucha, y ciertamente dramática, entre el bien y el mal, entre la luz y las tinieblas» (GS 13b).* «A través de toda la historia humana existe una dura batalla contra el poder de las tinieblas, que, iniciada en los orígenes del mundo, durará, como dice el Señor, hasta el día final» (37b).

**No puede el hombre mantenerse ajeno a esa batalla, en una neutralidad distante y pacifista:** *«el que no*

*está conmigo está contra mí» (Lc 11,23).* Hay dos bloques mundiales enfrentados. De un lado, guiados y dominados por el diablo, están los que afirman: *«no queremos que Él reine sobre nosotros» (Lc 19,14).* Y del otro, guiados y animados por el mismo Cristo, los que quieren y procuran: *«venga a nosotros tu Reino».*

**Unos quieren** «ser como dioses, concedores del bien y del mal» (Gén 3,5) y creen, como dice el beato Pío IX, que «la razón humana, sin tener para nada en cuenta a Dios, es el único árbitro de lo verdadero y de lo falso, del bien y del mal; es ley de sí misma; y bastan sus fuerzas naturales para procurar el bien de los hombres y de los pueblos» (*Syllabus* 1864,3; cf. Vat. II, GS 36c).

**Los otros quieren** regirse por la voluntad de Dios, expresada en la ley natural y revelada plenamente en Cristo: «hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo».

### \* La meditación ignaciana de las dos banderas

En los *Ejercicios espirituales* San Ignacio de Loyola, expone muy claramente **la batalla permanente** que hay en el mundo entre la luz de Dios y las tinieblas del diablo:

«El primer preámbulo es la historia: cómo **Cristo** llama y quiere a todos bajo su bandera, y **Lucifer**, al contrario, bajo la suya» (137). Los dos campos que se enfrentan son Jerusalén y Babilonia (138).

El tercer preámbulo es «pedir conocimiento de los engaños del mal caudillo y ayuda para guardarme de ellos, y conocimiento de la vida verdadera que muestra el sumo y verdadero capitán, y gracia para imitarle» (139). El jefe de los enemigos «hace llamamiento de innumerables de-

monios y los esparce a los unos en tal ciudad y a los otros en otra, y así por todo el mundo, no dejando provincias, lugares, estados ni personas algunas en particular» (141). Contra él y contra ellos, «el Señor de todo el mundo escoge tantas personas, apóstoles, discípulos, etc., y los envía por todo el mundo, esparciendo su sagrada doctrina por todos los estados y condiciones de personas» (145).

**Elijan ustedes dónde se sitúan, por quién combaten y contra quién luchan.** No demoren su elección, sepan que es necesaria y urgente. No se dejen engañar ni por el diablo, ni por la flojera de la carne, ni por las solicitudes del mundo (comían, bebían, se casaban, plantaban, etc.), porque si no entran de lleno a combatir bajo la bandera de Cristo, lo quieran o no, rechazan al Salvador de la humanidad y se mantienen cautivos del Príncipe de este mundo.

### 3)

#### **La batalla de la Iglesia es contra el diablo**

**Nuestro combate es «contra los dominadores de este mundo tenebroso, contra los espíritus malos»** (Ef 6,12)

Esa afirmación de San Pablo nos da lo que Cristo enseñó claramente en el Evangelio. Él nos enseñó también a discernir *las señales de la presencia y de la acción del diablo*. Y la Iglesia nos transmite su enseñanza:

**Pablo VI:** «Podremos suponer su acción siniestra allí donde la negación de Dios se hace radical, sutil y absurda; donde la mentira se afirma, hipócrita y poderosa, contra la verdad evidente; donde el amor es eliminado por un egoísmo frío y

cruel; donde el nombre de Cristo es impugnado con odio consciente y rebelde (1Cor 16,22; 12,3); donde el espíritu del Evangelio es mistificado y desmentido; donde se afirma la desesperación como última palabra» (15-11-1972).

**Es evidente que, especialmente el Occidente apóstata, padece hoy un fuerte y extenso influjo del diablo.** La constitución atea de los Estados modernos liberales y de los grandes Organismos internacionales, sean de izquierda o de derecha viene a ser la misma: **«no queremos que Cristo reine sobre nosotros».**

**Signos del influjo diabólico** sobre el mundo son la depravación del pensamiento y de la cultura, el pudrimiento de los espectáculos y de los grandes medios de comunicación, la perversión estatal de la educación, el favorecimiento político de la fornicación juvenil, la normalización legal y financiada del aborto, de la homosexualidad, de la eutanasia, la generalización de una anticoncepción sistemática que acaba demográficamente con las naciones, la imposibilidad práctica de las fuerzas cristianas para unirse y actuar en el mundo secular, y tantos otros males. Todos esos signos y otros muchos son señales evidentes de la poderosa acción del Príncipe de este mundo.

**\* Son los Papas, con pocos más, los que denuncian esa acción del demonio en el mundo actual**

Lo hacen demasiado solos. Es notable la superficialidad naturalista con la que tantos *sabiazos* católicos—teólogos, historiadores, sociólogos, pastoralistas—describen las coordenadas del mundo moderno, sin tener, al parecer, *ni idea de la acción del diablo, que en gran medida causa, explica y mantiene esa sinies-*

*tra cultura vigente.* Casi ninguno menciona al diablo, ni siquiera de paso. Pero no pueden darnos terapias sociales eficaces quienes parten de diagnósticos tan erróneos.

*Gracias a Dios, los Papas, al menos, y algunos pocos con ellos, anuncian la verdad, la verdad de Dios, la verdad del mundo actual. El Estado moderno apóstata está mucho más sujeto al diablo, por ejemplo, que el Imperio pagano de Roma.* Éste era solo un perro de mal genio, comparado con el tigre estatal de liberales, socialistas y comunistas.

Al menos en la mayor parte del Occidente apóstata, el Estado es hoy la Bestia mundana, a la que «el Dragón [infernial] le dió su poder, su trono y un poder muy grande» (Apoc 13,2). **¿Puede entenderse algo de lo que hoy sucede en el mundo si esto se ignora?** ¿Los medios que ponen los cristianos activistas, con su mejor voluntad, son los más eficaces para neutralizar a este gran Leviatán diabólico?

**Juan Pablo II** insiste en que el diablo quiere *mantener oculta su acción en el mundo.* Las palabras de San Juan «el mundo entero está bajo el Maligno» (1Jn 5,19) «aluden a la presencia de Satanás en la historia de la humanidad, una presencia que se hace más fuerte a medida que el hombre y la sociedad se alejan de Dios. Y el influjo del espíritu maligno puede «ocultarse» de forma más profunda y eficaz: pasar inadvertido corresponde a sus «intereses». La habilidad de Satanás en el mundo es la de inducir a los hombres a *negar su existencia* en nombre del racionalismo y de cualquier otro sistema de pensamiento que busca todas las escapatorias con tal de no admitir la obra del diablo» (13-8-1986).

#### 4)

#### **Hemos de vivir siempre en la esperanza de la Providencia, que nos lleva a la Parusía gloriosa de Jesucristo**

La Iglesia quiere que vivamos a la espera de la *Parusía*. Y por eso nos hace rezar cada día en la Misa: «*Mientras esperamos la gloriosa venida de nuestro Salvador Jesucristo.*»

**Están perdidos aquellos que viven «sin esperanza y sin Dios en el mundo»** (Ef 2,12). Todos los santos cristianos, por el contrario, han vivido en la tierra como «peregrinos advenedizos» (1Pe 2,11), conscientes de su identidad celestial, es decir, como «ciudadanos del cielo, de donde esperamos al Salvador y Señor Jesucristo» (Flp 3,19-21).

Y esa actitud espiritual la vemos ya viva en los santos del A.T. **Simeón** era un anciano «justo y piadoso, que esperaba la consolación de Israel» (Lc 2,25). Y también **Nicodemo** era un hombre de fe, que «esperaba el reino de Dios» (Mc 15,43).

#### 5)

#### **Hay esperanzas verdaderas y falsas esperanzas**

##### **1.—No tienen verdadera esperanza**

—**aquéllos que diagnostican como leves** los males graves del mundo y de la Iglesia. O están ciegos o es que prefieren ignorar la verdad.

**Como les falta la esperanza, niegan la gravedad de los males**, pues consideran irremediable el extravío del pueblo. Y así vienen a estimar más conveniente —

más *optimista*, más *positivo*— pensar y decir «vamos bien».

—**aquellos que confían en optimistas «reformas radicales» de esto y lo otro.** Se trata de «proyectos humanos» que prometen «renovaciones primaverales», sin promover mayormente, como no sea de pasada, el *reconocimiento* de los pecados, la *conversión* y la penitencia que nos libra de ellos, y sobre todo *la oración de petición*, que es el medio principal para alcanzar bienes de Dios.

Éstos, reconociendo a su modo los males que sufrimos, pretenden vencerlos con *nuevas fórmulas doctrinales, morales, litúrgicas y disciplinares*, «más avanzadas que las de la Iglesia oficial».

Ellos se consideran a sí mismos como un «acelerador», y ven como un «freno» la tradición católica, los dogmas, la autoridad apostólica. Una y otra vez intentan por medios humanos —métodos y consignas, organizaciones y campañas, una y otra vez cambiadas y renovadas en planes, congresos y reuniones innumerables—, lo que sólo puede conseguirse por la fidelidad a la verdad y a los mandamientos de Dios y de su Iglesia. Sus empeños son vanos. Y por eso vienen a ser des-esperantes. No consiguen nada; o mejor dicho, consiguen acrecentar los males.

—**Tampoco es esperanza verdadera la de quienes no esperan «próxima» la victoria de Cristo Rey**, como Él la ha anunciado. No tienen paciencia, y prefieren pactar con el mundo, haciéndose sus cómplices, para «guardar su vida» y mantener la Iglesia, aunque sea de muy mala manera. No viven la esperanza de la Parusía inminente del Salvador aquellos políticos cristianos, por ejemplo, que fingien oponerse a los enemigos de Cristo y de la Iglesia, pero que

de hecho, **ceden** ante ellos, y sometándose durante muchos decenios a la norma del **mal menor**, van llevando al pueblo a los **mayores males**, un pasito detrás de otro, pero siempre por el camino de los enemigos del Reino.

Sin embargo el Señor nos afirma en el Apocalipsis que su *venida «ha de suceder pronto»* (1,1;2,16; 22,7). «Mira, **vengo pronto** y traigo mi recompensa conmigo, para pagar a cada uno según su trabajo» (2,12; cf. 3,12; 22,20).

—**Quienes carecen de fe en la fuerza de la gracia de Cristo, y no llaman a conversión**, porque al carecer de esperanza, no la creen posible. Y así aprueban, al menos con su silencio, lo que sea: el absentismo habitual de la eucaristía, la profanación del matrimonio por la anticoncepción sistemática, el culto al cuerpo y a las riquezas, y tantos males más. Insisto:

*Ni piensan siquiera en llamar a conversión, porque estiman irremediables los males del mundo arraigados en el pueblo cristiano. «¿Cómo les vas a pedir que?».... Al fallarles la esperanza en Dios, y la esperanza en la bondad potencial de los hombres asistidos por su gracia, ellos **no piden** —es decir, **no dan**, no transmiten— el don de Dios a los hombres, a los sacerdotes desvirtuados, a los casados anticonceptivos, a los políticos criminales, a los feligreses sencillos, a los cristianos dirigentes.*

**No llaman a conversión**, porque sin fe ni esperanza, **negando la soteriología evangélica**, ven como irremediables los males del mundo y de la Iglesia. ¡Y son ellos los que tachan de pesimistas y carentes de esperanza a los únicos que, entre tantos desesperados y derrotistas, mantienen la esperanza verdadera y predicán la necesidad y la posibilidad de la **meta-**

noía en Cristo, por obra del Espíritu Santo!

**Jesucristo** resucitado, apareciéndose a los apóstoles, les dijo: «Así está escrito: el Mesías padecerá y resucitará de entre los muertos al tercer día. Y en su nombre se predicará la conversión para el perdón de los pecados a todos los pueblos» (Lc 24,46-47). Eso es *evangelizar*. Y si no se hace así, **no se evangeliza**.

–**No tienen, en fin, esperanza quienes no ven la historia en cuanto gobernada por la Providencia divina**, sino únicamente como el juego puro y duro de las causas segundas entre sí.

Algunos de ellos mantienen en sus **pensamientos** la verdad de la fe: que «todo lo que Dios creó, en su providencia lo dirige y gobierna». Pero predominan ampliamente sobre sus pensamientos sus **pensaciones**, que, según ideologías o según les vaya en la vida, pueden ser un voluntarista «vamos bien» o un pesimista «vamos mal», derechos hacia un abismo inevitable.

En esta segunda posibilidad se ven con frecuencia los falsamente **indignados, amargados, exacerbados**, que inconscientemente a veces, o **1) no creen en el gobierno divino providente** de la historia o **2) no están de acuerdo con él**, es decir, con la voluntad de Dios providente, hallándola demasiado concesiva y benigna.

**Santiago y Juan**, rechazados por los samaritanos: «Señor, ¿quieres que pidamos que baje fuego del cielo y los consuma» (Lc 10,54). O **Simón Pedro**, cuando por primera vez Cristo anuncia su Pasión: «¡Dios te libre, Señor! Esto no te debe suceder» (Mt 16,22). O cuando en el prendimiento de Jesús en Getsemaní «echó mano de su espada y»... Jesús corta su acción: «¿Crees tú que no puedo in-

vocar a mi Padre y me enviaría en seguida más de doce legiones de ángeles?» (Mt 26,51-53).

No han recibido todavía el Espíritu Santo, y no se acomodan fácilmente a la voluntad de Dios expresada en su Providencia. La quisieran más brava y eficaz.

## 2.–Tienen verdadera esperanza

–**los que reconocen los males del mundo y del pueblo descristianizado**, los que se atreven a *verlos* y, más aún, a *combatirlos*. Porque tienen esperanza en el poder del Salvador, por eso no dicen que el bien es imposible, y que es mejor no proponerlo. Por eso no enseñan con sus palabras o silencios que lo malo es bueno; y tampoco aseguran, con toda afabilidad y simpatía, «vais bien» a los que en realidad «van mal».

–**Los que tienen verdadera esperanza predicán al pueblo con mucho ánimo el Evangelio de la conversión**, para que todos pasen de la mentira a la verdad, de la esclavitud del diablo al servicio de Cristo Salvador; del culto a la criatura al culto del Creador, de la arbitrariedad soberbia a la obediencia de los mandatos divinos y de la disciplina eclesial.

–**Los que creen con fe absoluta que la venida de Cristo está «próxima», y que «todos los pueblos vendrán a posturarse en su presencia»**. *Están convencidos de que el «Salvador del mundo» salvará al mundo y a su Iglesia*.

¿Está viva de verdad esta esperanza en la mayoría de los cristianos de hoy?... **Son muchos los que dan por derrotada a la Iglesia en la historia del mundo**. ¿Cuáles son las esperanzas que de verdad tienen

los cristianos sobre este mundo tan alejado de Dios, tan poderoso y cautivante, y qué esperanzas tienen sobre aquellas Iglesias que están profundamente mundanizadas?... Lo dan todo por perdido. Sin remedio.

–**Tiene esperanza la gloriosa Virgen María, reina de cielos y tierra.** Los males del mundo y de la Iglesia no la desesperan, ni la ponen en tensión con el gobierno que la Providencia divina les da. Ella permanece al pie de la Cruz en la paz de Dios.

–Ella entiende que su Hijo está siendo asesinado ignominiosamente. –Una espada de dolor atraviesa su alma (Lc 2,25): nadie en la historia humana ha sufrido tanto como Ella. –Al pie de la Cruz, fundida en ella, no protesta, no se queja de la inmensa «injusticia y arbitrariedad» con que Sanedrín y Roma expulsan del mundo a quien creó el mundo y lo mantiene en el ser. –No juzga a los blasfemos y asesinos que se burlan del Crucificado, sino que con su Hijo ruega a Dios por ellos: –Más aún, con su Hijo los excusa en cierto modo: «Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen» (Lc 23,34). Y con San Pedro: «Si lo hubieran conocido, nunca hubieran crucificado al Autor de la vida» (1Cor 2,8).

–Ella ve en la cruz la suprema maravilla de la Providencia divina, la epifanía total del amor que Dios nos tiene, la fuente que mana salvación sobreabundante para todos los pueblos de la tierra. Esta fe absolutamente cierta es lo que la mantiene «al pie de la cruz», sin desmayarse, sin tirarse por tierra, sin morir por el dolor. –Y Ella no procura en los que son de su Hijo un alzamiento de resistencia y rebelión, sino que los llama a la fe, al perdón, a la adoración y a la acción de gracias permanente, siempre y en todo lugar.

Santa María, Madre de Cristo, siempre fiel a la Providencia divina, Reina

de la esperanza, de la paz y de la alegría.

### 3).–El cristiano que tiene verdadera esperanza vive siempre dócil al gobierno de la Providencia divina

\* **Los males del mundo y de la Iglesia** no lo desconciertan, ni encienden en ellos un malhumor exacerbado de celo amargo, ampliamente expresado.

\* Lo que digo en nada se opone a **la oración de petición**, humildemente presentada ante el Padre celestial: «no se haga mi voluntad sino la tuya» (Lc 22,42).

\* Tampoco niega **la necesidad de discernimiento**. «Todo tiene su tiempo», y es preciso discernir qué es lo que Dios quiere que hagamos o que evitemos. «Hay tiempo de destrozarse y tiempo de edificar... de callar y de hablar... Tiempo de guerra y tiempo de paz» (Ecle 3,1-8).

La Virgen al pie de la Cruz sabe que debe callar, llorar, aceptar y ofrecer, sin combatir para evitar el crimen del Calvario. **Es ejemplo perfecto y universal en su espíritu incondicional ante la divina Voluntad providente.** Pero no en cuanto a la opción concreta que Dios promueve en ella, pues en otros casos suscitará el Señor hacer la guerra; como en San Fernando o en San Luis ante los moros, o como en Don Juan de Austria contra los turcos...

La docilidad serena e incondicional ante las disposiciones diversas de la Providencia, como digo, no excluyen ni la oración de petición ni el discernimiento. **Ella nos asegura la paz, la confianza y la alegría.** Pase lo que pase, según disponga la Providencia, que «todo lo gobierna».

**Nunca, pues, deben escandalizarnos ciertas disposiciones de Dios providente**, concretamente sobre nuestro tiempo, ni deben desconcertarnos o desanimarnos. «Todo colabora al bien de los que aman a Dios» (Rm 8,28; *etiam peccata*, San Agustín). Serán esos males **consecuencias** de nuestros pecados, purificaciones, castigos, y ocasiones propicias para la mayor santificación de los buenos: «Mi padre, a todo el que dé fruto, lo podará, para que dé más fruto» (Jn 15,2)... «¡Cuán insondables sus juicios e inescrutables sus caminos!» (Rm 11,33).

6)

### Las promesas de Cristo

**Nuestras esperanzas son exactamente las promesas de Cristo.** No se confunden con nuestros deseos y pensamientos. Son felizmente las promesas mismas que Dios nos hace en las Sagradas Escrituras, plenamente en Cristo. Desde el anuncio del arcángel Gabriel a la santísima Virgen María sabemos que a Jesús le será dado «un reino que no tendrá fin» (Lc 1,33).

**¿Cómo Cristo no será efectivamente Rey de las naciones** si «Él es la imagen de Dios invisible, el primogénito de toda criatura, pues en Él fueron creadas todas las cosas del cielo y de la tierra... todo fue creado por Él y para Él, y todo se mantiene en Él» (Col 1,1-16)?

**En el A.T. los autores inspirados nos aseguran una y otra vez** que «todos los pueblos vendrán a postrarse en tu presencia, Señor, y bendecirán tu Nombre» (Sal 85,9; *cf.* Tob 13,13; Sal 85,9; Is 60; Jer 16,19; Dan 7,27; Os 11,10-11; Sof

2,11; Zac 8,22-23; Mt 8,11; 12,21; Lc 13,29; Rm 15,12; etc.). **El mismo Cristo nos anuncia y promete** que «*habrá un solo rebaño y un solo pastor*» (Jn 10,16), y que, finalmente, resonará grandioso entre los pueblos el clamor litúrgico de la Iglesia:

«Grandes y maravillosas son tus obras, Señor Dios, soberano de todo; justos y verdaderos tus designios, Rey de las naciones. ¿Quién no te respetará? ¿Quién no dará gloria a tu Nombre, si sólo tú eres santo? *Todas las naciones vendrán a postrarse en tu presencia*» (Ap 15,3-4).

**Siendo ésta la altísima esperanza de nuestra fe, no hemos de consentir los cristianos en sentimientos de pesimismo, derrota, tristeza.** No nos asustan las persecuciones del mundo, ni nos fascinan sus halagos. No nos atemorizan los zarpazos de la Bestia, azuzada y potenciada por el Diablo, que «sabe que le queda poco tiempo» (Ap 12,12). Así pues, **«mantengámonos firmes en la esperanza que profesamos, porque es fiel quien hizo la promesa»** (Heb 10,19).

**Cristo Rey ha recibido «todo poder en el cielo y en la tierra»** (Mt 28,18), y con su providencia dirige y gobierna toda la historia humana. Es el Señor de la historia. Por eso puede animar a sus discípulos diciéndoles: «En el mundo habéis de tener tribulaciones; pero tened confianza: **yo he vencido al mundo**» (Jn 16,33). Y en consecuencia, los cristianos, que somos su Cuerpo, «hemos vencido al mundo». Espantemos lejos de nosotros toda tentación de frustración histórica y de tristeza, cuidándonos mucho de establecer complicidades oscuras con ese mundo de pecado, que gime bajo el poder del Príncipe de este mundo.

## 7)

**El cielo**

**La promesa mayor de Cristo es sin duda el cielo, la perfecta unión con Dios en «las moradas eternas»** (Lc 16,9), que no pueden ser descritas, pues «ni ojo vio, ni oído oyó, ni vino a la mente del hombre lo que Dios ha preparado para los que le aman» (1 Cor 2,9). Y con el cielo, **la victoria eterna sobre la muerte.**

El cielo es «**la corona perenne de gloria**» (1Pe 5,4), que da una felicidad tan inmensa, que **no guarda proporción con los sufrimientos de esta vida**, pues «nuestras penalidades momentáneas y ligeras nos producen una riqueza eterna, una gloria que las sobrepasa desmesuradamente» (2Cor 4,17; +Rm 8,18).

Como el lenguaje simbólico se atreve con todo, el cielo viene revelado en la predicación de Cristo y de los Apóstoles como **un convite de bodas** (Mt 22,1-14), anticipado ahora en la sagrada Eucaristía. También es simbolizado el cielo como «**la Ciudad Santa**, la Nueva Jerusalén»: el Cordero es su luz, y la gloria de Dios lo ilumina todo. Es como una esposa bellísima, adornada para su esposo (Ap 21-22).

Somos «herederos, en esperanza, de **la vida eterna**» (Tit 3,7): ésta es la expresión preferida por Jesús para hablar del cielo (Mc 9,43.45.47; 10,17.30). **Y la vida eterna es Cristo mismo** (Jn 11,25; 14,6; 1Jn 5,20: «El que cree en el Hijo tiene la vida eterna» (Jn 3,36). El cielo es **estar con Cristo** (Jn 14,3,17,24; Ap 3,20): es «entrar en el gozo de nuestro Señor» (Mt 25,21-23). Por eso «deseo partir y estar con Cristo» (Flp 1,23), es

decir, deseo morir, para vivir resucitado con Cristo.

**El cielo, máxima promesa de Cristo...** La Iglesia vive «aguardando la feliz esperanza y la manifestación esplendorosa del gran Dios y salvador nuestro, Jesucristo» (Tit 2,13; +1 Tim 6,14). «Somos hijos de Dios, aunque aún no se ha manifestado lo que hemos de ser. Sabemos que cuando [Cristo] se manifieste, seremos semejantes a él, porque le veremos tal cual es» (1Jn 3,2). Se cumplirá el salmo: «Contemplad al Señor y quedaréis radiantes» (Sal 33,6).

El concilio de Florencia declaró que los bienaventurados «**ven claramente a Dios mismo, Trino y Uno**, tal como es. Unos sin embargo con más perfección que otros, conforme a la diversidad de los merecimientos» (1439: Dz 1305; +1582).

**\* Los Papas sostienen las esperanzas de la Iglesia**

Fieles a su vocación, «confortan en la fe a los hermanos» (Lc 22,32). Especialmente asistidos por Cristo, son fieles a la Revelación, a la fe y a la esperanza de la Tradición católica. El Magisterio apostólico mantiene, con muy pocos apoyos de los autores católicos actuales, la esperanza de los fieles. Nuestro Señor y Salvador Jesucristo es el camino que por su Iglesia nos lleva derechamente al cielo: «Nadie llega al Padre sino por mí» (Jn 14,6).

**San Pío X**, en su primera encíclica (Enc. *Supremi Apostolatus Cathedra*, 1903), declara que su voluntad más firme es «*instaurar todas las cosas en Cristo*» (Ef 1,10).

Es cierto que «**se amotinan las naciones**» **contra su Autor**, «y que los pueblos



planean un fracaso» (Sal 2,1), de modo que casi es común esta voz de los que luchan contra Dios: «apártate de nosotros» (Job 21,14). De aquí viene que esté extinguida totalmente en la mayoría la reverencia hacia el Dios eterno, y que no se haga caso alguno de la Divinidad en la vida pública y privada. Más aún, se procura con todo empeño y esfuerzo que la misma memoria y noción de Dios desaparezca totalmente.

«Quien reflexione sobre estas cosas, será ciertamente necesario que tema que esta perversidad de los ánimos sea **un preludio y como comienzo de los males que se han de esperar para el último tiempo**; o que el “Hijo de perdicción”, de quien habla el Apóstol, no esté ya en este mundo... “levantándose sobre todo lo que se llama Dios... y sentándose en el templo de Dios como si fuese Dios” (2Tes 2,3-4)».

«Sin embargo, ninguno que tenga la mente sana puede **dudar del resultado de esta lucha de los mortales contra Dios**... El mismo Dios nos lo dice en la Sagrada Escritura... “aplastará la cabeza de sus enemigos” (Sal 67,22), para que todos sepan “que **Dios es el Rey del mundo**” (46,8), y “aprendan los pueblos que no son más que hombres” (9,21). *Todo esto lo creemos y esperamos con fe cierta*».

8)

### Ya Cristo vence, reina e impera

Cada día confesamos en la liturgia – quizá sin enterarnos de ello– que **Cristo «vive y reina por los siglos de los siglos. Amén»**. No sabemos cuándo ni cómo será la victoria final del Reino de Cristo. Pero siendo nuestro Señor Jesucristo el Rey del universo, el Rey de todas las naciones; teniendo, pues, so-

bre la historia humana una Providencia omnipotente y misericordiosa, y habiéndosele dado en su ascensión «todo poder en el cielo y en la tierra», ¿podrá algún creyente, sin renunciar a su fe, tener alguna duda sobre *la plena victoria final del Reino de Jesucristo sobre el mundo?*

**\* La Providencia divino «todo lo gobierna» en nuestro tiempo; hasta lo mínimo y lo malo**

**Cristo resucitado «subió al cielo, y está sentado a la derecha del Padre. Y de nuevo vendrá con gloria para juzgar a vivos y muertos, y su reino no tendrá fin»**. En el momento de la Ascensión se nos revela esta gloriosa palabra angélica y evangélica: «este Jesús que os ha sido arrebatado al cielo vendrá de la misma manera que le habéis visto subir al cielo» (Hch 1,11).

El *Catecismo de la Iglesia* confiesa que **Jesucristo, ya desde la Ascensión, «es el Señor del cosmos y de la historia:**

«**Estamos ya en la última hora**» (1Jn 2,18). El final de la historia ha llegado ya a nosotros y la renovación del mundo está ya decidida de manera irrevocable». Sin embargo, el Reino de Dios, presente ya en la Iglesia, no se ha consumado todavía con el advenimiento del Rey sobre la tierra, y **sufre al presente los ataques del Misterio de iniquidad**, que está en acción (2Tes 2,7). Pero ciertamente **«el advenimiento de Cristo en la gloria es inminente. Este acontecimiento escatológico se puede cumplir en cualquier momento»** (673).

\* \* \*

«Mi Dios y mi rey eres tú, que das la victoria a Jacob... Yo no confío en mi arco, ni mi espada me da la victoria. Tú nos das la victoria sobre el enemigo, y derrotas a nuestros adversarios. Dios ha sido siempre nuestro orgullo, y siempre damos gracias a tu nombre» (Sal 43).

–10–

## La esperanza sana y eleva la memoria

---

–¿Le aumenta la memoria?.

–No. La sana de memorias vanas, inútiles, malas. Y hace que recuerde mucho más a Dios y al cielo. *Alegrémonos con el Señor, que con su poder gobierna eternamente* (Sal 65,6).

**Rechazo masivo de Dios.** Iglesias locales que en pocos decenios han pasado de 100 a 10. Un verdadero derrumbe. Herejías y sacrilegios. Falta persistente de vocaciones. No Misa, no confesión, no matrimonio sacramental, anticoncepción generalizada, leyes civiles abiertamente *contra natura*. contra Cristo... Apostasías innumerables.

Los **malos cristianos** no sufren el peso aplastante de tantos males en el mundo y en la Iglesia, sino que están en ellos como pez en el agua.

Los **buenos cristianos** sufren esos males, y tratan, con el auxilio divino, de vencerlos con bienes (Rm 12,17); pero sufren los males con paz y humildad de confianza, siempre confiados en la Providencia divina, con esperanza y docilidad. Pero algunos de los **buenos**, no pocos, andan tristes, apocados, desconcertados, quejosos, amargados, bus-

cando y señalando culpables –juzgando– con implacable dureza. Especialmente en estos años presentes, **un buen número de fieles se ven aplastados por los males** del mundo y de la Iglesia. No pueden con su alma.

«¿Es que el Señor nos rechaza para siempre, y ya no volverá a favorecernos? ¿Se ha agotado ya su misericordia, se ha terminado para siempre su promesa? ¿Es que Dios se ha olvidado de su bondad, o la cólera cierra sus entrañas? Y me digo: “¡Qué pena la mía!”» (Sal 76,8-11).

Es cierto que **estos oscuros ánimos procederán** en no pocos casos de una deficiente o mala formación doctrinal, o quizá de una dolencia psico-física o directamente neurótica. El Señor los confor­te con su gracia en su enfermedad, para que carguen sus pesadas cruces por el camino que lleva al cielo. Allí «el mismo Dios enjugará las lágrimas de sus ojos» (Ap 21,3-4).

En el fondo de este mal llevar los males del mundo y de la Iglesia no pocas veces se aprecia una debilidad de la fe en la **Providencia**. Son cristianos que ejercitan poco la virtud teologal de la **esperanza**. Se interesan ante todo por **las cosas visibles** del mundo y de la Iglesia. No siguen suficientemente el consejo del Apóstol:

Los cristianos «**no ponemos los ojos en las cosas visibles, sino en las invisibles**, pues las visibles son temporales; las invisibles, eternas» (2Cor 4,18).

Estando en ese espíritu deficiente, no es raro que la Iglesia les dé a veces más tristezas que alegrías. No alcanzan a verla en fe como «sacramento universal de salvación» (Vat. II, *LG* 48; *AG* 1). Unos la sufren con amargura y sin esperanza. Otros se alejan de ella.

**Sin esperanza.** Las informaciones del mundo y de la Iglesia, sobre todo las malas noticias, los escándalos, les atraen morbosamente. Leen los diarios, ven la televisión; pero no la Biblia o los libros que confortan la fe y la esperanza. **Apenas alcanzan a ver la condición providencial de cuanto sucede.** No ven en nada la mano de Dios, ni siquiera en las cosas buenas. Viven a oscuras, como en un sótano.

**Para ellos, y también para mí mismo, escribo lo que sigue,** no sin antes pedir al auxilio de Dios y el amparo de la dulcísima Virgen María.

1)

**Absortos en lo visible y olvidados o ignorantes de lo invisible**

–**La vana curiosidad y la falta de oración** frenan en el cristiano el crecimiento espiritual. **La curiosidad desordenada es el vicio que orienta al hombre hacia el conocimiento de cosas inútiles o perjudiciales**, y que mantiene habitualmente su atención cautiva en ellas (*STh* II-II,167). Es sin duda una de las principales causas de la ignorancia espiritual y del sufrimiento humano.

Al contrario de la meditación (la lectura espiritual) y de la oración, **la curiosidad desordenada hace que el hombre se deje llevar** –por el mundo (invitaciones, publicidad, amigos, asuntos actuales, temas de moda, un libro, un viaje, televisión, internet, periódicos, etc. lo que sea); –por la **carne** (lo que le apetece, lo que le prestigia y le da dominio sobre los otros, lo que le resulta más gratificante, lo que no le exige pensar, reflexionar, meditar, llenar lagunas en el conocimiento); y –por el **diablo**, que ante todo influye al hombre en la mentira y que, con la complicidad de carne y mundo, lo cierra en sí mismo, en el mun-

do visible, ciego a lo invisible, perdido en la oscuridad.

Así ha sido siempre. Pero las condiciones nuevas desarrolladas en el mundo moderno de las comunicaciones hacen que **la curiosidad desordenada sea hoy una de las más graves tentaciones: uno de los caminos de perdición más frecuentados.**

Cuando el apóstol San Pablo visita Atenas para predicar el Evangelio, halla en la capital intelectual de la época **una tropa de curiosos insaciables.** San Lucas refiere que: «todos los atenienses y los forasteros allí domiciliados **no se ocupan en otra cosa que en decir y oír novedades**» (Hch 17,21).

Por el ágora de Atenas pasan innumerables filósofos, artistas, sofistas, religiosos exóticos, exponiendo cada uno sus teorías, experiencias y doctrinas. Pero los atenienses, gravemente afectados de **relativismo escéptico**, es decir, *enfermos mentales*, son ya incapaces de reconocer la verdad objetiva y de adherirse a ella firmemente.

Por eso escuchan cortésmente a San Pablo, pero cuando éste llega a proclamarles la Palabra divina sobre la resurrección de los muertos gracias a Cristo, «unos se echaron a reír, otros dijeron: “te oiremos sobre esto en otra ocasión”. Y así salió Pablo de en medio de ellos» (17,33-34). Hartos los atenienses de opiniones diversas y de vanas informaciones, se cerraron al conocimiento de Dios y de la sabiduría divina del Evangelio. Siguieron como estaban: abandonados a sí mismos (Rm 1,24).

**Santo Tomás**, cuando estudia *La curiosidad* en la *Summa* (STh II-II,167), da preciosas citas de los Santos Padres. En ellas comprobamos que la tradición pa-

trística era muy severa contra **la vana curiosidad**, que encierra al hombre en el mundo visible, como si fuera el único real, y lo ciega para Dios y los bienes invisibles, como si fueran meras ideas irreales.

Así **San Jerónimo** se lamenta de ver que los mismos cristianos, ignorando la más alta sabiduría de la fe, se pierden en el conocimiento de cosas inútiles. Incluso «vemos que los sacerdotes, después de haber abandonado los Evangelios y los Profetas, leen comedias y cantan frases amatorias de versos bucólicos» (*Epist. 146 ad Damas: de filio prodigo*).

**San Agustín** refiere con pena que «hay quienes, dejando a un lado las virtudes y no sabiendo qué es Dios y cuánta es la majestad de la naturaleza que subsiste siempre del mismo modo, creen que hacen algo grande si estudian con la mayor curiosidad y la más viva atención toda esa mole del cuerpo que llamamos mundo» (*De moribus Eccl. 21*).

**La verdad nos hará libres** (Jn 8, 32). Como San Juan, **San Pablo** era muy consciente de que los cristianos que menosprecian el estudio y conocimiento de la sabiduría divina, la que es propia de los hijos de Dios, quedan necesariamente a merced de las mentiras del mundo que les envuelve:

«Estad, pues, alerta, ceñida la cintura con **la verdad**... Tomad el yelmo de la salvación y empuñad la espada del Espíritu, que es **la palabra de Dios**. Embrazad en todo momento el escudo de **la fe**, de modo que podáis hacer inútiles las flechas incendiarias del Maligno. **Siempre en oración y súplica**, orad en toda ocasión en el Espíritu, velando juntos con constancia, y suplicando por todos los santos» (Ef 6,13-18).

«Mirad que nadie os engañe con filosofías y vanos sofismas, según la tradición de los hombres, y no según Cristo» (Col 2,8). Y «no seáis como niños, que fluctúan y se dejan llevar de todo viento de doctrina, por el engaño de los hombres» (Ef 4,14). **El conocimiento de la verdad nos hace fuertes y libres. Y la vana curiosidad nos mantiene ignorantes, débiles y cautivos.**

2 )

### La ascética de la memoria

**La configuración del cristiano con Cristo** es realizada por la **fe**, que evangeliza el *entendimiento*, por la **cari-****dad** que hace lo mismo con la *voluntad*, y por la **esperanza** que santifica la *memoria*.

De la ascesis de la **voluntad** se suele hablar con frecuencia; pero poco de la ascética que regula la actividad del **entendimiento**; y casi nunca de la ascesis de la **memoria**. San Juan de la Cruz, por el contrario, trata del cuidado espiritual de la memoria, y lo hace con una lucidez muy grande en la *Subida al Monte Carmelo* (libros II° y III°). Haré una síntesis de su doctrina.

**Aviso importante.** El gran Doctor espiritual entiende por **memoria** no sólo la facultad intelectual que recuerda, sino aquello que más ocupa la atención de la persona. Y muestra cómo la memoria de una persona se ocupa principalmente por aquello que su voluntad más estima: Dios, la salud, el dinero, el saber, el poder... De tal modo que los apegos desordenados de la voluntad se reflejan en apegos cautivadores de la memoria.

### \* El caos de la memoria

**La memoria del hombre carnal es un completo desorden.** Apenas tiene dominio de sí misma, no está libre, no sabe recordar u olvidar según conven- ga, está a merced de todo visitante, deseado u odiado, como una casa abandonada, de la que se arrancaron puertas y ventanas, en la que cualquiera puede entrar. Está como un jardín sin cuidado, lleno de malezas.

El cristiano enfermo de esta dolencia quizá conoce por la **fe** y el **entendi-****miento** la naturaleza providencial de cuanto sucede, pero se preocupa, piensa y actúa como si ignorase totalmente esa grandiosa verdad. Jamás alcanza a «ver» la mano de Dios en su vida; todo lo remite a las meras causas segundas que lo envuelven. En una palabra, su **memo-****ria** no ha sido apenas evangelizada, sanada y elevada por su débil **esperanza**. De hecho, para él nada tiene su vida de providencial.

Qué horror.

### \* Enormes daños de la memoria enferma

La memoria desordenada y carnal deja al hombre **cerrado a Dios**, inquieto y turbado por cientos de cosas secundarias, y olvidado de lo único necesario (Lc 10,41). Queda el hombre incapaz de oración y de meditación, olvidado de Dios y del cielo, totalmente ignorante de la acción de Dios providente en su vida. Y al mismo tiempo deja la persona **cerra-****da al prójimo**, encerrada en sí misma y en sus cosas, incapaz de pensar en los

demás y de acogerlos con atención solícita.

Los hombres adámicos dan culto a las criaturas y no a su Creador, dice San Pablo. «Por eso Dios **los entregó a los deseos de su corazón**» (Rm 1,23-24). La memoria del hombre que está abandonada a sí misma, le hace vivir **alienado del presente**, perdido en recuerdos inútiles de un pasado ya pasado, o igualmente perdido en vanas anticipaciones de un futuro inexistente e incierto.

Como señala San Juan de la Cruz, queda **vulnerable al influjo del Diablo**, que «tiene gran mano en el alma por este medio, porque puede añadir formas, noticias y discursos, y por medio de ellos afectar al alma con soberbia, avaricia, ira, envidia, etc., y poner odio injusto, amor vano, y engañar de muchas maneras; y además de esto, suele él dejar las cosas y asentarlas en la fantasía de manera que las que son falsas parezcan verdaderas, y las verdaderas falsas» (3Subida 4,1).

En fin, **la memoria vieja y carnal, desordenada y salvaje**, hace del hombre un **excéntrico**. Su atención olvida todo lo más central, y habitualmente queda prendida de las cosas más triviales y secundarias. Todo esto hace que **el hombre esté «sujeto a muchas maneras de daños por medio de las noticias y discursos, así como falsedades, imperfecciones, apetitos, juicios, perdimiento de tiempo y otras muchas cosas, que crían en el alma muchas impurezas» (3,2)**.

Si el sujeto es lector diario de un periódico, no otorga su atención a los artículos espirituales o de pensamiento, si los hay. Únicamente lee las noticias de **sucesos contingentes**, y más si son polémicos o escandalosos. «Donde está tu tesoro, allí estará tu corazón» (Mt 6, 21), tu memoria, tu atención.

### 3)

#### Algunas normas

La virtud de la esperanza, principalmente, es la que ha de sanar y elevar la vida de la memoria. Y para ejercitarse puede ser ayudada por algunas normas.

**1.–Pedir a Dios la liberación de la memoria.** Ésa es la norma más importante y eficaz. «Aparta mis ojos de las vanidades, dame vida con tu Palabra» (Sal 118,37).

**2.–Ejercitarse en la oración continua, evitando la disipación de la mente.** La persona centrada siempre en Dios no se pierde en la selva del mundo, sino que por todas partes camina rectamente hacia su fin, que es Dios, dirigido por la fe, la esperanza y la caridad, es decir, por el Espíritu Santo. La oración de todas las Horas, la guarda de la presencia de Dios, la oración continua, mantienen su alma centrada en Dios, consciente por la fe de la **inhabitación** de las Personas divinas.

**Santa Teresa**, como todos los maestros espirituales, enseña a evitar **la disipación**, que desparrama sin control los sentidos y la atención de la mente. Ella enseña que el **recogimiento** de los sentidos y de la mente es igualmente necesario para todos los cristianos, sacerdotes, laicos y religiosos, aunque habrán de vivirlo en modalidades distintas. El recogimiento guarda la persona en la presencia de Dios mediante «la fe operante por la caridad» (Gal 5,6). La santa Doctora escribe en el *Camino de perfección*:

«Dice San Agustín que le buscaba [a Dios] en muchas partes y que le vino a hallar dentro de sí [*Confesiones* 10,27].

¿Pensáis que importa poco para un alma derramada entender esta verdad y ver que no ha menestar para hablar con el Padre Eterno ir al cielo?»... «Ha de ponerse en soledad y mirarle dentro de sí y *no extrañarse* de tan buen huésped [no olvidarse]; sino con grande humildad hablarle como a padre, regalarse con Él como con padre, entendiendo que no es digna de serlo» (46,2). Eso es «*el recogimiento*, porque recoge el alma todas las potencias y **se entra dentro de sí con su Dios**» (47,1).

**3.-Limitar la avidez de noticias e imágenes.** Esta sobriedad en la alimentación del alma habrá de ser vivida **muy especialmente en nuestro tiempo**, pues nunca el mundo ha tentado al hombre tan continuamente hacia la diversión y la disipación.

Hemos de auto-limitar las fuentes de nuestras noticias e informaciones, según nuestra vocación y nuestras necesidades reales, no aceptando una sobre-alimentación del alma que la agobia, la distrae, la cansa y le impide levantar el vuelo espiritual con las dos alas de la caridad: el amor a Dios y el amor al prójimo. «Si tu ojo te escandaliza, sácatelo» (Mt 5,29). Vivamos el espíritu de pobreza y de ayuno limitando la avidez de noticias, textos, acciones, imágenes.

Nótese que he considerado que *el cristiano se cierra a Dios cuando abre demasiado sus sentidos y su mente a una invasión de criaturas, aunque éstas sean cosas buenas*: «Marta, Marta, tú te inquietas por muchas cosas» (Lc 10,41). Pues bien, *a fortiori* el hombre se verá privado de una mayor unión con Dios cuando las cosas que ocupan demasiado su atención y memoria son **malas**, por ejemplo, las informaciones sociales chismosas, la pornografía, que hoy sobrea-bunda tan gravemente.

\* **Ejercitar la pobreza evangélica** a la hora de moderar la avidez de la memoria, puede darse de tres modos:

+**Tener** en la mente lo que realmente quiere Dios providente que tengamos, según nuestras necesidades y obligaciones: no más, ni menos, ni otras cosas.

+**Tener como si no tuviéramos** eso que poseemos: televisión, ordenador, internet, móvil, y todo lo demás, campo, oficina, coche, etc. (1Cor 7,29-31). Es decir, tenerlo todo con perfecta libertad, sin que nunca nos veamos *poseídos por lo que poseemos*, pues ello nos llevaría necesariamente a faltar al amor de Dios y del prójimo. Y en la duda,

+**no tener o tener menos**: «yo os quería libres de cuidados» (*ib.* 32).

**Santa Teresa** dice lo mismo: «mirad siempre con lo más pobre que pudiéredes pasar, así de vestidos como de manjares» (*Meditacion Cantares 2,11*). En la duda, lo más pobre en todo: vestidos, noticias, manjares, viajes, aparatos electrónicos, lo que sea. Los mundanos tienden siempre a **tener más**; los cristianos, a **tener menos**; lo estrictamente necesario según sea la persona y su circunstancia.

No es absolutamente necesario, ni ciertamente conveniente, que la memoria, con la rapacidad de una urraca, reúna en su nido toda clase de noticias y conocimientos de cuanto sucede en su casa, en su oficina o taller, en su pueblo, en el mundo entero. Pero **la memoria del hombre carnal es insaciable**: no se cansa de reunir noticias, comunicaciones e imágenes mediante diarios y revistas, televisión, radio, teléfono, internet, correos electrónicos, videoconferencias, mensajes cortos (sms), redes sociales y de mensajes grupales, etc. Quien entra excesi-

vamente en esta selva cerrada está vi-  
viendo **fuera de sí y ausente de Dios**.

**No se cansa:** mejor dicho, **se cansa**,  
y cuanto más acumula, más vacía se en-  
cuentra. La oración continua con Dios,  
a la que estamos llamados, es imposi-  
ble sin esa purificación de la memoria.

«**Cuanto más el alma desaposesio-  
nare la memoria de formas y cosas me-  
morables que no son Dios, tanto más pon-  
drá la memoria en Dios y más vacía la  
tendrá para esperar de él el lleno de su  
memoria**» (S. Juan de la Cruz, 3Subi-  
da 15,1).

\* **No consentir en «preocupaciones»,  
en vanos pensamientos, en deseos per-  
sistentes** (los *logismoi*, que decían los  
monjes primeros). No con-sentir que la  
voluntad y la memoria nos autoricen a  
mantenernos cautivos de esos pensa-  
mientos, asuntos e imágenes.

Para la persona las preocupaciones  
son en su conjunto realmente **cadena**s;  
pero las considera muchas veces como  
collares o pulseras preciosos. Así que-  
brantan el debido abandono confiado en  
la divina Providencia. No aceptan en  
realidad lo que piden en el *Padrenues-  
tro*: «Hágase tu voluntad en la tierra co-  
mo en el cielo».

Sí, ciertamente, las preocupaciones,  
los pensamientos vanos y persistentes,  
son **malos pensamientos**, como los de  
lujuria o los de odio, que, con el auxilio  
de la gracia, han de ser combatidos y  
expulsados del alma mediante la oración  
de petición y el empeño de la voluntad.

Objetará alguno, tratando de excusar  
las adicciones morbosas de su memo-  
ria: «**es que no me lo puedo quitar de  
la cabeza**». Pero ya en esa misma frase  
está expresando que la memoria de la

persona está cautiva de algo, y no goza  
de «la libertad gloriosa de los hijos de  
Dios» (Rm 8,21), que con el auxilio de  
la gracia debe conseguir y mantener.

Ciertamente, debemos **ocuparnos** de  
las cosas, pero no **pre-ocuparnos** de  
ellas ilimitadamente, si queremos ser  
fieles al Señor, que claramente nos  
manda: «**no os preocupéis**». **No es un  
consejo, es un mandato**, claramente  
formulado en la parábola de los lirios y  
los pájaros (Mt 6,25-34).

\* \* \*

–**La virtud de la esperanza purifica  
la memoria, y nos guarda en la paz y  
la alegría**

**La ascesis de la memoria por la es-  
peranza sólo causa provechos, y nin-  
gún daño.** Pero no todos la entienden.  
No faltan quien considera **imposi-  
ble** y **perjudicial** esta pacificación de la  
memoria. **San Juan de la Cruz** recha-  
za esta objeción:

«Dirá alguno que bueno parece esto;  
pero que **de aquí se sigue la destrucción  
del uso natural y curso de las poten-  
cias** [de la memoria, concretamente], y  
que quede el hombre **como bestia, olvi-  
dado**, y aún peor, sin discurrir ni acordar-  
se de las necesidades y operaciones natu-  
rales; y que Dios no destruye la natura-  
leza, antes la perfecciona» (2Subida 2,7).

Falsa objeción. **La memoria de los  
cristianos es santificada por la espe-  
ranza.** Y así la memoria pasa de ser un  
*nido-de-urraca*, coleccionadora insaciable  
de vanidades, a virtud santa, que  
guarda «**memoria continua del Señor**»  
(*Traditio apostolica*, n.41. -Roma, 215).

Afirma **San Juan de la Cruz**: «El es-  
píritu de Dios les hace **saber** lo que han



de saber, y **ignorar** lo que conviene ignorar, y **acordarse** de lo que se han de acordar y **olvidar** lo que es de olvidar, y las hace **amar** lo que han de amar y **no amar** lo que no es en Dios.

«Y así todos los primeros movimientos de las potencias de las tales almas son divinos; y no hay que maravillarse que los movimientos y **operaciones** de estas potencias sean divinos, pues están transformadas en **ser divino**» (*ib.* 2,9).

Bien sabe el Doctor místico que la gracia sobrenatural **no destruye** la memoria —ni ninguna otra de las facultades naturales del hombre—, sino que **la sana** de su caos morbosos y **la eleva** a su centro propio, que es Dios, y en él la mantiene.

#### \* Levantemos el corazón

**Lo tenemos levantado hacia el Señor.** Así decimos los cristianos cada día al iniciar la plegaria eucarística. Y lo decimos porque eso es lo que **intentamos** y lo que **pedimos** al Señor, esperando que nos lo conceda, pues realmente nos ha llamado Él a esa **elevación del corazón sobre todo el mundo visible, centrándolo en Dios** por la atención de la fe, la memoria de la esperanza y el amor de la caridad.

Y no es ésta, meramente, una enseñanza peculiar de ciertos autores o escuelas espirituales, como San Juan de la Cruz. En esa doctrina Dios **revela** la vocación y misión de todos los cristianos, no sólo de los monjes y contemplativos.

«Si fuisteis resucitados con Cristo, **buscad las cosas de arriba**, donde está Cristo sentado a la derecha de Dios; *pensad en las cosas de arriba, no en las de la tierra.* Porque habéis muerto, y **vuestra vida está escondida con Cristo en**

**Dios.** Cuando aparezca Cristo, vida vuestra, entonces también vosotros apareceréis gloriosos juntamente con él» (Col 3,1-4).

Por eso nosotros **«no nos fijamos en lo que se ve, sino en lo que no se ve;** en efecto, lo que se ve es transitorio; lo que no se ve es eterno» (2Cor 4,17).

**Por el contrario, «hay muchos que andan como enemigos de la cruz de Cristo: su paradero es la perdición; su Dios, el vientre; su gloria, sus vergüenzas; solo aspiran a cosas terrenas.** Nosotros, en cambio, **somos ciudadanos del cielo,** de donde aguardamos un Salvador, el Señor Jesucristo» (Flp 3,18-20). Y es que no somos **«hombres terrenales»**, a imagen de Adán, sino **«hombres celestiales»**, a imagen de Cristo resucitado (1Cor 15,47-49).

Es una pena que, incluso buenos cristianos practicantes, **ignoren en la práctica esta vocación celestial** que es suya y propia. Y por todos los medios a su alcance, **con gran daño rellenan, colman, ahítan, repletan, hartan sus almas en un consumo insaciable de criaturas, noticias, imágenes, quedando así su memoria atracada de criaturas, y vaciada de Dios.** Ha de ser la virtud teologal de la esperanza la que, liberando la memoria de una sobrealimentación de criaturas, «levante su corazón», alimentándolo con la Palabra divina y el Pan vivo bajado del cielo.

San Juan de la Cruz se lamenta: «¡**Oh almas criadas para estas grandezas** y para ellas llamadas!, ¿qué hacéis?, ¿en qué os entretenéis? Vuestras pretensiones son bajezas y vuestras posesiones miserias. ¡Oh miserable ceguera de los ojos de vuestra alma, pues para tanta luz estáis ciegos, y para tan grandes voces sordos, no viendo que, en tanto que buscáis grandezas y

gloria [noticias, relaciones, televisión, internet, aparatos, informes, reportajes, entrevistas, reuniones, viajes, imágenes, etc.], *os quedáis miserables y bajos, de tantos bienes hechos ignorantes e indignos!*» (Cántico espiritual 39,7).

**Santa Teresa de Jesús, en el libro *Moradas del Castillo interior***, da esa misma doctrina. El alma es como un maravilloso castillo de cristal, edificado en círculos concéntricos –como solían ser los antiguos castillos–, y **en la morada más central es donde mora Dios**. La plena unión con Dios se produce, pues, cuando, bajo la acción de la gracia, **la persona entra en sí misma, es decir, entra a vivir con Dios** en la cámara central... Pero la mayoría de los cristianos, **viven fuera de sí mismos**, por decirlo así, dispersos los sentidos y pensamientos en las cosas del mundo temporal y visible. Ese es su alimento, incapaz de saciar el hambre de su alma.

«No hallo yo cosa con que comparar **la gran hermosura de un alma y la gran capacidad**... Basta decir Su Majestad que es hecha a su imagen para que apenas podamos entender la gran dignidad y hermosura del ánima» (1*Morada* 1,1). Sin embargo, **«hay muchas almas que están en la ronda del castillo** [es decir, fuera de él] –que es donde están los que le guardan– y que no se les da nada entrar dentro, ni saben qué hay en aquel tan precioso lugar, ni quién está dentro, ni aun qué piezas tiene» (1,5).

«Decíame poco ha un gran letrado que **son las almas que no tienen oración** como un cuerpo con parálisis o tullido, que aunque tiene pies y manos, no los puede mandar. Que así son, que hay almas tan enfermas y mostradas a **estarse en cosas exteriores**, que no hay remedio ni parece que puedan entrar dentro de sí; porque ya la costumbre las tiene tal de

haber siempre tratado con las sabandijas y bestias que están en el cerco del castillo, que ya casi están hechas como ellas, y con ser de natural tan ricas y poder tener su conversación nada menos que con Dios, no hay remedio» (1,6).

Sin embargo, si alguna vida espiritual tienen, «aunque están muy metidas en el mundo, tienen buenos deseos y alguna vez –aunque de tarde en tarde– se encomiendan a nuestro Señor y consideran quiénes son, aunque no muy despacio» (1,8).

Por otra parte, «habéis de notar que en estas moradas primeras **aún no llega casi nada la luz que sale del palacio** [interior] donde está el Rey... Clara está la pieza, mas él [el cristiano] incipiente, todavía mundano] no lo goza por el impedimento y cosas de estas fieras y bestias que le hacen cerrar los ojos para no ver sino a ellas... [Por eso] Conviene mucho para haber de entrar en las segundas moradas, que procure **dar de mano a las cosas y negocios no necesarios**, cada uno conforme a su estado; que es cosa que le importa tanto para llegar a la morada principal» (1,14).

Nuestro Señor «es muy buen vecino, y es tanta su misericordia y bondad que **aun estándonos nosotros en nuestros pasatiempos y negocios y contentos y baraterías del mundo**, y aun cayendo y levantando **en pecados** (porque estas bestias son tan ponzoñosas y peligrosa su compañía y bulliciosas, que por maravilla dejarán de tropezar en ellas para caer); con todo esto, tiene en tanto este Señor nuestro que le queramos y procuremos su compañía, que **una vez u otra no nos deja de llamar para que nos acerquemos a Él**. Y es esta voz tan dulce que se deshace la pobre alma en no hacer luego lo que le manda» (2,2). En fin, **«la puerta para entrar en este castillo es la oración**. Pues pensar que hemos de entrar en el cielo y

no entrar en nosotros, conociéndonos y considerando nuestra miseria y lo que debemos a Dios, y pidiéndole muchas veces misericordia, es desatino» (2,11).

Pobres aquellos cristianos, creados por Dios para grandezas como las que Santa Teresa describe, que, **obcecados por los pasatiempos y baraterías** del la vida diaria, quedan miserables y bajos, de tantos bienes hechos ignorantes e indignos.

Es lógico que estén tristes, cansados, sin esperanza, defraudados por Dios y por su Iglesia, llena la memoria de oscuridades, más atenta a las deficiencias y escándalos del mundo y de la Iglesia, que a las maravillas de gracia que Dios obra continuamente en ella por puro amor gratuito.

Para que sus almas vivan en paz y esperanza, fueran las cosas como fueran en el mundo y en la Iglesia, basta que la gracia de Dios grabe en su corazón estas palabras de Cristo, las últimas del Evangelio de San Mateo (28,20): «Yo estaré con vosotros siempre hasta la consumación del mundo».

*Sursum corda!*

*Habemus ad Domino.*

\*\*\*

*Alegrémonos con Dios, que con su poder gobierna eternamente. Bendecid, pueblos, a nuestro Dios, haced resonar sus alabanzas, porque él nos ha devuelto la vida y no dejó que tropezaran nuestros pies (Sal 65,6-9).*

## -11-

### Espiritualidad providencial.

#### Beata. Elisabetta Canori

---

---

—¿Dos temas en un mismo capítulo?

—Sí. El primero es una síntesis de la espiritualidad providencial. Y el segundo es un ejemplo precioso de la misma.

Después de tratar de la Providencia en varios capítulos, conviene hacer **una síntesis de la espiritualidad providencial cristiana**. Pretenderlo es una tarea muy valiosa, pues toda la espiritualidad, si es cristiana, ha de ser providencial. Expondré, con el favor de Dios, sus rasgos principales.

\*\*\*

**1) El misterio de la Providencia debe ser contemplado, meditado y adorado** en toda su majestuosa grandeza, en toda su belleza fascinante. Eso sí, **contemplar** no es **comprender**. Dios da a los que sinceramente le buscan luz suficiente para ir conociendo Su voluntad en medio de las turbulencias y cambios de la vida temporal. Pero no siempre desvela en forma clara sus designios providenciales, que vamos conociendo a lo largo de nuestra vida.

Es verdad que **algunos hombres, elegidos por Dios** para ciertas altas misiones en la Iglesia –los fundadores de congregaciones religiosas, por ejemplo– reciben de él luces especiales para entender la época, o algunos aspectos de ella, y para captar ciertos planes concretos de la Providencia. Otros hay que cumplen en el mundo con fidelidad misiones importantes de Dios sin apenas entender conscientemente los planes divinos. En todo caso, sí puede decirse en términos generales que **cuanto más espiritual y santo es un cristiano, con más facilidad capta la providencia** de Dios sobre sí mismo, y sobre su tiempo, personas y obras.

No conviene, sin embargo, que el cristiano pretenda conocer los designios de la Providencia con **una curiosidad exigente**, tratando de eludir la presunta dureza de caminar en pura fe. Él quiere andar con un plano bien claro, dominando su propio caminar. Pero ya dice San Juan de la Cruz que el hombre «para llegar a Dios antes ha de ir no entendiendo que queriendo entender» (2Subida 8,5; +Llama 3,48).

**El cristiano carnal** quiere «comprender» a Dios, quiere dominarlo –saber es dominar–, es decir, roza la tentación de querer «ser como Dios» (Gén 3,5). Por eso, como no conoce el misterio de la providencia, o bien la niega («Dios no interviene para nada en el mundo»), o bien se abstiene de contemplarla. Le molesta que sus preguntas («¿Son pocos los que se salvan?», Lc 13,23; «¿Es ahora cuando vas a restablecer el reino de Israel?», Hch 1,6), no reciban una respuesta comprensible.

**El cristiano espiritual**, por el contrario, no niega la providencia de Dios, ni

la relega a un olvido desdenoso, sino que humildemente la contempla día a día, dilatando así su corazón en la adoración del Altísimo inefable, cuyos planes son inescrutables.

**2) La espiritualidad providencial nos permite ver el amor de Dios en todo lo que sucede.** *No entendemos nada de lo que pasa, si no alcanzamos a ver en ello el amor de Dios en acción.* Entendemos nuestra vida, la de nuestros hermanos, el desenvolvimiento de la historia, las vicisitudes de las naciones y de la misma Iglesia, en la medida en que vemos el amor de Dios como la dirección constante de ese río de situaciones tantas veces, en sí mismas, erradas o culpables.

**3) Hemos de dar gracias a Dios y alegrarnos por los designios de su providencia.** «Alegrémonos con el Señor, que con su poder gobierna eternamente» (Sal 65,6-7). Sea cual fuere nuestra situación, la del mundo y la de la Iglesia. Y sea cual fuere nuestro grado de comprensión de cuanto sucede. Lo cierto es que «el Señor deshace los planes de las naciones, pero el plan del Señor subsiste por siempre, los proyectos de su corazón de edad en edad» (Sal 32,10-11).

Señor, «canten de alegría las naciones, porque riges el mundo con justicia, riges los pueblos con rectitud, y gobiernas las naciones de la tierra» (Sal 66,5).

**4) Una serena confianza caracteriza el corazón de los cristianos. Pase lo que pase.** El hombre necio y carnal vive en la inquietud, en la vana alegría, se altera por cualquier cosa, es «una caña agitada por el viento» (Mt 11,7).

El cristiano **sabio y espiritual** guarda siempre su alma confiada en la Provi-

dencia, porque se fía de la amorosa solícitud de Dios con los pajaritos, los lirios y las flores, y más aún con sus hijos (Mt 6,25-34). **Nuestra vida está en las manos de un Dios que nos ama, y que todo lo gobierna.** El, que ha querido ser nuestro Padre, conoce nuestras necesidades (6,32), y hasta el número de nuestros cabellos (10,30). Vivamos, pues, con paz y confianza, aunque tengamos que pasar por valle de tinieblas, seguros de que él va con nosotros (Sal 22,4). Por otra parte, «¿quién de vosotros, a fuerza de preocuparse, podrá añadir una hora al tiempo de su vida?» (6,27).

**5) Nuestra voluntad queda en la paz cuando nada desea al margen de la voluntad de Dios,** la que sea, la que su providencia nos vaya manifestando en cada momento. No nos preocupamos, pues, por el mañana, que ya el mañana tendrá sus propias inquietudes. Acallamos y moderamos nuestros deseos, como un niño en brazos de su madre (Sal 130). Le basta a cada día su afán (Mt 6,34). Quede la inquietud y ansiedad para el que no se apoya en Dios, sino en sí mismo o en la criatura. Espante todos los negros cuervos de sus preocupaciones. Recuerde que es «maldito el hombre que en el hombre pone su confianza, y de la carne hace su apoyo, y aleja su corazón de Yavé» (Jer 17,5).

**6) Este abandono confiado en la Providencia divina ha marcado muy profundamente la espiritualidad del pueblo cristiano.**

Con un ejemplo: Una mujer joven, que se queda viuda con varios hijos y sin apenas medios de subsistencia, si tiene fe, no se desespera y no pierde la paz y la alegría: «**El Señor me lo dio,**

**el Señor me lo quitó. ¡Bendito sea el nombre del Señor!**» (Job 1,21). Con la ayuda de Dios y con grandes trabajos, sacará adelante a sus hijos, sin amargarse y sin perder la sonrisa: **tiene fe en la Providencia.**

Esa espiritualidad providencial, vivida en el pueblo cristiano durante siglos, se ha expresado con la elocuencia del Espíritu Santo **en numerosas y frecuentes expresiones del habla común.**

«Si Dios quiere» (+Sant 4,15), «Que sea lo que Dios quiera», «Dios proveerá», «Dios dirá», «Dios quiera que»..., «Con el favor de Dios», «Gracias a Dios», «Así nos convendrá», «No hay mal que por bien no venga», «Todo está en manos de Dios», «Dios escribe derecho sobre renglones torcidos», «Dios da la ropa según el frío», «Dios aprieta, pero no ahoga», «El hombre propone y Dios dispone», etc.

Esta sobreabundancia verbal nos asegura que el pueblo cristiano ha vivido durante siglos una profunda fe en la Providencia divina. Y la ha vivido, porque le ha sido predicada la verdad: «la fe es por la predicación» (Rm 10,17)...

**Ha de predicarse la Providencia,** hoy tan silenciada o negada. Pero se consiga o no, creo que hoy conviene emplear alguna de estas breves y potentes declaraciones de la fe y de la esperanza en el Señor que todo lo gobierna. Predicaremos así lo que no se predica. Para que el pueblo cristiano viva lo que hoy poco vive.

**7) El abandono en la Providencia divina nos guarda en la paz.** Los cristianos hemos de **querer** las cosas que nos parecen buenas y oportunas, y las debemos **pretender** con empeño, cierto. Pero siempre cuidando que demos a la voluntad de Dios un apego incondicio-

nal: sin apegos carnales, sin agobios, sin prisas, guardando el corazón siempre libre de todo lazo, siempre suelto en docilidad incondicional al impulso, tantas veces imprevisible, del Espíritu Santo, en una ofrenda vital incesante: «No se haga mi voluntad, sino la Tuya» (Lc 22,42).

**Santa Teresa:** «*Vuestra soy, para Vos nací, - ¿qué mandáis hacer de mí?... Dadme muerte, dadme vida - dad salud o enfermedad, - honra o deshonra me dad, - dadme guerra o paz cumplida, - flaqueza o fuerza a mi vida, - que a todo diré que sí. - ¿Qué queréis hacer de mí?... Sólo hallo paz aquí*».

**8) Si confiamos en la Providencia, tendremos absoluta fortaleza y paciencia en las pruebas,** porque en Dios tenemos puesta toda nuestra esperanza. Nada podrá con nosotros: ni hambre, ni angustia, ni persecución, ni criatura de arriba o de abajo: nada «podrá arrancarnos al amor de Dios en Cristo Jesús, Señor nuestro» (Rm 8,35-39).

**9) Si contemplamos la providencia de Dios en la cruz de Cristo,** sabremos contemplar el amor divino en la cruz que suframos, sea cual fuere, por ignominiosa, dura, falsa, calumniosa, arbitraria, **injusta** que sea. «No resistáis al mal» (Mt 5,39). «¿Por qué no preferís sufrir la injusticia?» (1Cor 6,7; +1Pe 2,18-23).

**10) Los santos nos dan ejemplo de audacia evangélica, porque confían en la Providencia.** Ellos tienen una fe muy viva en que «lo que es imposible para los hombres, es posible para Dios» (Lc 18,27). Intentan confiadamente su propia santificación y la de sus hermanos. No se desconciertan ante los peores desastres y las mayores injusticias. Acometen empresas espirituales que a

la prudencia de la carne parecen a veces descabelladas. Llevan la pobreza hasta unos límites de despojamiento que se dirían locura.

La explicación de todo esto es muy sencilla: son hijos de Dios que confían en la providencia del Padre celestial. «Con tu auxilio embestimos al enemigo, en tu Nombre pisoteamos al agresor: pues yo no confío en mi arco, ni mi espada me da la victoria. Tú nos das la victoria sobre el enemigo, y derrotas a nuestros adversarios» (Sal 43,6-9).

**11) No tengamos miedo a nada.** Audacia, sí. «Sed fuertes y valientes de corazón los que esperáis en el Señor» (Sal 30,25). **¡Cuántas cosas nos dan miedo** mientras no está firme nuestra esperanza en lo que la Providencia disponga! Salud, economía, trabajo, relaciones con ciertas personas, obras que intentamos... Todo nos puede fallar, en todo podemos fallar nosotros, con efectos a veces tremendos... Confiemos en Dios providente, y **no tendremos miedo a nada.**

«No se turbe vuestro corazón; creéis en Dios, creed también en mí... Os doy mi paz... No se turbe vuestro corazón ni se acobarde» (Jn 14,1.27). Ciertamente, si el Señor nos da este mandato, nos moverá por su gracia para que podamos vivirlo.

**12) El espíritu providencial hace de los cristianos ciudadanos del cielo** (1Pe 2,11; Flp 3,20); y así nos constituye **peregrinos y forasteros en este mundo.** Somos, pues, como un niño, llevado de la mano de su padre por una ciudad. No sabe a dónde va, ni menos por dónde va, pero está absolutamente confiado y tranquilo. Le basta con que lo sepa su padre, y no soltarse de su mano.

\* \* \*

–La vía del abandono

**El abandono confiado en la Providencia divina** –tal como lo hemos ido contemplando– llega a constituir en la historia de la espiritualidad una **escuela de espiritualidad cristiana** muy perfecta. Siendo tan alta como sencilla, es una espiritualidad asequible a todos los cristianos, sea cual fuere su condición o estado (+**Catecismo** 305).

Esta espiritualidad, netamente evangélica y fundamentada en la teología de la Providencia, establecida especialmente por **San Agustín** y **Santo Tomás**, ha tenido muy altos exponentes, entre los que citaremos a **Santa Catalina de Siena** en el *Diálogo*, a **San Francisco de Sales** en *L'Amour de Dieu*, a **Bossuet** en su *Discours sur l'acte d'abandon à Dieu*, a **Santa Teresita del Niño Jesús** en su caminito de *la infancia espiritual*, a **Dom Vital Lehodey** en *Le saint Abandon*, o al padre **Garrigou-Lagrange** en *La Providence et la confiance en Dieu; fidélité et abandon*.

**Conscientes de que «todo está sometido a la Providencia** no solamente en general, sino en particular, hasta en el menor detalle» (*STh* I,22,2), conocemos que «por encima de la secuencia de hechos exteriores de nuestra vida, hay una serie paralela de gracias actuales que nos son ofrecidas» cada día por Dios (Garrigou-Lagrange 265).

Y así, de una parte, queremos ser fieles a la voluntad divina, ofrecida como gracia en «las pequeñas cosas» de cada «momento presente»; y de otra, queremos abandonarnos, haciéndonos como niños, sin ninguna inquietud, a todo lo que el Padre celestial, el Hijo rey del universo, y el Espíritu Santo, alma de

la Iglesia, quieran disponer en su Providencia amorosa, llena de sabiduría y omnipotencia, justicia y misericordia.

Para complementar esta doctrina espiritual de la Providencia, añado ahora un ejemplo muy elocuente.

\* \* \*

–La Beata Isabel Canori Mora

En varios textos (\*) he expuesto **la necesidad de que los caminos habituales de la vida de los laicos sean rectificadas según el Evangelio**, para facilitar su progreso espiritual, hacia la perfecta santidad. Es preciso, sin embargo, recordar dos cosas: 1ª, que a la mayor parte de los seglares, por limitaciones circunstanciales o por incapacidad personal, **no les es dado con frecuencia poder rectificar los caminos** por los que andan, como no sea en ciertos aspectos más graves; y 2ª, que sin duda alguna **es posible caminar rectamente por caminos torcidos**.

(\*) *Caminos laicales de perfección*, Gratis Date, Pamplona 2008, 3ª ed, pgs. 14-16; *Evangelio y utopía*, ib. 1998, *passim*.

Los dos puntos señalados, por supuesto, pueden ser modificados por la gracia omnipotente y bondadosa de la Providencia divina. Para Dios, todo es posible. Pero también he demostrado en los capítulos precedentes que Dios providente puede santificar y santifica a través de circunstancias buenas o de situaciones malas.

Para mostrarlo y demostrarlo más vivamente, **voy a referir como ejemplo la santificación maravillosa de la Beata Elisabetta Canori Mora** (1774-1825), cuya vida hubo de avanzar no pocas ve-

ces por caminos en sí mismo pésimos. Y sin embargo, el 24 de abril de 1994, en la basílica de San Pedro, el papa San Juan Pablo II beatificó a esta santa mujer romana, mostrándola así a todo el pueblo cristiano «como esposa y madre ejemplar, entregada a una fidelidad sacrificada, en los valores más exigentes y permanentes del Evangelio».

Con unas cuantas citas de su *Diario* trataré de dar una síntesis hagiográfica de su admirable vida: *La mia vita nel cuore della Trinità. Diario della Beata Elisabetta Canori Mora, sposa e madre* (Libr. Edit. Vaticana 1996, 749 pgs.).

**A los 12 años Isabel, «por orden del Señor», hace voto de castidad** (*La mia vita* 3). Pero ganada más tarde por la vanidad del mundo, olvida y quebranta su voto, queriendo evitar las penalidades de su casa paterna. Y en 1796, **a los 22 años, se casa** con el abogado **Cristóbal Mora**. Ella entiende más tarde que este paso fue un «temerario atentado» (6), un «enorme delito» (7), **un «nefando perjurio»** (nn. 156 y 184).

De su matrimonio nacieron cuatro hijas, de las que sobrevivieron dos: Mariana y Lucina, que será monja y escribirá la vida de su madre.

Poco después de la boda, **Cristóbal toma una amante**. Y aunque muchos, hasta su mismo confesor, sugieren a Isabel que pida a la Iglesia licencia de separación, ella decide seguir con su marido, ofreciendo por su conversión el sacrificio de su atormentada vida y su incesante oración. Su inmensa caridad y abnegación alcanza incluso a la amante de su marido, no permitiendo que sobre ella se hable con resentimiento, y expre-

sando su deseo de «tenerla junto a sí en el paraíso».

**Isabel, pues, por extrema caridad, anda por caminos completamente torcidos.** Al casarse se ha desviado de su vocación genuina y se ve después obligada a vivir en una situación conyugal y familiar desastrosa. Sin embargo, el Salvador providente y misericordioso la guarda de todo mal, y la hace crecer más y más en su santo amor, concediéndole **altísimas gracias de contemplación.**

En 1803, **a los 29 años**, recibe de Dios sus primeras experiencias místicas. Su *Diario íntimo* consigna de 1807 a 1824 las maravillas obradas en ella por el Señor. Su admirable vida de oración y penitencia va siempre entrelazada con sus deberes de esposa y madre, y con su entrega a los pobres y enfermos.

Es tal su **identificación constante e incondicional con la divina Providencia**, que atraviesa el fuego de calamidades indecibles sin quemarse, sin perder nunca la paz, la confianza y la alegría. Si alguna vez en su *Diario* se muestra dolorosa, es cuando alude a sus propios pecados o a los pecados del mundo, y más si se dan dentro de la Iglesia. Pero apenas se queja de su atormentada situación familiar. **Todas sus penas las vive en la Pasión de Cristo, ofreciéndose con Él en sacrificio, por la mayor gloria de Dios, por la salvación de los hombres, y la conversión de su pecador esposo.**

**En 1807 ingresa en la Orden Tercera Trinitaria**, bajo la dirección espiritual del padre **Fernando de San Luis Gonzaga**, trinitario descalzo. Éste es también director de otra terciaria, la **bea-**



ta **Ana María Taigi** (1769-1837), amiga de Isabel, casada con un portero, madre de siete hijos y gran mística.

**Muere Isabel en 1825**, a los 51 años. Y poco después **Cristóbal, vencido por la santidad de su difunta esposa**, reconoce sus pecados, se hace terciario trinitario (1825), ingresa años después como hermano lego en los franciscanos (1834), y más tarde recibe entre ellos el inmenso don del Orden sacerdotal. Muere en 1845 con fama de santidad.

La beata Isabel, como hemos visto, urgida por la caridad propia del sagrado vínculo conyugal, pasa **la mayor parte de su vida en circunstancias terribles**. Sin embargo, prevalece normalmente en su ánimo la luminosidad contemplativa, **la alegría en Cristo**.

Las páginas de su *Diario* nos muestran con gran frecuencia una Isabel inundada de alegría —«gozaba verdaderamente un paraíso de delicias» (*La mia vita* 89)—, y es tal la abundancia desbordante de las gracias divinas que a veces se atreve a pedirle al Señor que no las aumente: «*Basta, mio Dio; basta, non più*» (133).

Pero a veces, sin embargo, el Señor le hace ver **el pecado del mundo, el pecado de su esposo, y ella sufre entonces indeciblemente** y se deshace en lágrimas, viendo tan espantosos rechazos del amor de Dios. Y es lógico: **tanto se goza en el amor de Dios, tanto se duele** al verlo rechazado. **A los 44 años**, por ejemplo, tiene esta visión mística sobre la situación del mundo de su tiempo. Así estaban entonces las cosas del mundo secular. Y así están ahora:

«El día 15 de noviembre de 1818 mi pobre espíritu fue favorecido por el Señor en la oración con una gracia particular.

Me vi envuelta en un interno reposo, y mi pobre alma gozaba en el descanso de la dulce presencia de su amado Señor, que, por medio de intelectuales ilustraciones, **me daba particular conocimiento de sus justísimos juicios**.

«Mi pobre alma se mantenía abismada en sí misma y, llena de santo temor, estaba plena de admiración, penetrando los divinos juicios de Dios, inescrutables. Estaba toda entera penetrada de profundo respeto y de interna veneración; mi corazón estaba lleno de santo temor y, con toda reverencia, **adoraba profundamente los eternos y divinos juicios de Dios**, que por su pura bondad me hacía comprender con suma claridad.

«El alma, en este conocimiento, se complacía en su amorosísimo Dios, **encontrando sus divinos juicios todos santos, todos rectos, todos justos**. Oh, cómo el alma se deshacía de complacencia, de gozo, de amor, en el conocimiento de las perfecciones de su único amado.

«Pero cuando estaba gozándome en este sumo bien, que no sé ni puedo expresar, me vi inundada de una nueva ilustración, **y de repente me fue mostrado el mundo. Veía yo a éste todo revuelto, sin orden, sin justicia**, llevando en triunfo los siete vicios capitales, y por todas partes veía reinar la injusticia, el engaño, el libertinaje y toda clase de iniquidad. El pueblo, abandonado a las malas costumbres, sin fe, sin caridad, todos inmersos en el desenfreno y en las perversas máximas de la moderna filosofía.

«¡Dios mío!, **qué dolor experimentaba** mi pobre espíritu al ver que toda aquella gente tenía una fisonomía más de bestias que de hombres. **Qué horror sentía mi espíritu** viendo a estos hombres así desfigurados por el vicio.

«Yo me veía en una altura grande, como separada de este lugar tan miserable, y por medio de una luz que iluminaba aquel oscuro mundo bajo, veía todas aquellas ini-

quidades que he dicho y, por medio de la gracia que se me había infundido, **conocía la profunda malicia de estas miserias**. ¡Cómo se afligía mi pobre corazón, cuántas lágrimas vertía viendo tanta iniquidad!

«Pero otra vez, en un instante, cambia la escena. Se me manifiesta **la indignación de Dios, que de pronto circunda a todo el mundo**, haciendo probar a aquel pueblo de malas costumbres el rigor de su justísima y rectísima justicia.

«Mi pobre espíritu, al ver la indignación de Dios sobre aquellos miserables, lleno de terror y de espanto gemía, y con abundantes lágrimas deploraba su mísera suerte, y reconcentrada toda en mí misma, me humillaba profundamente, e **incesantemente alababa y bendecía la infinita bondad de Dios por haberme sustraído de tan tremenda ruina**, reconociendo que por mis pecados había merecido cualquier castigo.

«De nuevo, sin embargo, vuelvo a bajar la mirada sobre el mundo, y veo los enormes trabajos que por todos lados lo rodean. Todas las cosas sensibles que aparecen sobre la tierra las veo sin orden, sin armonía, todo en rebelión, todo confuso. **El orden de la naturaleza está todo desconcertado**. Sólo con mirar la tierra se alcanza a ver la indignación de Dios. Todo el mundo, entonces, se ve como una inmensa desolación.

«Oh, qué gritos, cuántas lágrimas, cuántos suspiros de débiles voces se oían resonar de aquel teatro de amarguras. Veía también en medio de tanta gente malvada **un demonio horrible que recorría el mundo con gran soberbia y altanería**. Mantenía a los hombres en una penosa esclavitud, y con imperioso orgullo quería que todos los hombres le estuvieran sujetos, y que renunciaran a la fe en Jesucristo, por la inobservancia de sus santos mandamientos, por entregarse al libertinaje y a las doctrinas perversas del mundo, acep-

tando la vana y falsa filosofía de nuestros modernos y falsos cristianos.

«**Oh, qué miseria tan grande, que hay que deplorar verdaderamente con infinitas lágrimas**. Ver que detrás de estas falsas doctrinas corrían locamente toda clase de personas, de todo rango, de toda edad, no sólo seculares, sino también eclesiásticos de todos los grados, tanto seculares como regulares.

«En un estado tan deplorable mi pobre espíritu lloraba amargamente, y se conmovía todo al ver tan ofendido, **tan traicionado y ultrajado, un Dios que siendo la misma bondad, merece ser amado. Era tan grande mi pena que de verdad creía que me moría** en ese momento de un golpe mortal, tan grande era la aflicción de mi pobre espíritu, al ver tan ofendido a mi amorosísimo Dios.

«¡Qué cosa no habría yo hecho, **qué no habría padecido por compensar las graves injurias** que estos falsos cristianos hacían contra el eterno Dios! En esta situación, **mi pobre alma se ofreció a padecer cualquier pena** que fuera, cualquier trabajo, cualquier maltrato diabólico. Presenté esta pobre ofrenda mía al eterno Padre divino, uniendo mi sacrificio al de su santísimo Hijo, y le pedí que, por los infinitos méritos de Jesucristo, se dignase recibir mi pobre sacrificio, prometiendo entregarme a ejercitar con más rigor y dureza la penitencia, el ayuno, la oración, las vigiliias, como, con la gracia de Dios, cumplí exactamente con el permiso de mi buen padre espiritual» (*La mia vita* n. 411, pgs. 428-430). «Dios eterno, por su infinita bondad, quiso aceptar mi pobre ofrenda» (Ib. 412).

\* \* \*

**El mal del mundo es un abismo oscuro y misterioso, pues es la sombra del misterioso amor divino rechaza-**

do. Acerca de él, en bastantes ocasiones, se ha pronunciado el Magisterio apostólico en los últimos dos siglos con especial autoridad docente. Cuando son otros los que hablan, filósofos y teólogos, historiadores y sociólogos, su palabra no ofrece lógicamente un crédito semejante, pues en buena parte expresan sobre el mundo sus propias ideas, ya que no suelen alcanzar a «verlo» de verdad. Por el contrario, los místicos «ven» el mal del mundo por los ojos de Cristo, y no dicen de él su propio pensamiento —que a veces ni siquiera lo tienen—, sino desde la realidad que alcanzan a ver: **Dios providente gobierna todo lo que ha creado, con absoluto dominio, justicia y misericordia.**

**San Juan de la Cruz** hace notar que lo propio del místico contemplativo es «*conocer por Dios las criaturas, y no por las criaturas a Dios; que es conocer los efectos por su causa, y no la causa por sus efectos, que es conocimiento trasero, y esotro esencial*» (*Llama* 4,5).

**La realidad del mundo secular es, pues, la que los místicos ven y describen**, no la que nosotros podamos imaginar desde nuestro temperamento, nuestras ideas y observaciones. Y ellos nos descubren que hay en el mundo moderno, también en el pueblo cristiano, **una sobreabundancia de pecado, que provoca la indignación de Dios.**

Ante eso sólo cabe **unirse al Redentor por el ayuno y la oración, la penitencia y la cruz**, y por la sobreabundancia de obras buenas, que, tal como está el mundo, tendrán que ser heroicas. **La extraordinaria grandeza de «los bienes» que la Providencia divina quiere realizar en nuestro tiempo está en**

**proporción a la extraordinaria grandeza de «los males» actuales.**

Por eso, hoy los cristianos sólo si nos abrimos con **una esperanza infinita** a los designios del amor de Dios providente sobre la humanidad, podremos **rechazar** lo que es indigno de nuestro nombre y **realizar** cuanto en él se significa, .

La Beata Isabel viene a declarar, como San Pablo: —«Cada día muerdo» (1Cor 15,31). —«Abundan en nosotros los padecimientos de Cristo, y así por Cristo abunda nuestra consolación» (2Cor 1,5). —«Alegrémonos con el Señor, que con su poder gobierna eternamente» (Sal 65,6-7).

\* \* \*

*Es bueno dar gracias al Señor y tañer para tu nombre, oh Altísimo, proclamar por la mañana tu misericordia y de noche tu fidelidad, porque tus acciones, Señor, son mi alegría y mi júbilo las obras de tus manos* (Sal 91,2-5).

## –12–

### Alegres en la esperanza

---



---

–Dígame, por favor, un par de buenos textos sobre la alegría cristiana.

–La *Misa del III domingo de Adviento, Dominica letare*. Y la exhortación apostólica de San Pablo VI, *Gaudete in Domino* (9-V-1975).

#### –Repeticiones justificadas

Podría ser que algunos lectores «ilustrados», despreciadores de la Tradición y de la memoria, **se quejaran por las repeticiones que se dan en este capítulo, e incluso en esta breve obra.**

#### Respondeo dicendum:

–«*Repetitio est mater studiorum*» es un principio didáctico muy antiguo de la cultura tradicional.

–La «*repetitio*» ignaciana marcó en buena parte la pedagogía moderna. Ya en las Constituciones de la Compañía (IV p., c.13) establece San Ignacio: «No solamente habrá repeticiones de la lección última, pero las ha de haber de la semana y de más, cuando se juzgue que se debe hacer».

–*Dar varias manos de pintura a un objeto muy deteriorado* es a veces necesario para que quede bien pintado. Es tal la ignorancia actual sobre la Providencia divina entre los cristianos, que hace nece-

saria la *repetición* de sus verdades, que profundiza y arraiga su conocimiento, y que lleva consigo ciertas adiciones y matices.

–El *Bolero* de Maurice Ravel (1928), valga el ejemplo, *repite* sin modificación una y otra vez una melodía (*ostinato*), variando sólo la orquestación. Y progresa *in crescendo* hasta llegar a un poderoso final (*coda*). Y sin embargo, durante mucho tiempo fue una de las composiciones más programadas en conciertos y radios.

#### 1)

#### La tristeza es del mundo

Desde que se inició hace unos siglos la apostasía del antiguo Occidente cristiano, en ese ambiente diabólico, oscurecido por el Padre de la Mentira, se ha difundido ampliamente la idea de que **el cristianismo ha entristecido al mundo con la religión del Crucificado**, y le ha hecho perder la ingenua alegría antigua del paganismo.

Ha venido a ser esta idea una convicción de cultura general. Una idea que puede verse –yo la vi en América– hasta en ciertos autobuses: «**Es probable que Dios no exista. Disfruta de la vida**»... Esta proclama es un poco torpe. Pero aduciré dos ejemplos más ilustrados, un filósofo y un novelista.

**Friedrich Nietzsche** (1844-1900), hijo de una familia de pastores protestantes, nacido en Leipzig, ve con rabia furibunda el cristianismo como el enemigo principal de la vida.

«Sería horripilante creer todavía en pecados; todo cuanto hacemos es inocente». «Nada es verdad, todo está permitido», y por tanto hay que vivir «más allá del bien y del mal».

Con esas convicciones filosóficas – que en buena medida, más que *pensamientos*, parecen ser *pensaciones* de origen psicopático–, y viviendo el personaje en un marco social todavía cristiano, se comprende que empeñara todas sus fuerzas contra el «crucificado y todo lo que es cristiano o está inficionado de cristiano». En 1889 cae desplomado, y su colapso mental dura once años, hasta su muerte.

**Mario Vargas Llosa** (Arequipa, 1936), en su novela *El paraíso en la otra esquina* (2003) describe la vida del parisino Gauguin, que a los 43 años de edad deja su trabajo como agente de bolsa, sale ansiosamente de la tenebrosa civilización occidental, tan marcada por el cristianismo, y busca en la libre luminosidad pagana de Tahití y de las Islas Marquesas la alegría de una vida entregada al arte y a un erotismo sin límites. Vargas Llosa no puede menos de referir que murió con terrible agonía, devorado por las enfermedades de su vicio, y sin haber hallado el paraíso terrenal en este valle de lágrimas.

#### \* El paganismo fue y es muy triste

*Lo fue*, digan lo que digan. Cuando San Pablo, en Romanos 1, hace una descripción tremenda de las miserias del mundo pagano –avaricia, maldad, dureza de corazón, perversiones sexuales, homicidios–, hace derivar todos estos males de la negación de Dios.

«Trocaban la verdad de Dios [que es luz y alegría] por la mentira [que es oscuridad y tristeza], y adoraron y sirvieron a la criatura en lugar de al Creador, que es bendito por los siglos, amén. Y por eso los entregó Dios a las pasiones vergonzosas» (Rm 1,18-32).

\* **Y sigue siendo muy triste actualmente.** La frecuencia de los suicidios, de las enfermedades mentales, de los divorcios y adulterios, de los abortos y eutanasias más o menos voluntarias, de la droga y de tantas otras miserias entristecedoras, **indican de modo irrefutable que la tristeza ha ido creciendo más y más** en las naciones de antigua filiación cristiana, justamente en la medida en que han perdido la fe y se han alejado de Cristo.

Los hombres, sin «el sol que nace de lo alto, para iluminar a los que viven en tinieblas y sombras de muerte» (Lc 1,71-79), se han quedado «sin esperanza y sin Dios en el mundo» (Ef 2,12). ¿Es así o no es así? Es así. La realidad lo afirma de modo irrefutable. Por una vez coinciden la estadística, la filosofía y la teología.

#### 2)

#### La alegría es del Reino de Dios

Un tema tan inmenso y precioso sólo podré exponerlo aquí con algunas breves referencias más significativas.

#### Los profetas vinculan al Mesías la alegría

«**Consolad**, consolad a mi pueblo» (Is 49-52). «El pueblo que caminaba en tinieblas vio una luz grande; habitaban tierras de sombras, y una luz les brilló. **Acresciste la alegría, aumentaste el gozo**; se gozan en tu presencia como gozan al segar, como se alegran al repartirse el botín» (9,2-3). «Aclamad al Señor, toda la tierra, servid al Señor con alegría» (Sal 99,1-2). «Alégrese y gocen contigo todos los que te buscan» (69,5).

**La alegría del Bautista y de su madre.** Ella misma la declara: «así que sonó la voz de tu salud en mis oídos [la voz

de María], exultó de gozo el niño en mi seno» (Le 1,44; cf 41). Antes de nacer, Cristo alegra ya a Juan, aún no nacido, de modo inefable. Y Juan, ya de mayor, declara que el amigo del esposo «se alegra grandemente de oír la voz del esposo. Por eso mi alegría, que es ésta, ha llegado a su colmo» (Jn 3,29)

**La alegría de María:** «mi alma magnifica al Señor y **exulta de alegría en Dios** mi salvador» (Le 1,46-47).

**La alegría de Cristo,** en la plenitud de los tiempos. La «gran alegría» que los ángeles anuncian y comunican a los pastores es el Evangelio, la *buena nueva* del nacimiento del Salvador (Lc 2,10) es la misma por la que los Magos «se alegraron grandemente» (Mt 2,16). Y Cristo, en su ministerio público, se alegra de la sabiduría de los más pequeños: «en aquella hora se sintió inundado de gozo en el Espíritu Santo» (Lc 10,31).

**La alegría de la resurrección de Cristo** –Magdalena, Emaús, los apóstoles–, la alegría de su ascensión a los cielos, de la comunicación pentecostal del Espíritu Santo...

Basta ya. **Los Evangelios nos traen una alegría sobrehumana,** que inunda la vida cristiana, pues ésta es una vida celestial (1Cor 15,45-49).

#### \* **Jesús es el más feliz de todos los hombres**

Ya lo vimos en el capítulo 4. Cristo es el más feliz de los hombres. Es fácil de entender: **el ser humano es amor –por ser imagen de Dios,** que es amor–, y por eso es feliz y se alegra en la medida en que ama y se sabe amado, es decir, en la medida en que es humano.

Pues bien, es evidente que **nadie como Jesús ama** a Dios y a los hombres, por los que da su vida. Igualmente sabemos que, ya en su vida mortal y siempre, **es amado** por Dios y por los hombres –no por todos– como nadie puede ser amado; y él lo sabe.

Es, pues, el más feliz de los hombres.

#### \* **La alegría de los cristianos es la misma de Cristo**

«Tened los mismos sentimientos que tuvo Cristo Jesús» (Flp 2,5). «Alegraos siempre en el Señor; de nuevo os digo: alegraos» (4,4).

La santa Madre Iglesia tiene, pues, motivos sobrados para educar a sus hijos en la perfecta y continua alegría. Gracias a la encarnación del Hijo divino, a su pasión y resurrección, a su ascensión al cielo y a la comunicación del Espíritu Santo, gracias a la reconciliación con Dios y a la nueva filiación divina, «con esta efusión de gozo pascual, el mundo entero se desborda de alegría» (*Pref. pascual II*).

Ahora, en la plenitud de los tiempos, **todo es para nosotros motivo de alegría,** *causa nostrae letitiae*, porque sabemos que «*todo* colabora para el bien de los que aman a Dios» (Rm 8,28).

En consecuencia, continuamente estamos recibiendo los cristianos las *buenas noticias* de la fe y de la esperanza, porque continuamente somos *evangelizados*. Y por eso, mediante la **oración** y la **ascesis** procuramos **mantener siempre encendida en el altar de nuestro corazón la llama de la alegría,** sin permitir que nadie ni nada la apague.

3)

**Alegría y oración**

La oración es **diálogo amistoso con Dios**, «en quien vivimos y nos movemos y existimos» (Hch 17,28). ¿Cómo no va a ser, pues, la oración la causa principal de nuestra alegría? La oración es intimidad amistosa con Cristo Esposo. Es la respiración del alma.

Y si hemos de «**orar siempre**», en todo tiempo, en todo lugar, como nos lo mandan Cristo (Le 18,1; 21,36; 24,53) y sus apóstoles, especialmente San Pablo (*passim*). Por tanto, si ha de ser **continua** nuestra oración, eso significa que permanentemente la oración ha de alegrarnos la vida. Ella es uno de los mayores dones que recibimos de Dios. **Nos alegra el corazón inmensamente estar con el Señor**, aunque sea calladitos, aunque tantas veces nos falten pensamientos, palabras, imaginaciones y sentimientos; todo lo que quisiéramos tener el encontrarnos a solas con Dios. No se nos ocurre nada.

**\* La Sagrada Escritura alegra al orante**

«Por *la consolación de las Escrituras*, mantengamos la esperanza» (Rm 15,4), exhorta San Pablo. La oración de los salmos, por ejemplo:

«Tengo siempre presente al Señor, con él a mi derecha no vacilaré. Por eso *se me alegra el corazón, se gozan mis entrañas*, y mi carne descansa serena: porque no me entregarás a la muerte, ni dejarás a tu fiel conocer la corrupción. Me enseñarás el sendero de la vida, *me saciarás de gozo* en tu presencia, de *alegría perpetua* a tu derecha (Sal 15,8-11).

«Nosotros aguardamos al Señor: él es nuestro auxilio y escudo; *con él se alegra nuestro corazón*, en su santo Nombre confiamos (32,20-21).

«Rociáme con el hisopo, y quedaré limpio; lávame: quedaré más blanco que la nieve. Hazme oír *el gozo y la alegría*, que se alegren los huesos quebrantados» (50,9-10).

**\* La oración es alabanza y acción de gracias a Dios**

No hay nada que alegre tanto al hombre como cantar la gloria de Dios y bendecir su nombre ¡porque **para eso ha sido creado principalmente!**, ése es el fin principal de su existencia: ser en medio de la creación muda, el Sacerdote que alza a Dios en alabanza continua la sinfonía agradecida y amorosa de todas las criaturas.

Y el hombre, en la plenitud de los tiempos, en Cristo, recibiendo de El un **nuevo** conocimiento y un **nuevo** amor a Dios, se hace capaz de alabarle con «un cántico **nuevo**» (Sal 40,4). Nuevo de verdad.

«Dichoso el pueblo que sabe aclamarte: caminará, oh Señor, a la luz de tu rostro» (88,16).

**\* La oración es petición a Dios humilde y confiada**

«El Espíritu de adopción **clama en nosotros** ¡*Abbá, Padre!*» (8,15). Ora en nosotros el *Padrenuestro*, la siete grandiosas súplicas que dilatan nuestro corazón en la presencia del Santo y lo mantienen en una gran confianza y alegría.

«El mismo Espíritu viene en ayuda de nuestra flaqueza, porque nosotros no sabemos pedir lo que nos conviene. Pero el mismo Espíritu **ora en nosotros** con gemidos inefables» (8,26).

**Pedimos con toda el alma, y nos quedamos en paz:** que sea lo que Dios quiera. Como el leproso, nos acercamos a Jesús, y conformándonos anticipadamente con lo que nos dé, postrados en su presencia, le rogamos: «si quieres, puedes limpiarme» (Mc 1,40). Pedimos con humildad y confianza, con una fe absoluta de que **nos oye** y de que **puede**: «Cuan-to pidieréis al Padre os lo dará en mi nombre» (Jn 16,23). ¡Qué maravilla!

#### \* Pedimos el don de la alegría espiritual

«*Alegra el alma de tu siervo*, pues levanto mi alma hacia Ti; porque tú, Señor, eres bueno y clemente, rico en misericordia con los que te invocan» (Sal 85,4-5). «**Que se alegren los que se acogen a Ti con júbilo eterno**; protégelos, para que se llenen de gozo los que aman tu Nombre. Porque tú, Señor, bendices al justo, y como un escudo lo cubre tu favor» (5,12-13).

Alégrese, pues, nuestros corazones en la **oración**, pero también por el **esfuerzo** ascético: *ora et labora*.

#### 4)

#### Alegría y ascesis cristiana

De dos modos fundamentales hemos de procurar en nuestra vida cristiana la continua y perfecta alegría:

\* **Negativamente**. *No consentir en sentimientos de mala tristeza. No autorizarse a estar tristes*, a cavilar dentro del pozo, alimentando la propia tristeza. Eso es pésimo. Ya lo advierte San Pablo:

«la **tristeza según Dios** produce firme arrepentimiento para la salvación; pero la **tristeza según el mundo** lleva a la muerte» (2Cor 7,10).

Ayudemos al hombre viejo cuando nos alegue: «¿**Cómo no voy a estar disgustado y triste**, si me ha ocurrido esto y lo otro?» No. Más bien le conviene preguntarse antes de hundirse en la tristeza: «Ante esto que ha sucedido ¿qué hago? ¿me echo a llorar, pateo los muebles —o las personas— o lo acepto como venido de Dios providente? ¿Me disgusto o me quedo tan fresco?». **Las cosas tienen la importancia que les damos**. No demos importancia ofensas y contrariedades, y guardémonos en la docilidad a la Providencia y en la paz de Dios.

Siendo los cristianos, como lo somos, templos de la Santísima Trinidad, y estando a un paso del cielo, tenemos en nosotros mismos una causa de alegría tan grande y continua, que no debemos autorizarnos a las malas tristezas.

#### Que la gracia nos ayude a reaccionar ante las penas con fe y esperanza:

Como **San Pablo**: «Tengo por cierto que los padecimientos del tiempo presente **son nada** en comparación con la gloria que ha de manifestarse en nosotros» (Rm 8,18). «Pues por la breve y ligera tribulación presente nos prepara [el Señor] una inmensa e incalculable carga de gloria» (2Cor 4,17).

Como **el Bautista**: «¿Qué habéis ido a ver al desierto? ¿Una caña agitada por el viento?» (Mt 11,7). «No seamos como niños, que fluctúan y se dejan llevar de todo viento... Desterrad de vosotros la amargura, la ira, los enfados e insultos y toda maldad» (Ef 4,14.31).

Nuestra vida espiritual ha de estar **siempre creciente y segura en las manos paternales y misericordiosas de Dios providente**, que siempre nos ama y nos sostiene, pues «en El vivimos, existimos y somos» (Hch 17,28).



**Guardemos nuestro propio ánimo en la alegría**, sujetándolo en ella con el auxilio del Consolador, del Espíritu Santo, por **la visión de fe**, que desvanece fantasmas y deja las cosas en su verdad); por **la fuerza de la esperanza** levantemos los corazones; y por **el ardor de la caridad**, saliendo del pozo de nosotros mismos por el amor a Dios y al prójimo. Así podrá haber en nosotros sufrimientos, pero no *tristezas malas*.

\* **Positivamente**. No basta con no consentir en sentimientos de vana tristeza. Es preciso **motivarse continuamente en la verdadera alegría**, dejándose reanimar por obra del Espíritu Santo, con fe-esperanza-caridad, y orando como San Pablo:

«Bendito sea Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo, Padre de las misericordias y **Dios de todo consuelo**, que nos consuela en todas nuestras tribulaciones, para que nosotros podamos consolar a todos los atribulados con el consuelo con que nosotros mismos somos consolados por Dios. Pues así como abundan en nosotros los padecimientos por Cristo, así por Cristo abunda nuestra consolación» (2Cor 1, 3-5; cf. 6-7).

Y antes de seguir considerando la alegría cristiana, señalo ya ahora algo fundamental:

**Nota importante**. Puede haber en nosotros grandes tristezas sensibles, a veces duraderas, sin origen culpable, que están causadas por **enfermedades mentales o físicas**, heredadas o no. No las vivamos como lastres culpables, sino como cruces santificantes: son astillas de la Cruz de Cristo.

**La Providencia de Dios las permite con todo amor** para purificación y expia-

ción de nuestros pecados, y para otros buenos fines. Son, por tanto, **cruces muy preciosas** –y a veces muy penosas– que nos unen más a Cristo Crucificado, expiando nuestros pecados y los del mundo, y completando así en nuestra carne «lo que falta a los sufrimientos de Cristo por su Cuerpo, que es la Iglesia» (Col 1,24).

**Procuremos con paciencia sanar esas enfermedades, pero no consintamos en avergonzarnos de ellas mientras duren**, quizá hasta la muerte, porque participan de la Cruz de Cristo, que en su Getsemaní, pasión y muerte, sufrió «pavor, angustia, tristezas de muerte» (Mc 14,33-34).

San Juan de la Cruz recibió de Dios luces especiales para elucidar estos misterios en sus *Noches oscuras del sentido y del espíritu* (*Subida al Monte Carmelo*).

\* **La alegría cristiana es siempre pascual**

La vida cristiana es continuamente **una participación en el dolor de la pasión de Cristo y en la alegría de su resurrección**. Y es norma absoluta que cuanto más se une un cristiano a la cruz de Jesús, más se goza en la alegría de su resurrección. **A más cruz, más alegría**. Los santos más penitentes, como un San Francisco de Asís, son los más alegres.

Antes de la *Hora de las Tinieblas*, en la Cena, dice Jesús a los suyos: «Vosotros lloraréis y os lamentaréis, y el mundo se alegrará. Vosotros estaréis tristes, pero **vuestra tristeza se volverá en gozo**. La mujer, en el parto, siente tristeza, porque llega su hora; pero cuando ha dado a luz un hijo, ya no se acuerda de la tristeza, por el gozo que tiene de haber traído al mundo un hombre. Vosotros, pues, ahora tenéis tristeza, pero de nuevo os veré, y se alegrará vuestro corazón, y nadie será capaz de quitaros vuestra alegría» (Jn 16, 20-22).

**La alegría cristiana es pascual**, porque se fundamenta siempre en la pasión y la resurrección de Cristo. Esto la Iglesia lo entendió desde el principio.

**San Pablo** declara: «Cada día muero» (1Cor 15,31). Pero «estoy lleno de consuelo, sobreadundo de gozo en todas nuestras tribulaciones» (2Cor 7,4). Por eso, «en cuanto a mí, no quiera Dios que me gloríe sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por quien el mundo está crucificado para mí y yo para el mundo» (Gal 6,14).

Ahí se expresa claramente el **«o padecer o morir» de Santa Teresa** y de tantos otros santos, como San Pablo de la Cruz. También iba por ahí San Luis María Grignon de Montfort, cuando decía con lástima, **«Ninguna cruz, ¡qué cruz!»** Acostumbrado a expulsiones y persecuciones, lo dijo en algún rarísimo día en el que todo le era favorable.

Y esas mismas «locuras» las escribiría poco antes de morir **Santa Teresa del Niño Jesús**:

«Desde hace mucho tiempo, **el sufrimiento se ha convertido en mi cielo aquí en la tierra**, y realmente me cuesta entender cómo voy a poder aclimatarme a un país [celeste] en el que reina la alegría sin mezcla alguna de tristeza» (14-VII-1897). Y el mismo día en que murió: «Todo lo que he escrito sobre mis deseos de sufrir es una gran verdad... Y no me arrepiento de haberme entregado al Amor» (30-IX-1897).

Perdonen, no es por presumir, sino para dar gracias a Dios. Podemos decir con toda verdad que **nadie en el mundo sabe tanto sobre penas y alegrías como los cristianos** a la luz del misterio pascual de Cristo, que hacemos realmente presente en cada Santa Misa y en toda nuestra vida.

**\* Tenemos alegría en la medida en que aceptamos la voluntad de Dios providente**

**«Hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo»** (*Padrenuestro*). *«He aquí la esclava del Señor: hágase en mí según tu palabra»* (María, Lc 1,37). Incondicionalmente. De este modo, sin apegos desordenados de la voluntad, guardados en la humildad, ya no sufrimos las muchas penalidades que proceden de la **voluntad propia**, la del hombre viejo, de la soberbia, de la vanidad o de la ambición desordenada. En la humildad y obediencia de Cristo vivimos en la esperanza con paz y alegría.

—Los cristianos estamos alegres porque **aspiramos a las cosas de arriba**, no a las de abajo (Col 3,1-2), y «no tenemos puestos los ojos en las cosas visibles, sino en las invisibles, pues las visibles son temporales, y las invisibles, eternas» (2Cor 4,18).

**Los otros, los que viven «sin esperanza y sin Dios** en este mundo» (Ef 2,12), «no piensan más que en las cosas de la tierra» (Flp 3,19), **y siempre están sufriendo por cosas vanas**. Son como niños que lloran amargamente por un juguete roto, por una inyección que les ponen, por tener que irse a la cama.

Pero nosotros, que **estamos en el mundo «como forasteros y emigrantes»** (1 Pe 2,11), «somos ciudadanos del cielo» (Flp 3,20), y «buscamos las cosas de arriba, donde está Cristo, sentado a la derecha de Dios» (Col 3,1).

5)

**Todo es en la fe causa de alegría**

**Miremos todo el Cristianismo**, todo lo que integra la vida de la gracia, y concluiremos que **todo es causa de alegría**. Es cierto, pues, que, gracias a Dios, «abundan en nosotros los sufrimientos de Cristo, pero por Cristo abunda nuestra consolación» (2Cor 1,5).

–Dios nos ha entregado **la Creación**, para que vivamos en ella, y colaboremos con Él en su conservación y desarrollo. –Se nos ha entregado **Él mismo** por el misterio de la **Inhabitación** trinitaria. –Nos ha dado a **Cristo**, a **María**, a los **ángeles** y los **santos**. –Jesucristo nos ha entregado la Santa **Iglesia**, su Esposa, su Cuerpo, sacramento universal de salvación, Madre y Maestra. –Desde el Padre nos ha comunicado Jesucristo el **Espíritu Santo**, alma de nuestra alma. –Por la **filiación divina**, hemos vuelto a nacer, como nuevas criaturas, con virtudes sobrehumanas para vivir por ellas, la fe, la esperanza, la caridad. –Nos guarda y nos guía, uno a uno, con **providencia** efecacísimas como Pastor y Rey nuestro.

**Su gracia hace posible en nosotros** – la **oración**, –la participación en la **Pasión** de Cristo, –la **Eucaristía** y los **Sacramentos**, –el **matrimonio** indisoluble, fecundo en **hijos**, –el **perdón** de las ofensas, que nos guarda en la **unidad**, – el **conocimiento**, el **arrepentimiento** y el **perdón** de nuestros pecados, –el **trabajo** y el descanso, –la **limosna** caritativa, –la **paz** inalterable, –la fuerza espiritual para el **apostolado**.

Nos constituye por el don de su gracia en –**luz del mundo** y **sal** de la tierra, –

**hombres realmente nuevos**, nacidos de Dios y herederos del cielo, –fuertes en su gracia para vencer a nuestros enemigos, **demonio, mundo y carne**. –Dispone por el Orden **Sacerdotal** que ciertos elegidos, llamados y consagrados, sean representantes sagrados de nuestro Señor y Salvador Jesucristo, como Maestro, Santificador y Pastor. –Abre el camino especialmente santificante de **la vida religiosa**. –**Nos confía el Señor** a los niños, adolescentes, jóvenes, ancianos, sanos y enfermos, pobres y ricos, ignorantes y sabios, justos y pecadores. *Et sic de ceteris*.

Es de fe y de experiencia que **cuanto más vivimos la vida cristiana más se acrecienta en nosotros la alegría, la alegría en Cristo**.

6)

**Objeción**

«*Quod gratis asseritur, gratis negatur*». Dice usted, gratuitamente, que los cristianos estamos alegres, etc. etc., y todo eso suena muy bien. Pero no querrá negarnos que tantísimas veces esto no es así».

**Respondeo dicendum**: Aquí he dicho que los cristianos estamos alegres si vivimos según el Evangelio, fieles al Espíritu Santo. Y que no estamos alegres en la medida en que nos alejamos de Cristo Salvador. Y eso lo sabemos por la Revelación y por la experiencia.

«La tierra está profanada por sus moradores... Quebrantaron los mandamientos, rompieron la Alianza eterna... Llevan sobre sí las penas de sus crímenes... Por eso **gime el corazón alegre**... Se desterró de la tierra la alegría» (Is 24,3-11).

Pero incluso entonces, cuando el pecado nos aleja de Cristo, tenemos siempre **un fondo de alegría**, porque la fe

nos asegura con gozosa certeza que Dios, cuando por el pecado rechazamos su **don**, es tan bueno que nos ofrece la gracia del arrepentimiento y del **per-dón** (vivimos del **don** de Dios y de su **per-dón**, es decir, su don reiterado). Nuestra alegría es siempre el Señor y Salvador Jesucristo y la firme esperanza de la vida eterna.

Porque «si sólo mirando a esta vida tenemos la esperanza puesta en Cristo, somos los más miserables de todos los hombres» (1Cor 15,19).

#### \* Vengan y comparen

Hagan el favor. A ver dónde encuentran ustedes más alegría, en **un matrimonio** cristiano, que anda por los caminos del Evangelio, o en el que vive según el mundo. Díganme dónde hallan verdadera alegría, en **un sacerdote** o religioso que vive solo para la gloria de Dios y la salvación de los hermanos, o en otro que vive «abandonado a los deseos de su corazón» (Sal 80,13; Rm 1,24); en **unos jóvenes** que, gracias a Cristo, están sanos de cuerpo y alma, o en tantos otros que «están muertos por sus delitos y pecados» (Ef 2,1)...

Es que no hay comparación.

#### En fin

**Quiera Dios en su bondad que los capítulos de este cuaderno hayan iluminado y confortado por su gracia** a quienes sufren de un modo deficiente los males actuales del mundo y de la Iglesia. Están tristes, desconcertados, amargados, exacerbados, agobiados habitualmente por sentimientos nefastos sobre la Iglesia, como si ella, Cuerpo de

Cristo, Esposa única de Cristo, hubiera fracasado en la historia y hubiera perdido fuerza para salvar, para evangelizar, para ser realmente «sacramento universal de salvación». Esta es *la mala tristeza* que no se debe con-sentir, y tampoco expresar.

**Recibamos la Buena Nueva del Evangelio.** Seamos fieles a Cristo, que nos dijo: «**si alguno quiere ser mi discípulo, tome la cruz de cada día y sígame**» (Lc 9,22). Y conoceremos «**la perfecta alegría**», la de Jesús, la de San Pablo, la de San Francisco de Asís y la de todos los santos.

«**Vivid alegres en la esperanza**» (Rm 12,12). «**Alegraos siempre en el Señor**» (Flp 4,4).

\* \* \*

*Grandes y maravillosas son tus obras, Señor, Dios omnipotente; justos y verdaderos son tus caminos, ¡oh Rey de los siglos! ¿Quién no temerá, Señor, y glorificará tu nombre? Porque solo tú eres santo, porque vendrán todas las naciones y se postrarán en tu acatamiento, porque tus juicios se hicieron manifiestos (Apoc 15,3-4).*

## Índice

---

---

### Introducción, 3

Alegraos en la esperanza. Intención

#### 1.-Tiempos recios en la Iglesia, 4

Los pacifistas cristianos. –Muchos males en el mundo. –Muchos males en la Iglesia. –Las herejías impunes. –La doxología disminuía. –La soteriología eliminada –Persiste ya durante medio siglo la ausencia de vocaciones. –Destrucción del matrimonio. –Las Misiones. –Falta la acción política cristiana. –La pornografía. –Las naciones que abandonan la *fe* pierden en parte el uso de *razón*. –El rechazo de la Cruz de Cristo. –El Cardenal Sarah ve el mundo actual a la luz de la fe. –El rechazo de Cristo y de la Civilización cristiana destroza el mundo. –¿Queda algo bueno en el mundo actual?

#### 2.-Profesión y defensa de la fe, 12

La fe es el fundamento de la vida cristiana. –Resistid firmes en la fe. Jesucristo. Los Apóstoles. San Pablo. Todos los santos. La Liturgia de las Horas. –Combatir las herejías con fuertes y claras palabras. San Buenaventura. San Pío X. –Profesión y defensa de la fe.

#### 3.-Reformadores, Deformadores y Moderados, 17

(1) Los reformadores. ¿Y cómo hacer la reforma? –(2) Los exacerbados.

Objeción. Respuesta. –(3) Los deformadores. –(4) Los moderados. –Deformadores y moderados coinciden contra los reformadores. Diversas modalidades y de los moderados. –(5) Los desesperados. –¿Qué debemos hacer?

#### 4.-Sufrimiento y alegría, 26

Graves males sufren hoy el mundo y la Iglesia. –¿O sea que alegría y esperanza siempre, pase lo que pase? –Sufrimiento y alegría han de darse juntamente. Cristo ha sido el hombre que más ha sufrido en el mundo. Cristo ha sido el hombre más feliz del mundo. –Gloria al Padre. Gloria al Hijo redentor. Gloria al Espíritu Santo. Gloria a la Virgen María. Gloria a los Ángeles de Dios. –Gloria a Dios, que por Cristo nos libra de nuestros pecados. –Gloria a la Iglesia peregrina. Cristo promete el fin de los males y el principio de los bienes eternos. Gloria a la Iglesia celestial. –A los hermanos angustiados y exacerbados.

#### 5.-Errores sobre la Providencia divina, 33

La fe en la Providencia divina se ha debilitado mucho. –Dios es Rey providente de todo lo creado, grande o chico. –Errores sobre la Providencia: 1. –Muchos niegan la Providencia divina sobre lo mínimo. 2. –Algunos confunden «lo providencial» con «lo agradable» y no reconocen la Providencia en los «sucesos malos». Guardémonos de acusar a Dios. No intentemos tampoco forzar los planes de la Providencia de Dios. 3. –Pelagianismo y semipelagianismo. 4. –Luteranismo. 5. –Modernismo «católico». Olegario González de Cardedal. José Antonio Pagola. Autores menores. –La negación de la Providencia.

### **6.—Todo lo que Dios creó por su providencia lo gobierna, 40**

Dios conserva y gobierna el Universo. —Dios co-opera en todo —Dios y las *criaturas no-libres* —Dios y las *criaturas libres*: el hombre. —Dios despliega en la historia temporal su plan eterno. La armonía del orden cósmico. — Toda la historia humana es providencial. Historia de José. Historia de Jesús. La Pasión. — A Cristo Rey le ha sido dado todo poder en el cielo y en la tierra. — Providencia buena, amorosa y misericordiosa. —Aviso: asimilar este capítulo requiere oración.

### **7.—La Providencia misteriosa y sus modos de acción, 45**

Providencia misteriosa. —Los santos contemplan este formidable misterio. — Misteriosa, inescrutable. —Dios en su providencia ordinaria. —Dios en su providencia extraordinaria. —A veces por medio de sus milagros.

### **8.—Dios providente hace milagros, 49**

Los milagros. —Los que no creen en la realidad de los milagros o en su valor apologético. —Dos raíces de la negación: racionalismo e irracionalismo. Dentro de la misma Iglesia católica se ha debilitado mucho la fe en los milagros. —El cardenal Walter Kasper: 1.- La mayoría no son históricos. 2.-No superan el orden natural. 3.- Dios nunca actúa en el mundo alterando las leyes naturales. 4. No es posible reconocer algo como milagroso. 5.-No tienen valor apologético. —Respuesta a las cinco tesis, afirmando la fe de la Iglesia. —Hermanos desanimados y exacerbados, creed en la Providencia y permaneced en la paz y la alegría de la esperanza.

### **9.—La Providencia divina mantiene nuestra esperanza, 56**

1) Estamos en paz. «Estamos en paz. Hay tranquilidad y no pasa nada». —2) Estamos en una gran batalla. —Meditación ignaciana de las dos banderas. —3) La batalla de la Iglesia es contra el diablo. Los Papas denuncian esa acción del demonio en el mundo actual. —4) Hemos de vivir siempre en la esperanza de la Providencia, que nos lleva a la Parusía gloriosa de Jesucristo. —5) Hay esperanzas verdaderas y falsas esperanzas: 1.- No tienen verdadera esperanza. 2.-Tienen verdadera esperanza. 3.- El cristiano que tiene verdadera esperanza vive siempre dócil al gobierno de la Providencia divina. —6) Las promesas de Cristo. —7) El cielo. Los Papas sostienen las esperanzas de la Iglesia. —8) Ya Cristo vence, reina e impera. La Providencia divina «todo lo gobierna» en nuestro tiempo: hasta lo mínimo y lo malo.

### **10.—La esperanza sana y eleva la memoria, 66**

Rechazo masivo de Dios y reacción de los cristianos. 1) Absortos en lo visible y olvidados de lo invisible. 2) La ascética de la memoria. El caos de la memoria. Enormes daños de la memoria enferma. 3) Algunas normas para sanarla y elevarla: pedir a Dios la liberación de la memoria, ejercitarse en la oración continua, limitar la afección de noticias e imágenes, ejercitar la pobreza evangélica, no consentir en preocupaciones. — La virtud de la esperanza purifica la memoria, y nos guarda en la paz y la alegría. —Levantemos el corazón.

**11.—Espiritualidad providencial.  
Beata Elisabetta Canori, 75**

1) El misterio de Dios providente debe ser contemplado. 2) Ver el amor de Dios en todo lo que sucede. 3) Dar gracias y alegrarnos por los designios de su Providencia. 4) Serena confianza pase lo que pase. 5) La paz cuando nada se desea al margen de la voluntad de Dios. 6) Abandono confiado en la Providencia divina. 7) El abandono en la Providencia nos guarda en la paz. 8) Así tendremos fortaleza y paciencia en las pruebas. 9) Contemplemos la providencia de Dios en el misterio de la Cruz. 10) Los santos son audaces porque confían en la Providencia. 11) No tengamos miedo a nada. 12) Así nos hacemos ciudadanos del Cielo. —La vía del abandono. —Beata Isabel Canori Mora.

**12.—Alegres en la esperanza, 84**

Repeticiones justificadas. 1) La tristeza es del mundo. Nietzsche. Vargas Llosa. El paganismo fue y es muy triste. 2) La alegría es del Reino de Dios. Jesús, es el más feliz de todos los hombres. La alegría de los cristianos es la misma de Cristo. 3) Alegría y oración. La Sagrada Escritura alegra. La oración es alabanza y acción de gracias. Es petición a Dios humilde y confiada. Pidamos el don de la alegría espiritual. 4) Alegría y ascetismo cristiana. No consentir en sentimientos de mala tristeza. Reaccionar ante las penas con fe y esperanza. Guardemos nuestro ánimo en la alegría. Nota: enfermedades psicológicas depresivas. La alegría cristiana es siempre pascual. Tenemos alegría en la medida en que aceptamos solo la voluntad de Dios y aspiramos a las cosas del Cielo. 5) Todo en la fe causa alegría. 6) Objeción y respuesta. Vengan y comparen. Finalmente.

**Índice, 93**

## Fundación GRATIS DATE

Apartado 2154, 31080 Pamplona, España

Teléfono 948-123612

fundacion@gratisdate.org

www.gratisdate.org

–**GRATIS DATE** es una Fundación católica, benéfica y no lucrativa, que publica libros o cuadernos sobre temas básicos, y que los difunde gratuitamente o a precios muy bajos.

–**Obras publicadas:** Paul ALLARD, *Diez lecciones sobre el martirio*. –José Manuel ALONSO AMPUERO, *José Rivera Ramírez. Pasión por la santidad* (2ª ed.). –Julio ALONSO AMPUERO, *Cristo Esposo, virginidad y matrimonio: Espiritualidad del apóstol según San Pablo* (2ª ed.); *Éxodo* (2ª ed.); *Historia de la salvación* (2ª ed.); *Isaías 40-55* (2ª ed.); *Iglesia evangelizadora en los Hechos de los Apóstoles* (2ª ed.); *Los Salmos, Cristo y nosotros: Meditaciones bíblicas sobre el Año litúrgico: Personajes bíblicos*. –Ignacio BEAUFAYS, *Historia de San Pascual Bailón*. –Horacio BOJORGE, *La Virgen en los Evangelios* (2ª ed.). –Enrique CALICÓ, *Vida del Padre Pio* (3ª ed.). –Santa CATALINA DE GÉNOVA, *Tratado del Purgatorio* (2ª ed.). –Alberto CATURELLI, *Liberalismo y apostasía*. –Jean-Pierre DE CAUSSADE, *El abandono en la divina Providencia* (2ª ed.). –Juan ESQUERDA BIFET, *Esquemas de espiritualidad sacerdotal* (4ª ed.). –Eudaldo FORMENT, *Id a Tomás: principios fundamentales del pensamiento de Santo Tomás* (2ª ed.). –Manuel GARRIDO BONAÑO, *Año litúrgico patristico: (1) Adviento, Navidad; (2) Cuaresma; (3) Pascua; (4) Tiempo Ordinario I-IX; (5) Tiempo Ordinario X-XVIII; (6) Tiempo Ordinario XIX-XXVI; (y7) Tiempo Ordinario XXVII-XXXIV*. –San Luis María GRIGNON DE MONTFORT, *Carta a los Amigos de la Cruz* (2ª ed.). –José María IRABURU, *Caminos laicales de perfección* (3ª ed.); *Causas de la escasez de vocaciones* (2ª ed.); *Católicos y política; De Cristo o del mundo* (3ª ed.); *El martirio de Cristo y de los cristianos; El matrimonio en Cristo* (4ª ed.); *Elogio del pudor* (2ª ed.); *Evangelio y utopía; Gracia y libertad; Hábito y clerman; Hechos de los apóstoles de América* (2ª ed.); *Gracia y libertad; Infielidades en la Iglesia; La adoración eucarística* (2ª ed.); *La adoración eucarística nocturna* (2ª ed.); *La Cruz gloriosa; Las misiones católicas; Lecturas y libros cristianos; Los Evangelios son verdaderos e históricos; Mala doctrina; Maravillas de Jesús* (2ª ed.); *Oraciones de la Iglesia en tiempos de aflicción; Por obra del Espíritu Santo; Providencia, alegres en la esperanza; Pudor y castidad; Reforma o apostasía; Sacralidad y*

*secularización* (3ª ed.); *Síntesis de la Eucaristía* (2ª ed.). –San Francisco JAVIER, *Cartas selectas*. –JUAN PABLO II, *El amor humano en el plan divino* (129 catequesis). –Julian LÓPEZ MARTÍN, *Oración al paso de las Horas* (3ª ed.). –Beato Columba MARMION, *Jesucristo, vida del alma* (4ª ed.); *Jesucristo, ideal del sacerdote; Sponsa Verbi; Jesucristo, ideal del monje*. –Yves MOUREAU, *Razones para creer*. –Enrique PARDO FUSTER, *Fundamentos bíblicos de la teología católica*, I-II. –Miguel PEQUENINO, *El Directorio ascético de Scaramelli* (2ª ed.). –José María RECONDO, *El camino de la oración, en René Voillaume*. –José RIVERA-José María IRABURU, *Síntesis de espiritualidad católica* (7ª ed.). –Alfredo SÁENZ, *Arquetipos cristianos; El Apocalipsis, según Leonardo Castellani; La Cristiandad, una realidad histórica*. –José Antonio SAYÉS, *El tema del alma en el Catecismo de la Iglesia Católica* (2ª ed.). –Raimondo SORGIA, *La Sabana Santa, imagen de Cristo muerto*. –Charles SYLVAIN, *Hermann Cohen, apóstol de la Eucaristía* (2ª ed.).

–**Pagos y donativos:** pueden hacerse por cheque enviado a la F.GD, Apartado 2154, 31080 Pamplona; o por transferencia a «Fundación GRATIS DATE», Santander, c/c ES26 0049 3487 00 2014040066 o bien La Caixa, c/c ES91 2100 6450 83 2200140167.

La F.GD permite la reproducción total o parcial de sus obras (Estatutos, art. 18), y la facilita empleando formatos A5 (14 x 21 cm.) y A4 (21 x 29,7)

«*Gratis lo recibisteis, dado gratis (gratis date)*» (Mt 10,8).

«*Dad y se os dará*» (Lc 6,38).

## Fundación JOSE RIVERA

Apartado 307, 45080 Toledo, España

fundacionjoserivera@gmail.com

www.jose-rivera.org

–El 30 de septiembre de 2015 el papa Francisco ordenó la publicación del Decreto por el que la Iglesia reconoce las virtudes heroicas del ya venerable José Rivera Ramírez (1925-1991), sacerdote diocesano de Toledo. Él fue miembro fundador de la Fundación GRATIS DATE. La Fundación JOSE RIVERA ha recogido y transcrito todos sus escritos personales, y ha publicado hasta ahora una parte de ellos.

–En la página web [www.jose-rivera.org](http://www.jose-rivera.org) se encuentra su biografía, noticias, testimonios, audios y fotos. También se puede acceder a las predicaciones y publicaciones de sus escritos o sobre el venerable José Rivera y ponerse en contacto con la Fundación.